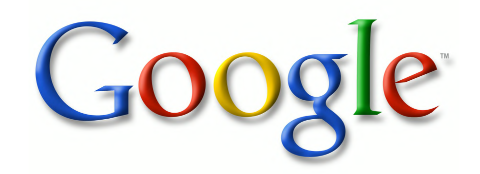


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

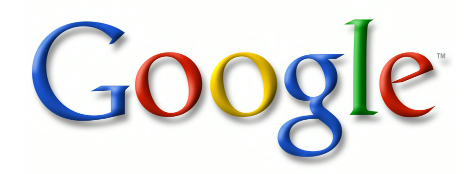
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 6011.5.32

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

Span 6011.5.32

José Antich

Andrógino

Poema

Segunda edición

ANDRÓGINO



JOSÉ ANTICH

ANDRÓGINO

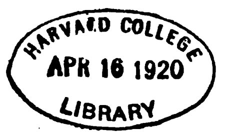
POEMA

PRÓLOGO
DE
SANTIAGO VALENTÍ CAMP
Y UN
LÉXICO
DE PERSONAJES Y SÍMBOLOS

Segunda Edición

BARCELONA — 1906
IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — EDITORES
Calle de Córcega, 348

Span 6011.5.32



Minot fund

Es propiedad

PRÓLOGO

I

Andrógino es el poema de la Unidad. José Antich examina la realidad positiva y la ve sometida al perpetuo dualismo. El principio masculino y el femenino, la vida y la muerte, el bien y el mal son sus fundamentos: de su antagonismo surge la acción. ¿Dónde hallar la unidad suprema? ¿Dónde el reposo y la felicidad absoluta? Del seno de aquella caótica negrura surge el Ideal, que no es otra cosa que la visión de la idea de Unidad, el centro en donde desaparece lo transitorio y centellea lo eterno, y desde aquel instante Antich se siente animado del soplo fecundo de la acción. Y concibe el ser superior que se completa á sí mismo, libre de deseo, el ser andrógino, síntesis suprema del hombre y la mujer, el único que puede aspirar á la felicidad. Ve flotar el símbolo de la existencia real, superior á las mezquinas representaciones de la vida y de la muerte que se engendran y destruyen constantemente en el mundo de la ilusión, y siente el noble impulso de ani-

quilar el germen del mal en el ambiente del bien. Entonces vislumbra la idea primordial del poema. Andrógino es el héroe, la conciencia en donde se refleja aquella hermosa tragedia.

El drama empieza con la visión del Deseo. Surge el Deseo en la Eternidad y aparece el Tiempo. ¿Cuál es este deseo? ¿Es el satánico que originó la tremenda batalla celeste cuyo resultado fué la caída de Luzbel? ¿Es el deseo de crear que se infiltró en el espíritu de Brahm y que motivó la aparición de Maya, la diosa de la Ilusión ó de la realidad transitoria, como quiera llamársele? ¿Es la llama que se enciende en el corazón del adolescente á cuyo impulso quiere penetrar el misterio del mundo cuando abre los ojos á la luz de la crítica? No lo sé. Lo cierto es que el único instante en que el tiempo tiene un valor positivo es cuando aflora este deseo. En el seno de Brahm reinaba el sosiego y la felicidad absoluta. Pero desde el momento en que el Dios único siente el instinto de creación aparece la Naturaleza material originada por esta energía cuya esencia es el movimiento ó acción, desarrollándose en el espacio en brazos del tiempo. En aquel instante empieza Penélope á tejer y destejer su tela y el emblema de la vida y de la muerte flota en el espacio. Entonces comienza la historia.

Lo mismo acaece en la tragedia bíblica. En el coro angélico reinaba la beatitud y la paz, pero el acto de rebeldía realizado por el más resplandeciente de los Arcángeles origina la horrorosa hecatombe que sepultó sus huestes en el Infierno. El deseo satánico de perpetuar su preeminencia fué el primer eslabón donde se empieza á contar el tiempo.

De igual modo observamos su aparición en el alma del niño cuando se convierte en hombre. En nuestra primera juventud no tenemos noción del tiempo; por eso transcurre la madurez en alas del vértigo y en cambio se desarrolla nuestra infancia en el seno de una eternidad de paz y de ventura. ¡Cuán largas y apacibles fueron nuestras horas infantiles! ¡Cuán rápidos y tristes son nuestros días de vida consciente! En cuanto brota en nuestro *ego* el deseo de penetrar el arcano de la existencia experimentamos el primer desengaño, y el tiempo transcurre veloz, vuela con la furia del huracán.

Antich empieza pues la obra en este instante. Despierta en el seno de la Unidad absoluta iluminado por el Deseo y recorre el inmenso círculo de la vida para volver al seno de la misma Unidad. Nos ofrece el panorama de la evolución de los mundos, desde la nebulosa primitiva hasta la cristalización geológica de las esferas en cuya corteza alienta la humana criatura que representa la última forma de perfección de la materia orgánica en la cual el universo es capaz de comprenderse á sí mismo. Esto es lo que simbolizan *Andro* y *Ginea*, cuyas raíces etimológicas griegas significan hombre y mujer. *Andro* es hijo de la tierra en cuanto á la carne, pero le anima el soplo divino que le infiltran los Devas, emanaciones espirituales de Dios, en el sueño precursor de su vida. Andro es la imagen del Deseo que ha de transformarse más tarde en acción; su esencia es la bondad y su característica la valentía. Dirige sus primeros pasos por el mundo de la Naturaleza la encarnación corpórea de Bhagadeva, el espíritu optimista y afortunado, hasta que la idea de amor le impulsa á salir del valle de la Inocencia en donde moraba para penetrar en el labe-

rinto del mundo. Antes de traspasar el umbral de la sociedad se le aparece Puchandeva en forma de una luciérnaga, para prevenirle contra los obstáculos que indefectiblemente se levantarán en su camino.

El ideal de Andro no es la lucha sino la acción noble y leal, pero contra ella se alzará en breve el fantasma de la cobardía y la insinceridad. Andro emprende su viaje hasta llegar al Lago Maldito, que es un emblema del mundo. Allí se le ofrece el espectáculo de la sociedad en movimiento con sus errores y crímenes, con sus prejuicios é injusticias; y como síntesis de la energía maléfica se le aparece la Hidra, en cuyas siete cabezas germina el Pecado. El monstruo intenta atraerle á sus dominios envolviéndole en una atmósfera de voluptuosidad, despertando sus instintos sexuales, pero Andro la rechaza con violencia. En aquel momento la acción del héroe adquiere el carácter de lucha, y con el poder de la voluntad destruye las cabezas de la Hidra, que reaparecen inmediatamente, y se convence de que tan sólo es fructífera la acción que se ejerce sobre el propio yo. Unicamente puede actuar sobre sus semejantes con el poder del ejemplo; la salvación debe cifrarla cada cual en sus propias fuerzas. La visión de Andro es el incentivo que ha de ponerlas en juego.

Huye de la orilla inferior del Lago maldito y lo atraviesa á nado fiando en la energía de su voluntad, y en la otra ribera se le ofrece la figura de Ginea aprisionada en una lóbrega cárcel. Ginea es la encarnación de la mujer que aspira á la libertad, al bien y al amor, pero cuyos ideales no pueden realizarse por impedirlo la estratificación de la sociedad. Andro ve en ella la imagen del ser que ha de completarle y aspira á libertarla.

Vibra en su pecho la llama del amor, y después de resistir á la tentación del amor sensual que le brindan las mágicas sirenas del río del olvido, descubre el sendero que conduce á la entrada de la cueva, penetra en ella y liberta á Ginea de su cautiverio. El fantasma de la sociedad, que la retenía esclava, desaparece de la realidad objetiva como si fuera una ficción ante el poder que comunican á Andro la bondad y la justicia.

Andro y Ginea viven felices en la mansión del amor, pero el deseo de lo inasequible penetra en el corazón de Andro y destruye su ventura. Su unión no es perfecta porque subsisten ámbos como personalidades distintas, y él aspira á la creación del tipo perfecto en que deben fundirse. El símbolo de Andrógino flota en su ambiente, como un ideal realizable, y en vano trata Ginea de convencerle de que no es en este mundo donde puede encarnarse. Andro insiste, y en su loco desvarío intenta lo imposible. Su ideal es sublime, pero no es asequible al hombre. El funesto deseo repercute en la naturaleza; ruge la tempestad y tiembla fragorosamente la tierra, pero Andro no cede. Desde aquel instante Ginea se desmaterializa y en su espíritu se revela el destello de la verdad, mas no logra calmar el frenesí de Andro; tan sólo cuando pierda el bien que poseía, recobrará la serenidad. La tempestad aumenta y el temblor telúrico adquiere violencia aterradora. Se abre un profundo abismo entre los dos, y en su seno desaparece la forma etérea de Ginea.

Esta trágica escena es una de las páginas más hermosas del poema de Antich por la intensidad y la audacia del pensamiento y por el vigor de la expresión, pocas veces igualado y hasta ahora nunca superado en nues-

tra literatura. Se desarrolla en la esfera de la idealidad más absoluta, pero está al propio tiempo infiltrada de un calor de humanidad intensísimo. Andro y Ginea terminan el drama iniciado en el Paraíso terrenal. Adán y Eva, antes de haber probado la fruta del árbol de la Ciencia representaban el ser andrógino, libre de pecado y de deseo. Se miraban sin avergonzarse, como se mira uno á sí mismo. Podían, pues, reputarse un solo individuo exteriorizado en dos personalidades. Eran dos en uno. Pero desde aquella infausta ocasión vieron su desnudez; es decir, se dieron cuenta de que eran dos seres distintos. La unidad se rompió y el hombre y la mujer se perpetuaron en el mundo. Ginea, en cuyo interior palpita el espíritu de Eva, hace el sacrificio de su vida para reintegrar á Adán en la posesión del bien perdido. Ginea purga el pecado de Eva, y Andro expía el nefasto deseo que le indujo á realizar el ideal en el mundo de la carne.

Ginea desaparece del espacio, pero su espíritu se funde con el de Andro; el ser perfecto adquirirá realidad en breve. Animado por el destello de su compañera, Andro percibe la visión de la historia humana en el panorama de un presente en el que concentran su luz el pasado y el porvenir del hombre. Ve lo que fué y presiente lo que será en un espacio en donde no impera el tiempo, y continúa su camino de perfección. Resiste imperturbable á la tentación del falso poder terrestre que le ofrece el Poderoso en su áureo palacio. El cetro que forja Tubalcain se quiebra bajo el influjo celeste, y la llave mágica de oro que se fabrica en aquellas cavernas no puede penetrar en el interior de las conciencias. Su poder es ilusorio; Andro la rechaza y el fantástico alcázar se des-

morona. Igualmente resiste á la seducción del amor terrestre que se encarna en la figura de la diosa de la selva encantada. No es el amor de Venus, siquiera sea eterno, el que ilumina el cielo de Andro. La última tentación la ejerce el Mago sacrílego que quiere detener la obra de la Creación conquistando la inmortalidad en el reino de la materia. Pero Andro aspira á una vida inmortal que únicamente puede alcanzarse atravesando los dominios de la Muerte. Por su voluntad penetra en su seno y la diosa del Averno le recibe en sus brazos obedeciendo á la justicia, mas no á la violencia; porque Andro es digno de penetrar en su alcázar, ya que ha terminado su viaje. Al salir de su tenebroso Reino brilla en el cielo el fulgor de la Estrella Amiga, y las dos esencias se compenetran: Andro y Ginea reviven en Andrógino. Y el peregrino vuelve al hogar paterno. El arcángel Rafael le recibe en las celestes regiones y el sacro coro angélico se completa, porque á la voz de los ángeles se une la del hombre purificado.

El primer dualismo que representaban Adán y Eva se ha destruído ya para engendrar una unidad superior. Pero la evolución sigue su curso y la tragedia cósmica comienza. El hombre se ha redimido y la soledad impera en los espacios siderales. Las fuerzas de la Naturaleza personificadas por Antich en los dioses brahmánicos, no tienen ya sobre quién ejercer su influjo. Persiste la Ilusión en su forma cósmica; Maya, la madre de todo cuanto existe, es todavía una realidad, pero el ilusionado ha emigrado de sus dominios. Es decir, subsiste el velo hechicero con que se engalana la Naturaleza, pero no puede proyectar sus hechizos, porque el hombre ya no habita la Tierra. Entonces comienza la noche de Brahm que Antich ha sabido pintar con tétricos colores. El calor se

extingue, la luz se apaga, los mundos se enfrían, y retumba por el espacio el vaticinio de la próxima derrota. Indra, el dios del éter, procura infundir nuevas fuerzas al ejército de Viswadevas, que representan una legión de dioses; pero Agni, el germen del fuego, palidece, el sol se torna obscuro para no resplandecer jamás. Prisni, la diosa de la tierra, termina al fin el sacro lienzo que venía tejiendo por los siglos de los siglos, es decir, desaparecen de la realidad las ideas de vida y muerte para engendrar la vida eterna. Ya no morirán más seres. La tela de Prisni, que un día fuera la de Penélope, está ya tejida, y se consume en el espacio entre las llamas del sacrificio. La serpentina Ahí, la nube misteriosa en cuyo interior flota el espíritu del mal, reina soberana en el firmamento y termina la obra de destrucción en brazos del arrepentimiento, esto es, el alma de Luzbel acaba su obra funesta, cuando se siente abandonada por sus súbditos. Su arrepentimiento es tardío, pero fècundo: por eso alcanzará la redención.

El frío impera en el Universo y la Naturaleza vuelve al Caos primitivo, porque las esferas se rompen en minúsculas partículas. Pero del fondo de aquella obscuridad no volverá á surgir la luz jamás; Indra no volverá á reinar en el espacio porque Luzbel, la Serpiente celeste, ha aniquilado la realidad fundada en la Ilusión, y la ofrecerá en holocausto al Altísimo.

Desde aquel momento el germen se ha extinguido; el último dualismo ha desaparecido; tan sólo reinará el Bien. Luzbel vuelve arrepentido á su Reino, aunque no aspira al perdón; pero Miguel, su invicto hermano, despierta en su alma el efluvio de la esperanza; ambos ascienden lentamente por los etéreos espacios.

La nada vuelve á la nada. Es decir, el mundo de lo transitorio fundado en el dualismo se desvanece en el seno de la Unidad, en la cual únicamente subsiste el Ser. Maya se borra del espacio, el tiempo cesa, y reina la Eternidad.

II

Una vez explicado lo que á mi modo de ver constituye la esencia y la trama del poema, me parece oportuno dar una ligera idea del valor simbólico que debe atribuirse á los personajes que en él figuran, y de las fuentes de donde Antich los ha sacado. Todos han de reputarse como abstracciones personificadas, mas no seres reales. Andro y Ginea (de Andropos = hombre y Gyne = mujer), cuya significación he explicado antes, son los protagonistas, y sobre su eje gira la acción. Los matices del vicio y la virtud que se observan en el plano terrestre del poema, aparecen bajo formas fácilmente descifrables; no es, pues, difícil descubrir la inocencia en la imagen del Condenado, la sórdida avaricia y el instinto de explotación del hombre en los repugnantes Sapos, la amistad en la Cabrilla, la clarividencia de las impurezas del mundo en la Luciérnaga, la volubilidad en la Lagartija, y la bondad y la justicia adormecidas en el aura de la pereza, en la figura Buho.

El valor de las fuerzas espirituales que actúan en los últimos cantos, es también asequible á primera vista, porque aparecen encarnados en los cuerpos etéreos de los Arcángeles, Angeles y Querubines del Paraíso bíblico, que son universalmente conocidos.

En lo que podría presentarse alguna dificultad, si se careciese de la necesaria preparación, sería en la manera de comprender el sentido de las divinidades brahamánicas que tan principal parte juegan en este drama. Estudiémoslas, pues, con algún detenimiento.

Antich ha infiltrado en el alma de su poema la energía de tres elementos: el espiritual, el social y el cósmico, y esta última es la que exterioriza las imágenes de los dioses védicos. En ellos no debe buscarse más que la representación de fuerzas de la Naturaleza. Y no hemos de admirarnos de que los haya elegido para este objeto, porque son los únicos que podían cumplirlo.

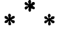
En efecto, entre todas las mitologías orientales es la brahamánica la más rica en símbolos y en poesía; y si, saliendo de esta esfera la comparamos, por ejemplo, con la helénica, nos convenceremos de su superioridad, en lo que respecta al punto de vista cósmico, que es el que Antich se propuso utilizar.

Los dioses paganos tienen un carácter marcadamente personal; á menudo semejan hombres divinizados, y si es cierto que en muchas ocasiones aparecen gobernando fuerzas ó regiones de la Naturaleza, jamás se confunden con ella.

El Olimpo posee un escenario propio, siquiera sea de una categoría superior á la del Universo material. En cambio las divinidades índicas son las mismas fuerzas ó elementos naturales personificados; por eso el autor las ha escogido para su obra.

Lo que importa determinar de una manera clara y categórica es la fidelidad con que puedan estar representadas en este poema. Es preciso dilucidar si los hé-

roes de Antich son los propios de los Vedas ó creaciones de su fantasía. Respecto á este punto se han marcado, en los juicios críticos sobre *Andrógino* publicados hasta la hora presente, tendencias opuestas. Me creo, pues, obligado á declarar en esta ocasión mi parecer con toda lealtad y sin el menor asomo de apriorismo. Los dioses de Antich son una reproducción acabada y fidelísima de los que nos ofrecen los libros sagrados índicos, en cuanto á los atributos que caracterizan su personalidad. Su historia es la misma, su pasado y su presente son idénticos. En donde emerge la acción creadora del poeta es en el porvenir que les asigna. Pero en este punto no es posible penetrar porque duerme en el misterio de lo futuro. El poeta se transforma en vidente cósmico y profetiza; hemos de dejarle la responsabilidad del fracaso ó el lauro del triunfo. A esto se esponen los vates, pero sería insigne torpeza negarle que ha hecho revivir las divinidades brahamánicas con escrupulosa exactitud. Para demostrarlo me es forzoso presentar algunos ejemplos sacados de los propios Vedas. Sintetizaré en breves términos los rasgos salientes con que Antich delinea sus más importantes creaciones para poderlas luego comparar con las de los himnos védicos.



ASSURA. — Principio general y único de vida, según el autor. — Veamos qué es lo que se deduce de los Vedas. (Véase Rig-Veda, tomo 1.º de la Biblioteca Oriental, publicada en París en 1872 traducido del sanscrito por A. Langlois).

Sección 1.ª Lectura 3.ª Himno III. A Agni y otros dioses, por Hiranyastupa.

Versículo 7.º — Que Assura se eleve por un movimiento insensible hasta el cielo, como al impulso de sus alas. — Versículo 10. — Que el noble Assura, el de las manos de oro, poseedor único de la riqueza y causante de nuestra prosperidad, venga á nosotros.

Esta es su significación más común. Expresada en plural tiene un sentido maléfico. Sushna, por ejemplo, pertenece al ejército de los assuras.

ADITI. — La Naturaleza indivisa. — (Véase ibid. Sección 1.ª — L. 6.ª H. IX á todos los dioses, por Gotama). V. 10. — Aditi es el cielo; Aditi es el aire; Aditi es la madre, el padre y el hijo; Aditi es el conjunto de los dioses y las cinco especies de seres: Aditi es lo que ha nacido y lo que nacerá.

VAK. — Personificación de la santa Palabra. — (V. S. 8.ª — L. 7.ª — H. VI. — La santa palabra (Vak). — I. — Vak habla. Yo existo en los Rudras, los Vasús, los Adityas y los Viswadevas. Yo llevo á Mitra y Varuna, Indra y Agni, y los dos Aswins. — 3. — Yo soy reina y señora de las riquezas; soy la primera de cuantas se adoran en los sacrificios.

AGNI. — Dios del fuego — (V. S. 1.ª — L. 3.ª — H. IV. — A Agni, por Canwa). — 3. — Tu fuego se extiende y engrandece, tus rayos tocan el cielo. 20. — Los rayos de Agni son brillantes, fuertes y temibles. Reducen á cenizas á los genios del mal y á todos los enemigos de nuestra felicidad.

INDRA. — (De la raíz ind-reinar). Dios del éter que inunda los espacios interplanetarios. El autor nos lo presenta en el instante en que, según la leyenda índica, hizo surgir las esferas luminosas del seno del Caos primitivo, gracias al fuego que le prestó Twachtri, que es una encarnación de Agni. — (S. 4.ª — L. 6.ª — H. V. A Indra, por

Bharadwadja). — 2. — Indra se eleva majestuosamente desde la tierra al cielo, engendrando mil formas mágicas. 3. — Las tinieblas imperaban; pero él las disipó con el sol. — (S. 1.ª — L. 1.ª H. VI y VII. — A Indra, por Madhoutchhandas). H. VI. V. 3. — O mortales, vedle haciendo surgir el orden en el seno de la confusión, dando forma al caos. H. VII. — 2. — Indra, con sus dos corceles dóciles á su voz, interviene en todo; Indra, brillante como el oro, es dueño del rayo. — S. 8.ª — L. 1.ª H. III. (atribuído al propio Indra). — 3. Twachtri ha fabricado el rayo para mí. Mi fuerza es invencible, como la del sol. — Yo soy el dueño del pasado y del porvenir.

OUSHA. — La Aurora. — (V. Satyasravas II. 375). Ousha rasga su velo, como una mujer ricamente adornada. Se presenta á nuestra vista como una ninfa saliendo del baño. Ha tejido la tela más hermosa, y, eternamente joven, precede en Oriente á la gran luz.

ASWINS. — Los crepúsculos. — (V. Rig-Veda, ibid. S. 1.ª L. 3.ª H. XIV. A los Aswins, por Prascanwa) 1. — La Aurora brilla en el cielo, ó Aswins, yo os elevo fervorosos cánticos. O Aswins, atravesad las tinieblas que nos rodean y dadnos el alimento de la luz.

VAYU. — Dios del aire. — (V. S. 8.ª L. 8.ª H. XXVI. A Vayú, por Anila). — I. — Cantó la grandiosidad del impetuoso Vayú. En su curso destruye todos los obstáculos. Su voz resuena como el trueno. Toca el cielo en las doradas nubes; levanta el polvo en la superficie de la tierra. — 3. — Entre los vientos es el que nació primero. Nadie puede decir dónde está su cuna.

RUDRA. — Viento huracanado. Padre de los Maruts (vientos). (S. 2.ª L. 7.ª H. X. A Rudra, por Gritsamada). — I. — O padre de los Maruts, no nos prives de la vista del sol. (S. 1.ª L. 8.ª, H. II, A Rudra, por Coutsa). 3. — O Rudra, tú que nos das la lluvia, haz la felicidad de

nuestro pueblo. 10. — Aleja de nosotros tu cólera que mata á las vacas y á los hombres.

MARUTS. —Vientos.— Brisas.— Hijos de Rudra y Prisni, la diosa de la Tierra. — (S. 1.ª L. 5.ª H. III. A los Maruts, por Nodhas. — I. — Esos brillantes y vigorosos hijos de Rudra nacen del cielo. 3. — Firmes como las peñas destruyen con su soplo todo lo que más fuertemente arraiga en los mundos.

VARUNA. — Diosa creadora de los astros. Su manto es la bóveda celeste. Origina la Tierra en cuanto es considerada como esfera sideral. (S. 5.ª L. 6.ª H. VI. A Varuna, por Vasichtha). — I —O Varuna, de una parte desplegaste esta grande y amplia bóveda, adornada de estrellas, y de otra extendiste la superficie de la Tierra.

PRISNI. — Diosa de la Tierra. — (S. 1.ª L. 6.ª H. V. A los Maruts, por Gotama). — 2. — Respetuosamente sometidos al noble Indra, estos hijos de Prisni (los Maruts) desarrollan su fuerza y amontonan ricos tesoros. 3. — Nacidos de la Tierra, irradian de su cuerpo resplandecientes colores. (S. 2.ª L. 7.ª H. XI. A los Maruts, por Gritsamada). 2. — O Maruts, Rudra os ha engendrado en el brillante y fecundo seno de Prisni.

DEVAS. — Espíritus divinos. Emanaciones inmortales de la Divinidad. (S. 3.ª L. 8.ª H. IV. A Savitri (el sol) por Vamadeva). 2. — O Savitri, tú concedes á los Devas el más hermoso de los dones: la inmortalidad. (S. 1.ª L. 5.ª H. IV. A Agni, por Parasara). 3. — Los Devas prosiguen el curso de las santas ceremonias, y pronto el dios Agni se rodea de rayos abundantes y brillantes como la luz del cielo.

Debemos advertir que en el Zend-Avesta los Devas son considerados como espíritus infernales; pero esta no ha sido la fuente en donde se ha inspirado el autor.

Antich les atribuye una condición todavía más divina de la que se desprende de los Vedas, y por eso los pone en contraposición con las demás fuerzas materiales.

El Sol. — El autor nos lo presenta con los nombres de Mitra, Aryaman, Savitri, Bhaga, Puchan, Surya y Vichnú, conforme le denominan repetidas veces en los himnos védicos. (S. 5.ª L. 5.ª H. VII. A Mitra y Varuna, por Vasichtha). 4. — En este día, á la salida del sol, rogamos al irreprochable Mitra, Aryaman, Savitri, Bhaga que nos envíe sus tesoros. (S. 1.ª L. 3.ª H. X. A Puchan, por Canwa). — 6. — O Puchan, tú que posees todos los bienes, que brillas tan espléndidamente con tus armas de oro. — 9. — Sé poderoso con nosotros, sé generoso; danos la riqueza, la gloria, y abundante alimento. (S. 7.ª L. 8.ª H. V. A Surya, por Abhitapas). 4. — O Surya, con tu luz que mata las tinieblas y que alumbra al mundo entero, aparta de nosotros el hambre, la pobreza y la enfermedad. O Surya, dios de la brillante cabellera. (S. 2.ª L. 3.ª H. VII. A los Viswadevas, por Dirghatamas). 36. — Desgarrando el seno de su madre siete rayos de Vichnú (los siete rayos en que se descompone la luz solar) se presentan dispuestos á cumplir el deber que les está prescrito. (S. 5.ª L. 6.ª H. XX á Vichnú, por Vasichta). 6. — O Vichnú ¿por qué pretendes abandonar tu imagen sobre la cual escribiste «Yo soy resplandeciente»?

Viswadevas. — Todos los dioses. — (S. 6.ª L. 2.ª H. X. A los Viswadevas, por Manú). 1.— O Vis-wadevas, entre vosotros no hay niños ni adolescentes, todos sois grandes. 2. — O dioses adorables y vencedores, que sois en número de treinta y tres, escuchad los cantos de Manú.

Ribhus.—Raza mortal elevada á la categoría de divina. El autor simboliza con este nombre á los antepasados. Representan, por lo tanto, el poder del Atavismo. Por eso los pone bajo el amparo de la diosa Atavia, creada por él. (S. 1.ª L. 2.ª H. I. A los Ribhús, por Medhatithi). 1. — La boca de los sacerdotes canta este himno en honor de una raza divina. — 4. — Los Ribhús han devuelto la ju-

ventud á sus padres. (S. 1.ª L. 7.ª H. XVI. A los Ribhús, por Coutsa). — 8. — O Ribhús, con la piel de una vaca muerta habéis cubierto una vaca joven, dando de este modo una madre al joven becerro. Nobles hijos de Sudhanwan, habéis devuelto la juventud á vuestros padres, que sucumbían bajo el peso de los años.

AHI. — Nube personificada. Serpiente celeste. El autor la presenta como la efigie cósmica de Satán. (S. 2.ª L. 6.ª H. III. A Indra, por Gritsamada.) — 5. — Ahí se ocultaba en el seno de la nube; el sombrío hechicero se encerraba en este húmedo retiro; O héroe (Indra), con tu fuerza destruiste á Ahí.

SUSHNA ó SUCHNA, y VRITRA. — Nubes maléficas, semejantes y auxiliares de Ahí. — (S. 4.ª L. 6.ª H. IV. A Indra, por Bharadwadja). — 4. — O Indra, de la nube mágica en que se encerraba el avaro Sushna has hecho salir la onda fecunda. — 5. — Sushna cae bajo el poder del rayo, y la magia de este gran enemigo es destruída. (S. 2.ª L. 6.ª H. III. A Indra, por Gritsamada). — 9. — El gran Indra, hiriendo á la adormecida nube, hiere á Vritra el Mago.

SOMA. — Licor del sacrificio. — (S. 1.ª L. 7.ª H. XIV. A Indra y á Agni, por Coutsa). 1. — O Indra y Agni, bebed el soma que se os ha preparado. — 2. — El soma que os ofrezco es tan abundante como el Universo es ancho y profundo.

PUCHANDEVA, BHAGADEVA y MITRADEVA. — Nombres compuestos por el autor, de las raíces deva (espíritu divino) y puchan (poder, energía nutritiva), bhaga (afortunado) y mitra (bondad).

ABROTALIA. — Divinidad creada por el autor, cuyo nombre deriva de las raíces a (privativo) y brotos (mortal). — Imagen de la Inmortalidad.

* * *

Estos son los genios ó dioses que Antich ha sacado de los libros védicos. Creo que la fidelidad con que los ha reproducido queda evidenciada. Parecen arrancados del Rig-Veda, para tomar forma corpórea y desarrollar su acción en la hermosa tragedia que el autor ha creado. Antich ha bebido en la fuente más pura de la poesía primitiva, prestándole nueva vida en una forma absolutamente moderna.

La sombra de Gotama, el poeta de la Naturaleza más genial que han visto los siglos, se refleja en el poema *Andrógino*, y á su influjo las fuerzas materiales se idealizan hasta convertirse en entes de razón. El Universo se humaniza y el hombre y el cosmos se unen en amoroso abrazo.

III

Andrógino, como todas las obras trascendentales, puede ser considerada desde varios puntos de vista. El poema es la imagen del mar: siempre igual y siempre distinto. Objetivamente es uno en su esencia, pero adquiere diversas modalidades según las condiciones individuales del sujeto que lo contempla.

En el plano externo de esta obra resplandece la acción dramática, modelo de sobriedad y de intensidad emocional; en lo íntimo fulgura el ideal. El ideal de *Andrógino* es la unidad absoluta; esta es la suprema aspiración que alienta en él. Pero los acontecimientos se fraguan y desarrollan en la esfera de la relatividad, esto es, en el mundo espiritual y material, y en

ella es en donde se plantean los tres grandes problemas que en todas las épocas han sido objeto de la preocupación del hombre: el cósmico, el religioso y el social. El primero es una consecuencia obligada de la visión del Universo. Antich examina serenamente el valor de las formas materiales que impresionan los sentidos, y busca su fundamento y su finalidad. Penetra en el mundo de lo microscópico y jamás puede llegar á descubrir cuál es el elemento constitutivo de la materia. El átomo es una ficción inventada por la ciencia; no es la partícula más pequeña que puede concebirse. En su interior vibran diminutos corpúsculos, como en los espacios siderales se mueven las esferas, y el hombre, al tratar de analizarlo, sigue la vertiginosa marcha que le eleva del átomo al ión, del ión al electrón, del electrón á otros símbolos aun menos asequibles, pero nunca á la noción de la pequeñez infinita. Flota después en los espacios de la grandeza y examina el Cosmos. Descansa breves instantes en la contemplación del Universo que alcanzan sus sentidos, pero tras él vislumbra otros. Un sin fin de mundos cruzan velozmente por el espacio infinito. ¿Dónde empieza y dónde acaba el misterio de la realidad? ¿Dónde está lo grande y lo pequeño? En vano busca la unidad en el imperio de lo relativo. En él descubre el esplendor de la existencia, mas no el atributo primordial del ser, y por eso le señala un carácter meramente transitorio. La visión cósmica que nos ofrece Antich es hija del deseo inextinguible de saber que palpita en el alma del hombre. El manantial de la ciencia no puede apaciguar su sed abrasadora, y el espíritu anhelante se refugia en su propia conciencia para forjarse con autarquía el

arquetipo de la vida. ¿No sería mejor perseverar en la senda de la estricta investigación científica para llegar con el auxilio del método al descubrimiento de la verdad, en lo que tenga de asequible? Pero, dejemos poetizar á los poetas; no profanemos el santuario del sentimiento, en cuyo cenáculo se elabora la esencia de la acción que más tarde ha de fecundizar el campo de la labor humana.

Examinemos ahora el ideal religioso del poema. La finalidad suprema á que puede aspirarse en este orden la sintetiza Antich en el aniquilamiento del germen del mal por su propia voluntad; y para exteriorizar plásticamente su criterio se vale de los símbolos del Paraíso bíblico.

Luzbel se arrepiente y la obra maléfica se extingue para siempre. La Redención alcanza á todo lo existente. Si hubo pecado, ha de haber perdón, cuando el arrepentimiento lo haya purificado en el aura de la expiación. En el Empíreo no puede reinar la paz si impera en otro sitio el desconsuelo, porque el recuerdo del sufrimiento ajeno ha de turbar el goce de la propia dicha.

El carácter de eternidad que se atribuye á la Gehenna no puede aceptarse sino dentro del curso del tiempo, siquiera sea inmensamente largo, porque el dolor no puede perpetuarse. El rojizo resplandor de las llamas del Averno ha de reflejarse en la suave transparencia de la atmósfera paradisíaca. En este ambiente de bondad infinita traza Antich la sublime escena del penúltimo canto, en la cual se sintetiza todo el poema. Miguel y Luzbel vuelven á verse frente á frente; el Santo Arcángel se humilla para levantar al Caído, el Rebelde se redime en brazos del arrepentimiento y la

esencia del Mal se aniquila en su propio seno. Desde aquel instante reina la paz y la ventura en el Paraíso. No investiguemos si lo que flota ante nuestra vista es un símbolo ó una realidad; aspiremos su perfume y embriaguémonos en la atmósfera de bondad que por doquiera exhala. La visión es majestuosa; el poeta evoca el espíritu del Bien y nos lo ofrece generosamente. Adorémosle en silencio.

La trascendencia que reviste el poema desde el punto de vista religioso es, pues, inmensa, pero aun si cabe es mayor la acción que puede ejercer en la esfera social. Andro es un espejo en el cual debiera mirarse la humanidad. En él se encarna la bondad, la sinceridad y la acción; se nos muestra como un verdadero héroe; triunfa cuando el ideal que persigue es realizable y sucumbe cuando intenta asaltar el reino de lo imposible, pero siempre lucha por la idea del bien. En él palpita la protesta activa contra el germen de la injusticia, donde quiera que se halle, y si renuncia á la acción social es después de una lucha en la que se demuestra la inutilidad de su esfuerzo. Andro batalla con la asquerosa Hidra, símbolo de la perversión de la sociedad, pero es en vano, porque en su monstruoso cuerpo resurgen las horribles cabezas en donde se incuba el Pecado, en el preciso instante en que las siega por la acción de su voluntad. Por esto abandona el lugar del combate. Pero en cambio nos ofrece un ejemplo vivo de los resultados que pueden alcanzarse actuando sobre la propia personalidad. Andro nos dice que en nosotros mismos está la semilla del triunfo; de la solicitud con que la cultivemos depende la vitalidad del árbol que más tarde ha de crecer. Andro es la efigie del hombre

libre; pero la libertad no puede otorgarse, debe conquistarse cuando se está capacitado para ello. Andro es puro y activo, por eso no oscurecen su camino los densos vapores que desprende el Lago maldito, como no podrían impedir los obstáculos sociales la acción fecunda de un hombre que se hubiera libertado integralmente.

Ginea es el complemento de Andro, es la mujer redimida de prejuicios y convencionalismos por la fuerza exclusiva de su deseo. En ella palpita el fuego amoroso que hace triunfar al héroe que lo vislumbra, y el eterno Inconsciente se revela en su alma femenina. La hija de Eva desaparece de la Tierra, el soplo mágico se extingue y Ginea nos vaticina el reinado de la mujer ideal.

En el Lago maldito se rebela el autor contra todas las injusticias sociales. La explotación del hombre, el poder del oro, la abdicación nefasta de la propia libertad, el sangriento espectáculo de las guerras, la miseria de los oprimidos, el orgullo de los poderosos, todo lo que repugna y lacera las fibras de un alma generosa, aparece en aquel vasto panorama con sus colores peculiares, excitando la compasión y la piedad, despertando la protesta, haciendo vibrar en lo más íntimo de la conciencia el deseo vivo de la redención humana.

Aun en el plano ultra-espiritual en que el autor desenvuelve los últimos sucesos de su tragedia puede descubrirse la virtualidad de su acción bienhechora. En el Paraíso reina la paz y la dicha, cuando se han aniquilado los dualismos en el crisol de la Unidad, como en la Tierra imperará el sosiego y la felicidad cuando se haya exterminado la ignorancia y la maldad en el seno de la ciencia y el amor. El Cielo que nos ofrece Antich

es una imagen ideal de la sociedad futura. La silueta de la Bondad desvanecerá el fantasma de Satán; el Sol de la Justicia aniquilará el fuego deletéreo de la iniquidad. La Ciencia ofrecerá á los hombres el medio de recorrer la curva de la vida en toda su extensión, evitando los males remediables, fortaleciéndoles para que no sucumban al impulso del más leve soplo. La lucha por la existencia perderá el sello sanguinario que ahora la caracteriza, porque el trabajo se habrá redimido de su condición brutal al descifrar el investigador científico los enigmas del Cosmos. La fuerza será patrimonio de todos como el aire que respiramos, y la conquista del bienestar quedará reducida á un problema de fácil solución. El hombre devendrá á la realidad de la vida en la inconsciencia del embrión y volverá al seno de la madre tierra en el letargo de la extrema decrepitud bajo cuyo poder el cerebro se oscurece y el sentimiento se embota. Realizará el gran Viaje sin experimentar el sufrimiento; su existencia será una imagen de la Eternidad. El goce y el dolor convergerán fundiéndose en la posesión consciente de la ventura; la vida y la muerte se desvanecerán en el ideal de la existencia pura; el bien y el mal se extinguirán en el seno de la acción equitativa y fructífera. El hombre se sustraerá al poder de los dualismos y reinará en el Cosmos, y todo lo fundado en aquellas ficciones dejará de ser porque no poseía la condición de eternidad. Es decir, la nada volverá á la nada y el símbolo del ser flotará en la atmósfera de la verdad.

Estos son los tres aspectos cósmico, religioso y social que he creído descubrir en el poema. ¿Será también posible considerarlo desde otros puntos de vista? Quizás

sí; pero no me atrevo á intentarlo. En él aparece el reino de la carne y el del espíritu, el imperio de los vivos y el de los muertos. ¿Habrá Antich esbozado, ó acaso resuelto alguno de los problemas de la Psicofisiología que tanto preocupan á la ciencia moderna? ¿Podrá fluir de la esencia del poema un manantial de teosofismo? ¿Aparecen las sombras de los maestros invisibles, el aura del cuerpo astral y la imagen del Devachan? ¿Serán las tentaciones por que Andro pasa en la segunda parte del poema un trasunto de la iniciación en los misterios del ocultismo?

Por mi parte confieso que me considero incapacitado para descifrarlo; tal vez lo intentará el que se sienta con fuerzas para ello.

IV

Réstame sólo decir algo acerca de la forma en que Antich ha presentado su poema. Si yo fuera crítico, diría que se propuso romper los antiguos moldes y que en distintos pasajes de la obra se nos muestra tan original en el fondo como en el ropaje que lo exorna. De *Andrógino* podría decirse, sin exagerar, que está escrito aparentemente en prosa; porque si se examina con detenimiento la envoltura literaria de este libro se observa que, si bien no entra de lleno en la categoría de lo que generalmente se entiende por verso, tampoco cae en la esfera de la prosa corriente. La forma de expresión de Antich no es el verso ni la prosa; es, en mi sentir, algo así como una prosa rítmica: en ella no se hace el menor uso del consonante; pero se conserva el

metro y la cadencia, con la cual desaparece por completo la monotonía, aunque subsiste la música. El estilo de Antich es siempre musical, si bien en ocasiones es difícil poderle medir, á causa de la variedad de metros con que ha acertado á componerlo. Y no es que él pretenda sujetarse á un metro determinado cuando escribe, sino que espontáneamente resulta así. No es siempre de la misma clase el tono que emplea, sino que lo varía según la índole del asunto que exterioriza; por eso, sin duda, en algunos cantos de *Andrógino*, v. gr. el del diálogo de Andro y la Luciérnaga, apenas es descubrible su forma métrica, mientras que en otros podrían señalarse fácilmente los versos de que constan. Como regla general, acaso se podría decir que cuando Antich se mueve en la esfera del intelecto su forma de expresión se acerca más á la prosa simple, mientras que cuando vaga por las regiones del sentimiento tan sólo puede manifestarse en el verso. Como ejemplo de este último caso citaré el canto Amor, que todo él es métrico desde el principio al fin. De esta manera, su obra se objetiva en una infinita gama de colores en la que coexisten todos los matices del iris.

Antich usa gran variedad de metros, pero demuestra especial predilección por el endecasílabo y sus componentes: esto es, los versos de cinco y siete sílabas. Sin embargo, coloca, á menudo, entre dos endecasílabos uno ó dos octosílabos, con lo cual logra un efecto rítmico extraordinario y al mismo tiempo destruye la monotonía de la cadencia sistemática. He de hacer notar, no obstante, que, á veces, en una misma palabra termina un verso y comienza el otro, es decir, que una parte de ella corresponde á un verso y otra al siguiente,

por lo que se hace difícil poderlos medir exactamente. En otras ocasiones, las síbalas finales de un verso forman también parte de la primera del inmediato, con lo cual se consigue pasar de un ritmo á otro sin casi advertirlo. Con todo esto logra Antich expresarse constantemente en una forma métrica, sin que el lector pueda precisar cuál es; y en ello estriba el encanto de su estilo y se funda su musicalismo.

Aparte de esto, hay que convenir en que su prosa es siempre diáfana, eufónica, elegante y, sobre todo, muy sugestiva, porque las dificultades que ofrece la comprensión é interpretación de *Andrógino* no dependen nunca de la forma sino del fondo. Antich no es ininteligible jamás. Cuando no penetra en el cerebro de sus lectores, se infiltra en el corazón. Momentos hay en que flota por los espacios de lo abstracto ó por las esferas de un ideal apenas vislumbrable. Y hay otros en los que se remonta á una altura vertiginosa, á la que no es posible seguirle sin sentir el desvanecimiento. Pero, aun en estos mismos casos, nos sentimos impulsados á volar con él en alas de nuestro inconsciente. En una palabra: cabe presumir que Antich no llegue siempre á convencer, pero nadie osará negar que evoca la sensación de lo inefable.

V

He cumplido la misión que me impuse dando una idea del concepto que me merece el poema *Andrógino*, la obra que tan intensa emoción ha causado entre los espíritus cultivados de Hispano-América á los pocos meses de salir de las prensas.

La antigua amistad que me une con el autor y el haber seguido paso á paso la gestación de su obra y el calvario que la trajo á la realidad, ha infiltrado en mi ánimo la creencia de que tal vez me hallaba en condiciones de poder disipar alguno de los velos mayábicos que la circundan.

Pero en la conciencia de todo hombre existe un recinto en el cual no es posible penetrar; por esto no estoy seguro de haber llegado hasta el fondo del alma de Antich.

Por otra parte, en la labor artística hay siempre un plano de inconsciencia, inextricable aun para el espíritu del propio autor.

La obra genial es superior al cerebro que la produjo.

Y ahora cabe preguntar: ¿vivirá *Andrógino* en las futuras generaciones?

A i posteri l'ardua sentenza.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP.

LÉXICO

A

ABROTALIA. — Diosa de la Inmortalidad. Nombre compuesto de las raíces *a=privativa*, y *brotos=mortal*. Creada por el autor.

ADITI. — La Naturaleza indivisa.

AGNI. — Dios del fuego.

AHI. — Nube personificada. Serpiente celeste. El autor la presenta como la imagen cósmica de Satán.

AMIGA. — La Muerte.

ANDRO. — Nombre del protagonista que deriva de *antropos = hombre*.

ANDRÓGINO. — Unidad constituída por la fusión absoluta del hombre y la mujer. Deriva de *antropos = hombre*, y *gyne = mujer*.

ARJUNI ó OURDJANI. — Deidad que aparece guiando el carro del Crepúsculo ó Aswin.

ARYAMAN. — Uno de los nombres del sol. Representa la fuerza destructora.

ASSURA. — Principio general y único de vida.

ASWINS. — Los Crepúsculos.

ATAVIA. — Divinidad creada por el autor, que simboliza el poder que ejerce sobre nosotros la herencia psíquica y orgánica de nuestros antepasados. Deriva de *ad* = *cerca* y *avus* = *abuelo*.

AVE FÉNIX. — Ave inmortal que renace de sus propias cenizas. En este caso es el emblema de la Vida resurgiendo de las entrañas de la Muerte.

B

BHAGA. — Uno de los nombres del sol por el que se expresa que en sus manos está el dar la fortuna á los mortales.

BHAGADEVA. — Genio creado por el autor. Su nombre se compone de *Bhaga* = *afortunado* y *deva* = *espíritu luminoso* de origen divino.

BIEN (ANGEL DEL). — Personificación de la fuerza positiva que eternamente construye.

BUHO. — Emblema de la pureza de sentimientos, oscurecida por la carencia de instinto de acción.

C

CABRILLA. — Símbolo de la Amistad.

CONDENADA. — Imagen de la realidad del mundo en cuanto ejerce el poder de la ilusión.

CONDENADO. — Figura plástica de la Inocencia escarnecida y castigada por la sociedad.

CONSEJERA (FUNESTA). — La serpiente del Paraíso terrenal.

CORDERO. — Emblema de Jesucristo.

D

DEESA. — Símbolo de la seducción femenina. Fuente inagotable de placer mundano.

DESALMADO. — Imagen del hombre injusto que se vale de su poder para oprimir á los que le rodean.

DESEO. — Esta palabra ha de tomarse unas veces en el sentido mundano, á cuyo influjo se crea lo perecedero ó ilusorio, y otras en el de noble aspiración de un estado más perfecto.

DEVAS. — Espíritus luminosos de origen divino. En el «Zend Avesta» se describen como genios maléficos.

DRAGONES. — Monstruos que esperan á las almas en la hora de la muerte para obligarles á pasar la Laguna Estigia. En este Poema representan la ley fatal de la Muerte, á la cual no puede sustraerse ningún ser vivo.

DUALISMO. — Con esta palabra se representan los llamados pares de opuestos sobre los que descansa la Realidad; esto es, la vida y la muerte, el bien y el mal, etc.

E

ENEMIGO Ó ADVERSARIO. — Luzbel.

ESFERA MALDITA. — La Tierra.

ESTAMBRE. — Organo masculino de la generación en las flores.

ESTIGIA (LAGUNA). — Lago del Infierno.

ESTRELLA. — Luz ideal que desprende el alma gemela de Andro (Ginea) en el supremo instante en que ha de efectuarse la fusión absoluta de los dos principios masculino y femenino que en los protagonistas se encarnan.

ETERNA REBELADA. — La realidad del mundo en cuanto se reviste de su ropaje ilusorio.

G

GINEA. — Figura plástica de la mujer ideal. Deriva de *gyne* = *mujer*.

GORRIÓN. — Imagen de la pereza y egoísmo, anidando en un alma desprovista de instintos perversos.

GUSANOS (EJÉRCITO DE). — Personificación del proletariado.

H

HECHICERA. — La Naturaleza en su forma ilusoria.

HECHIZADA. — Eva. El ser humano en cuanto es esclavo de los sentidos.

HIDRA. — Monstruo mitológico de siete cabezas en las cuales anidan los siete pecados.

HIJA MALDITA. — La realidad, hija del Deseo, en lo que tiene de ilusoria.

HOSTIA (SACRA). — Figura de Jesucristo.

I

ILUSIÓN. — La realidad, en lo que tiene de fascinadora.

ILUSIONADO. — El ser humano.

INDRA. — Dios del éter que inunda los espacios interplanetarios.

INMOLADO. — Jesucristo, en cuanto consuma su sacrificio voluntario.

ITURIEL. — Querubín celeste.

L

LAGARTIJA. — Emblema de la volubilidad.

LAGO MALDITO. — Imagen del mundo y de la sociedad.

LICOR DEL SACRIFICIO. — V. Soma.

LLAMA AMIGA. — El espíritu de Ginea, con relación al de Andro.

LUCIÉRNAGA. — Encarnación del espíritu de Puchandeva. Representa la clarividencia de los escollos que se nos ofrecen en el mundo.

M

MAGO. — Personificación del deseo de perpetuar la vida terrenal.

MAL (ANGEL DEL). —Símbolo de la fuerza negativa que eternamente destruye.

MARUTS. — Genios de los vientos y de las brisas, hijos de Rudra y Prisni.

MATALI. — Conductor del áureo carro de Indra. Su característica es la prudencia.

MAYA. — Diosa de la Ilusión ó Realidad surgida á consecuencia del deseo de creación que sintió Brahm, el dios único primitivo de la mitología índica. En este sentido es madre de todo cuanto existe, por haber sido la primera forma externa ó material que nació del seno de la Unidad.

MEGALOIDEO. — Personificación del animal grande, al que se supone, por esta causa, dotado de condiciones para poder resistir la inclemencia del medio cósmico.

MICROIDEO. — Imagen del animal diminuto, en cuya pequeñez se cifra su vitalidad.

MITRA. — Nombre del sol que significa bondadoso.

MITRADEVA. — Genio creado por el autor. Deriva de *mitra* = *bondadoso* y *deva* = *espíritu luminoso* de origen divino.

MONSTRUO (GUARDIAN DE GINEA). — Emblema de la sociedad y sus prejuicios.

MORFEO. — Dios del sueño.

MUERTE. — Significa unas veces el aniquilamiento, otras la muerte material y otras la purificación para alcanzar un estado más perfecto.

N

NAYADES. — Genios de las aguas. La mujer seductora en acción.

NEGRA IMAGEN. — Satán.

NINFAS. — Diosas de los bosques. La seducción femenina en su carácter estático.

NOCHE.—Oscuridad. Ofuscación espiritual. Muerte.

O

OBCECADO. — Suicida.

OUSHA. — La Aurora.

P

PISTILO. — Organo femenino de la generación en los vegetales.

PODEROSO. — Personificación de la fuerza brutal del oro.

PRISNI.— Diosa de la Tierra. Imagen de Penélope, en cuanto teje y desteje eternamente su tela al influjo de la vida y de la muerte.

PUCHAN. — Uno de los nombres del sol. Significa poder, fuerza alimentadora.

PUCHANDEVA. — Genio creado por el autor. Deriva de *puchan* = *energía nutritiva* y *deva* = *espíritu luminoso* de origen divino. Se encarna en la Luciérnaga.

R

REINA DEL AVERNO. — La Muerte.

REY DE LOS ESPACIOS. — Indra.

RIBHUS. — Raza mortal elevada á la categoría de divina. El autor representa con este nombre á los antepasados. Simbolizan, por lo tanto, el poder de la herencia.

RISWADEVAS (*léase* VISWADEVAS). — Todos los dioses.

RUDRA. — Viento huracanado. Padre de los Maruts.

S

SAVITRI. — Uno de los nombres del sol. Significa potencia creadora.

SEDUCTORA IMAGEN. — Maya.

SELVA ENCANTADA. — Lugar en donde moran las formas materiales de la seducción femenina.

SERPIENTE CELESTE. — La nube Ahí. Símbolo de Satán.

SIRENAS (AÉREAS). — Imágenes de la Seducción idealizadas en forma etérea.

SOMA. — Licor ó néctar del Sacrificio ofrecido á los dioses por los sacerdotes brahmanes. En el último canto se le atribuye una procedencia divina.

SURYA. — Uno de los nombres del sol. Significa resplandeciente.

SUSHNA ó SUCHNA. — Personificación de una nube mágica en la que reside un poder maléfico. Su esencia es semejante á la de la nube Ahí, la Serpiente celeste.

T

TELA DE PRISNI. — Lienzo tejido y destejido eternamente por las energías de la Vida y de la Muerte.

TUBALCAIN. — Forjador de metales que aparece en el antiguo testamento.

TWACHTRI. — Personificación de Agni *(dios del fuego)* en cuanto crea formas plásticas. Fabricó el rayo para Indra.

U

UNGIDO. — El Cristo.

UNIDAD. — Emblema del Ser absoluto, en cuyo seno se desvanecen las fuerzas duales en que descansa la realidad objetiva.

URIEL. — Uno de los siete Arcángeles. Los otros son Miguel, Rafael, Gabriel, Samael, Azrael y Luzbel el Caído.

V

VAK. — Personificación de la Santa Palabra. Emblema de todas las fuerzas divinas y cósmicas.

VALLE DE LA ILUSIÓN. — La Tierra.

VARUNA. — Dios creador de las esferas siderales; su manto es la bóveda celeste. Origina la Tierra en cuanto se considera como astro.

VAYU. — Dios de la atmósfera terrestre. Padre de todos los vientos.

VEDAS. — Libros sagrados indos. Esta palabra significa ciencia suprema. Son en número de cuatro: el Rig, el Sama, el Yadjur y el Atharvaveda. Contienen composiciones poéticas, himnos é invocaciones á los dioses. El más importante y extenso es el Rigveda.

VIAJERO. — El hombre.

VICHNU. — Uno de los nombres del sol. Viajero celeste.

VIDA. — Esta palabra se toma unas veces en su sentido material y otras en el eterno.

VIDA-MUERTE. — Efigie de la Acción, en cuya esencia desaparecen las formas externas de la vida y de la muerte transitorias.

VRITRA. — Nube maléfica semejante á Sushna y Ahí.

Z

ZEFÓN. — Querubín celeste

ZOFIEL. — Querubín celeste.

INVOCACIÓN

I

Llegué á darme cuenta de mi paso por el Mundo. Dejé de ser un sonámbulo y la idea de crítica invadió mi espíritu.

¿Qué era lo que me rodeaba? ¿En dónde vivía? ¿Era realidad ó ilusión? ¿Cuál era la finalidad de la vida? Entonces empezó el martirio.

II

En vano busqué el sosiego en el estudio de los LIBROS MUERTOS: nunca revelan la última palabra. Niegan hoy lo que afirmaron ayer, y lo mismo harán mañana.

En el cadáver y en el ser vivo; en la Tierra y en el Cosmos, buscaba la realización de mis ideales, sin encontrarla.

Llegaba á la idea de átomo como el más simple elemento constitutivo de la materia; pero pronto veía claramente que no represen-

taba ni siquiera un punto de partida, pues podía dividirse en partes infinitamente más pequeñas. El átomo era una abstracción.

Me remontaba á la concepción del Universo para descansar en su inmensidad; pero tras él se ocultaban otros. Un sin fin de mundos seguían sus eternas trayectorias por el espacio ilimitado. ¿Dónde estaba, pues, lo grande y lo pequeño?

III

El análisis continuaba su obra sin poder elevarse jamás á la síntesis suprema. Por todas partes no veía más que un árido inventario de las cosas; que eso es la Ciencia.

IV

Entonces me pregunté: ¿para qué vivir?

En vano buscaba la Unidad: no estaba ni en lo grande ni en lo pequeño. El fundamento de la realidad objetiva era el perpetuo dualismo: la vida y la muerte; el bien y el mal; el elemento masculino y el femenino.

¿Dónde hallar la unidad superior que yo soñara como centro de fusión de estos princi-

pios? ¿Habían de ser eternos? ¿Dónde estaba pues el reposo?

V

Volví á mi estado de sonámbulo.

Desligado del Mundo mi espíritu vagaba por el reino del Pesimismo. Ansiaba gustar las aguas del Letheo, que habían de prepararme para el viaje á los dominios del NO SER.

El camino era fácil y breve: mi AMIGA abría amorosamente sus brazos para recogerme en su seno.

Ella, la descarnada, la monstruosamente horrible, se me presentaba como una sirena seductora en cuyo regazo había de gustar el eterno reposo de la NADA.

. . . .
. . . .
. . . .

VI

En aquel instante apareciste tú, y mis ojos vieron por primera vez la LUZ.

¿De dónde viniste? ¿Eres realidad ó ficción? Me importa poco. Yo te llamo FELICIDAD y no quiero discutirte.

Encendiste en mí el Deseo; y del seno de mis propias cenizas volví á la vida. El Optimismo reinó en mi alma y apareció en mi horizonte el Ideal.

Desde entonces mis horas se suceden dentro de una febril actividad. Y vivo.

Vivo para expresar lo que sentí en aquel instante de ventura.

VII

Tú eres la Musa de mi Parnaso, y de tu seno brota el manantial de la Vida. Ayúdame pues, porque sin tu auxilio sucumbiría.

Mis dedos pulsan la sacra Lira: infunde en mi espíritu el divino fuego que arde en el tuyo.

PARTE PRIMERA

ANDRO Y GINEA

CANTO I

ILUSIÓN

I

Surge el DESEO en la ETERNIDAD y aparece el TIEMPO.

Entre sus gasas flota la seductora imagen de MAYA [1], la madre de todo cuanto existe, difundiendo por el espacio su aroma inmortal.

En su etéreo cuerpo resplandece la belleza absoluta; jamás podrán sus terrestres hijas igualar su perfección, porque lo transitorio es tan sǫlo un pálido reflejo de lo eterno.

El soberano ANHELO y la omnipotente VOLUNTAD presidieron su origen, y únicamente en ellos está el poder que ha de destruirla.

En ella está el germen de la VIDA y de la MUERTE; del BIEN y del MAL; en su seno arde la llama inextinguible del AMOR.

---

(1) Las divinidades de que se habla en este Poema encarnan símbolos de las fuerzas de la Naturaleza, y bajo este único aspecto deben tomarse. Sus nombres y leyendas están, en su mayor parte, sacados de las tradiciones índicas, conforme puede verse en los Vedas.

La Ilusión la engendró, y en ella se encarna la Realidad.

¡Oh, Maya! ¿cuál fué el misterio de tu aparición?

Jamás lo descubriremos.

II

En tu esencia brilla el espíritu del fecundante Assura, único principio de la Vida; y la Naturaleza, tu hija amada, extiende sus alas corpóreas en el seno del Infinito.

El Tiempo engendra al Espacio en brazos del Movimiento expansivo del primer Deseo, y el velo de la Noche divide para siempre el Reino nuevo de la Ilusión, del divino imperio de la Eternidad.

Y la Unidad deja de ser porque aparece el Dualismo.

III

La espantosa Muralla se ha edificado por sí misma.

¿En dónde está la fuerza que la derribe?

. . . .

La vaporosa Maya satura con su hechizo el material ambiente, y lo gobierna como diosa

de la Apariencia. A su influjo la Realidad se desvanece entre las gasas de la Ficción, y la idea de la Duda se extiende por la inmensidad de lo creado.

. . . .

¿Dónde está la Verdad? Se ocultó en el día funesto.

IV

Del seno del Engaño surge la luz aparente de la vida; pero la energía que la produce se origina en las entrañas de la muerte: tan sólo en su negrura puede resaltar su ilusorio resplandor.

La muerte la sigue fatalmente en su curso como una compañera inseparable, y únicamente en sus cenizas puede encontrar la savia que ha de hacerla inmortal.

Y el sacro emblema de la Vida-Muerte extiende su manto sobre la Realidad, como símbolo supremo de su esencia.

V

La Imperfección es maravillosamente hermosa, porque el Espacio es inmenso, el Tiempo

indefinido y el Movimiento del Universo es hijo del primer impulso.

El hálito de la Impureza empaña la tersura de la Creación, pero no ofusca el brillo inmaculado de su origen; porque la penumbra recuerda á la Luz.

VI

El Éter inunda los espacios siderales, y su hijo, el soberano INDRA, flota en la Inmensidad. Su fuerza es invencible desde la aparición del Tiempo; en su esfera es omnipotente; y vivirá mientras subsista la idea del que le engendró.

Pero la Oscuridad impera en sus dominios, y el poderoso Monarca anhela la Luz. El Deseo brota en su pecho y, por primera vez en su vida, siente el etéreo INDRA la amargura, porque no puede disipar las sombras que envuelven al Universo.

Su ánimo desfallece; el abatimiento se infiltra en su esencia inmortal, y, en aquel instante de desconsuelo, se le aparece el espíritu de TWACHTRI, el hijo predilecto del dios del Fuego.

TWACHTRI. — ¡Oh, excelso Indra! ¿á qué obedece la tristeza que te domina? Tu Impe-

rio es dilatado y eres el más poderoso de los Espíritus.

Indra. — Mi Reino, ciertamente, es vasto; mas yo quisiera hacerlo refulgente, y mi poder no alcanza á aniquilar el negro manto del Caos. Sus gasas ofuscan el esplendor de mi obra y jamás podré contemplar su brillo: eso es lo que me atormenta.

Twachtri. — En tu flecha está el secreto de tu victoria, mas no podrías alcanzarla sin mi auxilio.

El fuego de Agni arde en mi esencia; yo te comunicaré su energía y su sacro destello brillará en tu arco omnipotente. Tu ígnea flecha surcará los espacios difundiendo la luz y la vida por la inmensidad del Eter, y vencerás para siempre á tu tenebroso enemigo. ¡Oh, Indra! Acoge con benevolencia mi ofrecimiento, porque tu victoria será mi propio triunfo.

VII

Twachtri ofrece al Príncipe del Eter el misterioso fuego; Indra lo acepta con religiosa devoción, y la esencia del dios de la Vida centellea en la punta de su flecha.

En aquel instante se destaca entre las som-

bras la majestuosa figura de INDRA. Su cuerpo está formado de una áurea y transparente sustancia, y sobre sus sienes brilla una reluciente tiara recamada de piedras preciosas.

Aparece montado sobre un carro de oro, tirado por dos troncos de caballos de ambarino color.

Con una mano sostiene el arco, con la otra el rayo; sobre su carro resplandece un disco de oro.

INDRA arma el arco con la flamígera flecha, y la lanza á través del espacio. El foco luminoso surca velozmente el éter y se fracciona en infinitos globos incandescentes. Las masas gaseosas se separan y circulan por la Inmensidad, iniciando la trayectoria de su vida.

INDRA contempla el esplendor de la Naturaleza y el Espíritu del Fuego reina en el Universo.

VIII

La TIERRA viene á la Realidad. Su imperio es grande y esplendoroso. Sobre sus vastos dominios extiende la Bóveda celeste su anchuroso manto.

Entre las mallas de VARUNA brillan los destellos de los astros y su resplandor disipa las gasas que envuelven á la Esfera terrestre.

El SILENCIO adormece al mundo; impera el REPOSO; la CALMA reina majestuosamente sobre la Creación.

IX

En el horizonte dibuja sus torneadas formas la serpentina AHÍ, la nube misteriosa en cuyo seno se oculta el espíritu del Angel Maldito. La Hechicera avanza con pasmosa celeridad obedeciendo al Destino, y su monstruosa figura adquiere en un momento colosales proporciones.

La Nube se acerca y nadie podrá detenerla en su camino.

Tras breves instantes se cierne sobre el mundo como un gigantesco reptil suspendido en el espacio.

Su cola se prolonga hasta Oriente; su cuerpo ofusca el resplandor del firmamento; su cabeza se sumerge en las tinieblas de Occidente. La enigmática Nube impera en lo alto como el emblema de un funesto presagio, y su espantosa imagen oculta á los espíritus terrestres la visión del Reino del Cielo.

RUDRA, el potente Huracán, lanza contra ella sus impetuosas ráfagas; pero la misteriosa AHÍ se defiende con energía y el dios del Viento desfallece por un instante.

La lucha se reanuda con espantosa violencia; Ahí resiste, pero Rudra la acomete con fiereza y logra vencerla después de un colosal esfuerzo.

El Huracán descansa en el seno de las Brisas, y su cuerpo se adormece con el perfume de la Victoria. Pero es vano su triunfo porque jamás podrá destruir al Enemigo.

. . . .

La Serpiente Celeste oculta su derrota en la negrura del Ocaso, y la Luz resplandece de nuevo sobre el Mundo.

X

En Oriente asoman los albores del Día.

La deliciosa hija del Sol aparece guiando el etéreo carro del Aswin matutino, y en el horizonte colorean los arreboles crepusculares.

Ousha, la celeste precursora del Sol, difunde sus matizados vapores por el espacio, y su purísima luz disipa el tachonado velo del firmamento.

El Mundo despierta y aguarda devotamente la salida del Viajero celeste. El Astro diurno lanza sus primeros rayos sobre la Tierra; brilla en la altura su esplendorosa imagen, do-

mina el espacio y lo atraviesa majestuosamente.

XI

El Sol está en el zenit; la luz inunda al Mundo; y la Tierra solemniza su triunfo cubriéndose de exuberante vegetación.

El ancho río circula por su corteza y la fecunda; la fresca brisa purifica su atmósfera, y la Naturaleza ofrece, con sus frutos, el Pan de Vida á las criaturas.

XII

Surge en el Valle la pareja humana, como símbolo de la perfección. Su hermosura es prodigiosa: en ella se cristalizan las excelencias de lo Creado.

En sus cuerpos se humanizan las fuerzas del Universo, porque el Fuego arde en su espíritu y la Ilusión en su carne.

XIII

Los dioses admiran la sublime aparición llenos de asombro y caen en brazos del Quietismo.

El Terror penetra en su Alcázar y esparce por sus ámbitos el presagio de la Derrota futura.

La humana criatura empieza su peregrinaje y el Mundo la contempla.

CANTO II

CREPÚSCULO

I

La NOCHE extiende sus gasas sobre el VALLE.

El espíritu de ANDRO está sumido en el sueño precursor de la vida, y su cuerpo descansa sobre un blando lecho de césped.

Los MARUTS le acarician suavemente con sus frescas auras.

VARUNA despliega su manto tachonado de estrellas.

PRISNI, la diosa de la Tierra, está silenciosamente sentada sobre una roca; cubre su cuerpo un negro velo.

Al rededor de ANDRO flotan varios DEVAS, á manera de fuegos fatuos, describiendo espirales. A intervalos RUDRA envía una fuerte ráfaga de viento que dispersa á los DEVAS; mas pronto vuelven á reinar los MARUTS.

II

PUCHANDEVA. — Rudra está inquieto; de cuando en cuando nos molesta con sus impe-

tus. Mucho me temo que su helado influjo despertará á Andro prematuramente. Si así sucede, no tendremos tiempo de impregnar su alma de todo el efluvio vital de que disponemos, y el héroe de quien tanto esperamos vendrá á la vida falto de fuerzas. Presumo que el Huracán intenta dificultar nuestra misión.

Mitradeva. — Su destino es destruir, y no puede mirar con calma la energía espiritual con que fortalecemos á Andro.

Bhagadeva. — Le calumniáis. Rudra aniquila tan sólo lo que por su flaqueza está condenado á una muerte segura: quien le resiste, perdura y vence. Ved cómo no puede nada contra nosotros. Por lo sutil de nuestro ser flotamos entre los hilos de su corriente impetuosa, y esperamos que reinen los suaves Maruts para proseguir sin descanso nuestro objeto.

Puchandeva. — Siempre te has distinguido por tu optimismo, oh, Bhagadeva, sin duda porque fuiste en toda ocasión el más afortunado de nosotros; pero para triunfar en la difícil tarea que te impusieron, preferiría que fueras más cauto y receloso. De la dirección que imprimas á los primeros pasos de la vida de Andro depende el éxito. Procura ser precavido en tus consejos.

Bhagadeva. — No temáis por la elección que de mí han hecho. La acepté porque me creí con fuerzas para llevarla á buen término. Pero os prevengo que así en mi estado actual como en el corpóreo que adoptaré más tarde para dirigir á Andro por la senda del mundo, no me guiará otra idea que la de acción. No es el temor el arma del héroe, sino la confianza; en ella ha de fundarse el desarrollo de sus ulteriores energías; hacer otra cosa sería contravenir su propia esencia.

Puchandeva. — Mas es preciso abrir sus ojos á la luz para que conozca los peligros del mundo.

Bhagadeva. — Cuando llegue este caso os cederé gustoso mi puesto.

Mitradeva. — Cumplamos nuestro cometido y no critiquemos lo que está decretado; bien sabéis que no podemos torcer el curso de los sucesos. Más vale que observemos cautelosamente nuestro campo de acción para que no nos sorprendan nuestros enemigos. Observad á Prisni; contempla silenciosamente nuestros trabajos. Vedla; apenas puede soportar las cadenas con que la aherrojaron y, sin embargo, sobrelleva con resignación su largo calvario. Diríase que duerme.

Bhagadeva. — No duerme; sueña. Sueña en su eterno ideal de redención.

Puchandeva. — Los héroes que han de redimirla son de barro, y poco puede fiar en ellos. Salen de sus entrañas y son frágiles como su Madre. A ella vuelven.

Bhagadeva. — No todo lo que produce es como ella; ni todo lo que engendra vuelve á su seno. Parió un Cordero y bebió su sangre, mas no pudo engullir su cuerpo. Desde entonces los días que ha de vivir están contados.

En este mismo instante infiltramos nuestro poder á un hijo suyo en cuya esencia hay algo más que el barro que le prestó su Madre, y por eso nos atrae.

Mitradeva. — Es verdad; pero hace muchos siglos que estamos repitiendo nuestra labor, y los resultados que obtenemos son bien escasos.

Bhagadeva. — ¿Qué importa el Tiempo? El sempiterno rastrear por esta esfera maldita te ha hecho olvidar nuestro origen. Esos siglos de que hablas no representan más que un momento en la vida de nuestro Padre.

Puchandeva. — Ya vuelve Rudra á hacernos sentir su furor.

Bhagadeva. — No le temo; al fin y al cabo es

hermano nuestro; otras fuerzas debieran preocuparnos más. Están ocultas, y casi no alcanzamos á descubrirlas; por eso son más temibles.

MITRADEVA. — ¡Hermanos míos! fijaos en el intenso movimiento con que Vayú se agita. Algo extraordinario presagian sus convulsiones en esta hora de tranquilidad y calma. Observad á lo lejos. A pesar de la densa capa en que se oculta, me parece distinguir al poderoso Indra. Ved cómo se dirige hacia nosotros. Huyamos, compañeros, porque nos amenaza un grave daño.

BHAGADEVA. — ¿Por qué razón? Indra no disponía aún de su flecha cuando nosotros existíamos ya; no debemos temerle. Aguardemos su llegada, y seamos fuertes.

III

Aparece INDRA cubierto con el manto de la NOCHE. Camina pausadamente y se dirige hacia el sitio en donde flotan los DEVAS.

Su aire es majestuoso. La espesa gasa con que envuelve su cuerpo no alcanza á apagar la intensa luz que brilla en su mano.

Indra. — ¿Qué hacéis, espíritus turbulentos? La voz de mi hijo Vayú me ha advertido de vuestro nocturno trabajo. Mientras todo duerme, únicamente vosotros veláis, mas en vano pretendéis ocultaros: entre las sombras de la noche se destaca vuestra luz azulada. ¿Qué hacéis? Respondedme.

Bhagadeva. — ¿No lo ves? Velamos al héroe en el sueño precursor de su actividad.

Indra *(mirando á Andro)*. — ¡Un miserable gusano! Me admira vuestra candidez. Mas ¿qué esperáis que pueda hacer? En cuanto abra sus ojos á la vida admirará las maravillas que he producido y será un nuevo esclavo de mi poder. ¡Mezquinas criaturas! ¿no sabéis la fuerza de que dispongo?

Puchandeva. — No seas tan soberbio. Acuérdate de aquel momento de amargura que sufriste cuando reinaba el Caos. El día en que se apague el fuego que Twachtri te ofreció, se anulará tu Imperio. En cambio tú no puedes destruirnos.

IV

Prisni sale de su aparente letargo y se dirige á Indra en actitud suplicante. En su

rostro se marca la tristeza y de sus ojos manan abundantes lágrimas.

Prisni. — ¡Oh, Indra! Escucha desde el Palacio en donde moras mis tristes lamentos. Tu poder es el rayo; tu aureola es la luz; tu esfera de acción es el Universo infinito. Tu Reino es tan dilatado como el éter que inunda los espacios; pero tu corazón es tan duro como grande es tu poder.

Te adoramos porque nos das la vida, mas ¡qué vida nos das! Mientras tú cruzas el inmenso campo de lo creado haciéndote venerar como si fueras tu propio Padre, yo gimo en mi estrecha cárcel, tejiendo la inacabable trama de esta tela maldita, privada de esperanza y de consuelo.

La dura ley que presidió á mi nacimiento me obliga á deshacer mañana lo que con tanta pena he labrado hoy. Desde el principio de los siglos mi tarea es la misma: tejo y destejo con el mismo hilo; siempre fuerte, siempre nuevo, sin que la acción del Tiempo empañe su blancura. Pero la experiencia de los años despierta en mi mente el augurio de que jamás llegaré al fin del ovillo. ¿Cómo, pues, no comprendes el ansia con que

espero el fin de mis martirios? De mi seno han de salir los que me rediman, pero ha de animarles un poder superior al que yo puedo ofrecerles: de otro sitio ha de venir el soplo impulsor. No te opongas, pues, á que me ayuden estos espíritus.

Indra. — Y ¿qué alcanzarás con esto? ¡Purificar un solo gusano entre los infinitos que serpentean por tu corteza!

Prisni. — Habré logrado tejer un hilo de la malla, ¡oh, poderoso Indra!, y podré marcar un día fecundo entre tantos de estéril actividad.

Indra. — No me opongo á vuestra tarea, ¡oh, incansable prole de Agni! pero debo advertiros que será inútil cuanto intentéis. Aunque triunfarais tantas veces cuantas gotas de agua guarda el mar en su lecho, no podríais romper las esposas con que maniataron á Prisni.

Bhagadeva. — Contábamos con tu indulgencia, generoso Indra. Mucho más cuidado me inspiran los Ribhús que cautelosamente nos vigilan, protegidos por su diosa Atavia. Aunque hijos del Tiempo tienen sobre los súbditos de Prisni una influencia asombrosa. Me he fijado en ellos hace rato; sin duda creen que no les vemos.

Los Ribhús. — ¡En vano pretendéis ocultar vuestra orgullosa condición, oh, calumniosos Devas! La altanería con que habláis os desenmascará siempre. Ni os vigilamos ni nos ocultamos; esperamos pacientemente que llegue la hora de obrar. Vosotros trabajáis á la sombra; nosotros lo haremos á la luz del día cuando llegue nuestro turno.

Velad con todo el cuidado el sueño de Andro: hora vendrá en que despierte, y entonces reinaremos en él. Nuestro espíritu bulle en la sangre de sus venas; nuestro poder alcanza hasta los más recónditos hilos de la trama de su cerebro. Es nuestro hijo y nuestro esclavo á la vez.

Los Devas. — Haced gala de vuestro poderío en tanto se os permite; un día ha de venir en que desaparezcáis, como la diosa que os cobija.

Atavia. — ¡Oh, impotentes Devas! No pienso negaros las prerrogativas que os da vuestra esencia inmortal, pero en el reino de Prisni os venceré siempre. Mi poder es omnímodo en la raza de los mortales: me lo da la fuerza de la carne, y la tradición de las ideas. En el Néctar misterioso de la fecundación se agitan los gérmenes de mi acción futura. Mientras los hijos de

Prisni vengan á sus dominios rociados con el Santo fluido reinaré despóticamente sobre ellos.

V

En este instante aparece en el aire una tenue nube de color violado oscuro, y entre sus vapores se transparenta la imagen de una mujer. Su cuerpo es de alabastrina blancura, y sus ojos proyectan los destellos de la esmeralda. Cubre sus ebúrneos hombros una blonda y finísima cabellera.

Aunque parece estar cerca del círculo donde se celebra el diálogo, la débil intensidad con que se percibe su voz da la idea de que habla desde muy lejos. La celeste VISIÓN produce un movimiento de sorpresa en los ESPÍRITUS.

ABROTALIA. — Oídme atentos, si es que el eco de mi voz puede llegar hasta aquí; oídme, os digo.

No me conocéis porque no ha llegado todavía mi tiempo; pero he de triunfar de vosotros, ¡oh, hijos de Atavia! Mi Padre es el Porvenir, y he surgido de su seno para vaticinaros mi gloria. En este instante moro en el Alcázar de la Noche; mas vendrá una época en que la Luz

brille sobre mi frente, y entonces mi poder os sepultará en las entrañas de la Muerte. Estoy tan distanciada de vosotros como lo estaré de vuestros nietos, porque ellos os reproducirán á través de la evolución humana.

Mi reinado será breve pero fructífero, porque en un instante destruiré la ficción construída con vuestro secular esfuerzo.

No temas, Prisni; dentro del tiempo está el día en que has de redimirte. Soberbio Indra: el fuego de tu flecha no es eterno; yo te haré retroceder al Caos primitivo. *(Abrotalia desaparece).*

Prisni *(anhelante)*. — ¡Etérea aparición! ¡no te desvanezcas! ¡Deja que oiga aún por breves instantes el dulce acento de tu voz! Grande es el consuelo que infundiste en mi alma, pero me veo otra vez sumida en mi angustiosa soledad, pues tú me abandonas.

Indra. — Déjala que vuelva en paz á su morada. Aun mostrándose tu amiga, ha causado en tu vida un daño irreparable, pues inculcó en tu corazón el incentivo de una esperanza que jamás se ha de realizar. Por mi parte no la temo; un débil rayo de mi luz habría bastado para borrar su engañosa apariencia. Aun bri-

llan en mi aljaba los ígneos destellos de mi flecha.

Los Ribhús. — En medio de tu grandeza eres crédulo como un niño, ¡oh, poderoso Indra! ¿Cómo no has comprendido que la Visión era debida á un sortilegio de esos espíritus luminosos? ¡Mira qué callados están!

Los Devas. — Vuestras palabras son hijas del rencor, y con ellas pretendéis sacudir el miedo que os domina para cobrar nuevos alientos. Sea en buenhora; mas no nos calumniéis. Nuestro mutismo era debido al éxtasis á que nos elevó la angélica aparición.

Atavia. — Trabajad, pues, y veamos de quién será la victoria.

Los Devas. — Así lo haremos. Un suave calor inflama nuestro ser y nos reintegra en la posesión de nuestras fuerzas. Somos débiles, mas no cobardes. Os emplazamos para el día de la lucha.

VI

En el Espacio resuena una voz solemne y majestuosa, como si se originara en el Infinito. Cien ecos distintos la reproducen. Los

personajes de esta escena caen en profundo silencio y escuchan con veneración.

LA VOZ DE ASSURA.— Cesen ya vuestras discordias estériles y oíd el acento de la Verdad. Ni unos ni otros podéis nada contra la evolución de la Naturaleza. Lo que ha de ser, será, á pesar vuestro. Yo misma, que soy la Madre universal de lo creado, me propondría en vano retrasar un solo día la marcha fatal de la vida de Prisni, porque por encima de mi voluntad está la del que motivó mi aparición. Someteos, pues, á su poder.

Desde mi altura diviso en lontananza al matutino Crepúsculo, en su rápida carrera. La encantadora Arjuni, muellemente reclinada en el áureo carro, aparta de sus ojos soñolientos su virginal cabellera. La divina Aurora la sigue, difundiendo por el espacio su luz rosada. Tras ellas aparecerá mi hijo amado, el celeste Vichnú; el resplandeciente Surya. Entonad cánticos de alabanza á la Soberana Fuerza.

¡Prisni! vuelve á tu trabajo. ¡Indra! propaga por el Eter las luminosas vibraciones. ¡Ribhús! volved al antro de la Muerte. Cesad en vuestra tarea, espíritus inquie-

tos; que la Vida recobra su energía en el Universo, y el impulso inicial que presidió su origen aniquilará al que pretenda detener su marcha. De lo alto viene el Mandato; inclinaos ante su poder.

VII

Los primeros rayos del sol se reflejan en el horizonte, disipando las tinieblas de la Noche; y las sombras de los Espíritus se desvanecen en el aire.

Un denso vapor circunda á BHAGADEVA y oculta su esencia luminosa. La fluida envoltura se condensa y adquiere una apariencia humana.

BHAGADEVA, en su nueva forma, se acerca á ANDRO y le observa silenciosamente. El aura matinal acaricia su rostro.

ANDRO abre sus ojos á la luz y contempla el espectáculo de la Naturaleza.

CANTO III

CRISÁLIDA

I

Andro descansa al pie de un árbol en la espesura de un ameno soto.

En su cuerpo resplandece la juventud; la varonil belleza de su rostro resalta entre los negros bucles de su cabello.

Dirige la vista en derredor y contempla el apacible sitio en donde se halla.

El sol está en la mitad de su carrera, y sus rayos se tamizan por el follaje en delicados tonos. Muellemente cimbrean las ramas á impulso del aura.

II

Un pajarillo revolotea por el ramaje piando suavemente, y Andro observa las elegantes curvas que dibuja al saltar de rama en rama.

Su vuelo va siendo cada vez más rápido é inquieto, y su canto se vuelve duro y angus-

tioso. Llama, y no le responden: inútilmente busca en el follaje. Por fin se aleja modulando tristes endechas.

A los pocos momentos se aproxima otro pajarillo cantando tierna y melodiosamente. Su voz es argentina, y sus movimientos delicados y juguetones. Se remonta en el aire y traza sobre la copa del árbol caprichosas espirales.

Desde su altura divisa al anhelante compañero y le llama cariñosamente. El aéreo enamorado percibe los ecos de la voz amiga; cruza rápido el aire, y, tras breves instantes, se junta con su amada.

En su continuo aleteo expresan la alegría. Ora se posan en una rama, ora en otra, lanzando al viento sus sonoros trinos. La melodía masculina se funde en el aire con su dulce compañera, y de esta etérea unión surge la misteriosa harmonía del Amor, saturando el espacio con su efluvio.

III

Las avecillas gorjean cada vez más tenuemente, y su vuelo se hace lento y reposado. Se miran con dulzura y juntan sus picos en largo y amoroso beso.

La tierna pareja se oculta en el fondo de su nido.

IV

Esta suave visión despierta en el alma de Andro dormidos sentimientos. Mil veces la observó, pero nunca latió su corazón como ahora, ni ardió el deseo con tanta fuerza en su sangre.

V

Aparece Bhagadeva en forma humana.

Semeja un ser viviente, pero la materia de que está formado es tenue y transparente, y no gravita sobre el suelo. A través de su cráneo se vislumbra el resplandor de su espíritu.

Trae consigo abundante provisión de sabrosas frutas y las ofrece á Andro, quien apenas contesta á sus palabras. Bhagadeva observa atentamente el estado de abstracción en que éste se encuentra.

Bhagadeva. — Para ofrecerte estos manjares trepé por la escarpada vertiente de la montaña; solamente allí se producen y deseaba que los probaras.

Andro. — Te agradezco el obsequio, amigo

mío, pero mi espíritu apetece otros alimentos; con éstos no podrías calmar la tristeza que me domina.

Bhagadeva. — ¿A qué obedece tu estado? ¿Acaso no te agrada la amenidad de estos lugares? ¿O es, por desventura mía, que te molesta mi presencia?

Andro. — ¿Te he dado acaso algún motivo para que dudes de mi cariño? Si no bastara la amistad que te profeso, debería quererte por los beneficios que me otorgaste. Tú dirigiste mis primeros pasos; tú me enseñaste cuánto sé del mundo; á ti te lo debo todo.

Bhagadeva. — Procura, pues, devolver la calma á tu espíritu.

Andro. — No es posible; el deseo se enciende cada vez con más fuerza en mi alma. En el fondo de un nido oculto entre estas ramas encontrarás la explicación de mi actual estado. Allí está la felicidad: la pareja que lo habita penetra el secreto de la vida. ¡Cuántas veces me pregunté si yo no he de alcanzar también la gracia que les otorgaron por el solo hecho de haber venido al mundo!

Bhagadeva. — Jamás contrarié tu aspiración. Para que un día pudieras lograrla fortalecí tu espíritu con mi ciencia.

Andro. — Es verdad. Tú infundiste luz en mi alma y vida en mi cuerpo. Cuando me explicaste el misterio de la fecundación, en ti se me ofreció la imagen de mi padre. Dices que no lo eres, y yo te creo; pero lo representas.

Bhagadeva. — Yo no soy más que tu amigo. No intentes penetrar tu origen porque nunca te será revelado.

Andro. — Eso me dijiste, y ciegamente creí en tus palabras. Por otra parte no me importa saberlo. Soy hijo del Mundo, y tú eres mi padre adoptivo; aun dándote este nombre no expreso la idea que de ti tengo. Pero mi espíritu anhela nuevos horizontes, y mi voluntad me impele á alcanzarlos. Arde en mi pecho el fuego del Deseo y me es imposible dominar sus ímpetus. Ignoro lo que es el Mundo; tan sólo sé lo que tú de él me dijiste, pero no hay obstáculo que no me sienta resuelto á vencer, pues tengo absoluta confianza en mí mismo.

Bhagadeva. — No sabes la alegría que me producen tus palabras. Confiaba en tus fuerzas, pero aguardaba el momento en que tu deseo se transformara en febril ansiedad. Veo que ha llegado tu hora, y no debo oponerme á que cumplas tu des-

tino; si lo hice hasta aquí fué porque tu impaciencia no malograra el triunfo.

Voy á dejarte en libertad para que obres por ti mismo, pero oye atento mis palabras. Tras largos años de trabajo he logrado inculcar mi saber en tu alma; en ti estaba el germen, pero necesitabas la luz que guiara su desarrollo. De hoy más esta luz ha de faltarte; graba en tu memoria la postrer verdad con que puedo iluminar tu espíritu. Óyeme atento, porque tu calvario comienza en este instante. En el mundo hallarás lo que anhelante buscas, pero ha de ser á costa de horribles amarguras.

Eres esforzado, bien lo sé, mas las terribles pruebas que sufrirás podrían hacerte caer en brazos del desfallecimiento.

ANDRO. — No lo creas; contra mi voluntad se estrellarán todos los obstáculos. Obedeceré á mi impulso y responderé á mi Ideal: en la Acción se funda mi triunfo. Mas no sé qué triste presentimiento me despiertan tus palabras. ¿Por qué razón dices que ha de faltarme la luz que hasta ahora me ha guiado? ¿Crees que podría vivir sin ti?

BHAGADEVA. — Es preciso decírtelo: en breve

perderás mi compañía; mas no desmayes por eso, pues por ti mismo realizarás tu misión. De mí recibiste cuanto mi voluntad pudo otorgarte; de otro punto han de venir las nuevas fuerzas que te vigoricen. Escucha su voz y aprende en tu nuevo maestro, que de hoy más será la Experiencia.

Te devuelvo la libertad: este es el bien más grande que puedo hacerte. En el fondo de este bosque está la vereda que ha de guiar tus pasos; síguela con valentía. Quizás en otro sitio volvamos á vernos; entre tanto acuérdate de mí y confía en ti mismo, porque tuya será la victoria.

VI

ANDRO se queda aterrado al oir las últimas palabras de BHAGADEVA. La voz se le anuda en la garganta y no puede expresar la pena que le domina. Sus pies se clavan en el suelo y permanece en el mismo sitio como petrificado.

VII

La imagen de BHAGADEVA se va haciendo cada vez más transparente, y su carne se

convierte en una masa vaporosa hasta desvanecerse. En su lugar queda una débil luz azulada, que flota en el aire moviéndose pausadamente.

Aparecen los espíritus de Puchandeva y Mitradeva, y Andro contempla admirado la extraña visión. Al poco rato el fuego de Puchandeva se dirige hacia el bosque del Mundo, por entre cuya frondosidad se pierde, mientras sus dos compañeros se elevan en el aire hasta borrarse el destello de su luz.

VIII

La Tristeza invade el ánimo de Andro, pero el Deseo recrudece en su pecho y vigoriza su abatido espíritu. La idea de soledad le abruma. Contempla su apacible morada y lanza al Valle donde pasara sus primeros años una mirada de despedida.

El sol camina hacia su ocaso. Andro dirige sus pasos hacia el bosque misterioso. La luz diurna no puede penetrar en su espesura porque las Tinieblas le envuelven.

CANTO IV

AURORA

I

ANDRO, internado en el bosque del mundo, camina hacia Occidente en medio de una oscuridad absoluta.

El frondoso arbolado forma un tupido techo de hojas; y los arbustos y malezas hacen el paso difícil y peligroso.

En aquella lobreguez observa, en el suelo, una pequeña luz fosforescente. Atraído por ella se acerca á examinarla y descubre que la desprende un menudo insecto.

ANDRO *(dirigiéndose á la Luciérnaga)*. —Dime, deleznable animalito, ¿es tan sólo tu luz la que alumbra estos lugares? Mejor harías en apagarla de una vez.

Al Mundo voy. Por este bosque he de llegar á mi destino, y me tarda el momento de alcanzarlo; pero las tinieblas que me envuelven y lo accidentado del terreno me hacen sospechar que mi viaje será penoso

y lento, cuando yo lo quisiera rápido y feliz. Mira, pues, de qué puede valerme tu débil resplandor. Aun á ti mismo creo que no te ha de servir más que de estorbo.

La Luciérnaga. — Errante viajero; me basta con lo que has dicho para conocerte. ¿Cómo te sorprende que disponga de tan poca luz si no sabes la que necesito para alumbrar mis pasos? La impaciencia te domina cuando debiera guiarte la reflexión. Modérate, amigo mío; esta senda está erizada de peligros, y no debes mover un pie sin estar seguro de que has de pisar terreno firme.

Andro. — Puede que tengas razón. Desde que entré en este bosque no he experimentado más que contratiempos y dolores. La hierba de mi valle se trueca aquí en zarzales y malezas, y las ramas de los árboles parecen agudas lanzas. Profundos abismos y altísimas cumbres encontré en mi camino; mi cuerpo chorrea sangre y sudor; y aunque no ha flaqueado por eso mi ánimo, me siento fatigado. Comprendo que habría sido mejor cubrirme con otras vestiduras más protectoras.

La Luciérnaga. — Algo has aprendido, pero es mucho todavía lo que te falta.

Andro. — No lo creas; penoso es el viaje, bien

lo veo, pero una vez llegado á su término, me será fácil desarrollar en el seno del Mundo el fin que me impulsa.

La Luciérnaga. — Me sorprende el aplomo con que hablas, mas si te conduces con la imprevisión que hasta ahora demuestras, te auguro un fracaso. Si no te repugna hablar con un ser de mi condición, explícame cuál es el propósito que te mueve. Quizás pueda darte algún consejo provechoso.

Andro. — Vengo de un lugar en donde he vivido hasta ahora tranquilo en unión de un ser á quien siempre creí mi semejante. He crecido en el seno de la Naturaleza y la he admirado, pero me apena la nostalgia de un estado más perfecto: aspiro á la relación con mis hermanos. Te advierto que esta idea no me causa extrañeza alguna; antes siento la vaga impresión de haberla vivido en otro tiempo. Es algo que me falta lo que voy á buscar; algo que he tenido y ahora no tengo.

La Luciérnaga. — Y ¿qué fin te guía?

Andro. — Amar y ser amado. En el reino en donde moran mis iguales he de encontrar lo que busco. Si esto es el Mundo, á él voy.

La Luciérnaga. — ¡Desgraciado! Bien se ve que no conoces el sitio á donde te diriges.

Andro. — No lo creas. Aunque he vivido en la soledad de las selvas, he aprendido mucho en la ciencia de mi compañero. Ha sido á la vez mi amparo y mi guía, mi amigo y mi maestro. No he conocido otra persona en la vida, y por lo tanto á él le debo cuanto soy. Él me traía el diario sustento; él me daba la explicación de las maravillas de la Naturaleza. Mil veces le había tocado con mis manos; en su regazo dormí los dulces sueños infantiles; no podía, pues, dudar de su existencia; pero me convencí de mi error al ver que su cuerpo se desvanecía como la visión de un ensueño. Mi amigo desapareció y yo me quedé sumido en el más horrible desconsuelo. Mas no he de olvidar por eso los beneficios que le debo. De su ciencia se nutrió mi espíritu: él me enseñó á conocer el Mundo.

La Luciérnaga.—Bien demuestras la bondad de tu alma, bizarro caminante. No podría explicarte el dulce sentimiento que me produces. Pero por esa misma simpatía que en mí despiertas, debo advertirte de todo aquello que á mi juicio pueda interesarte. Oyeme bien: ¿estás seguro de que la idea que te dió del mundo era del todo exacta? Me admira que seas tan poco previsor siendo discípulo de tan sabio maestro.

ANDRO. — La previsión ¿para qué la necesito? Lo que me importa es separar los obstáculos que se interpongan en mi camino. Jamás he obedecido á otras ideas que las que dimanan de mi impulso interno; no comprendo más que la Acción; contra ella se desvanece todo; este es el fruto de las lecciones de mi Guía. De otra parte, éstas eran las únicas que habría podido seguir teniendo en cuenta mi naturaleza.

LA LUCIÉRNAGA. — Asimismo lo creo. Mas en tu nueva senda te hace falta saber algo que todavía ignoras.

ANDRO. — ¿Cómo no me lo dijo antes mi amigo?

LA LUCIÉRNAGA. — Quizás aun no era tiempo; pero ahora necesitas prepararte para resistir amargas pruebas. El Reino á donde te diriges es muy distinto de lo que tú te figuras. El ánimo más esforzado sucumbe en sus luchas y encuentra la derrota donde esperaba la victoria. En él no impera más ley que la de la fuerza.

ANDRO. — No comprendo tu lenguaje. Yo no voy al Mundo á luchar; no quiero vencer ni ser vencido: voy sencillamente á buscar lo que me falta. Mi fuerza es la Acción; mi garantía es la Justicia.

LA LUCIÉRNAGA. — Muy pronto has de convencerte de que la Sociedad se gobierna por

otras leyes. No está en la justicia el germen del triunfo, sino en la habilidad y la astucia. Con el estudio y la experiencia adquirirás el medio de poderlas utilizar.

ANDRO. — Me parece que el estar tan en contacto con el Mundo te ha ofuscado la inteligencia. Yo no he estudiado en su seno; pero, en cambio, he leído en el Libro Grande de la Naturaleza, y jamás he aprendido lo que tú te empeñas en hacerme creer.

Pregúntales á las plantas qué experiencia tienen del mundo; pregúntale al sol por qué medio nos comunica con su calor la vida; y díle á la Tierra que te explique el sortilegio de que se vale para presentársenos siempre bella y siempre joven. En la Acción pura y simple se fundamenta tan sólo su poder, sin que intervengan para nada los artificios que has nombrado. Así es la Naturaleza y así debe ser la Sociedad. Cualquier fuerza que se oponga á su desarrollo debe sucumbir, si á la acción ampara el espíritu de justicia y anima la fe. Estos son mis guías. Como el árbol busca en el suelo los elementos de su nutrición, así voy yo al Mundo á buscar el complemento de mi ser; ¿quién podrá impedírmelo?

La Luciérnaga. — Te repetiré lo mismo, aun sabiendo que por ahora no me puedes comprender. Tú has estudiado la vida en la Naturaleza, y por eso se te ha presentado franca y clara, porque en ella no existe el engaño. No has de fiar en sus palabras, sino en sus hechos. Dirígete en cambio á la criatura humana y nunca podrás averiguar si es la verdad ó la mentira la que sale de sus labios. En la imposibilidad de penetrar en su conciencia estribará la razón de tu fracaso.

Andro. — Tal vez sea cierto lo que dices, mas yo me resisto á creerlo hasta que lo vea por mí mismo. En tanto seguiré sin desviarme mi camino, porque en mí germina el soplo de vida con independencia de mi voluntad.

No conozco la mentira más que por la idea que tú me has sugerido; soy incapaz de sentirla y no comprendo que los demás la sientan. Pero te prevengo que no me importa que la usen contra mí, porque tengo absoluta confianza en mi propia fuerza.

La Luciérnaga. — Tal como te me presentas te adiviné. No hay medio humano de hacerte errar en tu dirección y eso me consuela; pero debo advertirte también que no

estás exento de defectos. Ahora mismo acabas de hablarme de la confianza que tienes en tus fuerzas, y estás demostrando que jamás estudiaste su importancia ni la manera de utilizarlas.

Considera con calma lo que te digo, fogoso viajero. Penetra en ti mismo, en primer término, y observa luego atentamente lo que te rodea; de lo contrario tu marcha será tan ciega como la de la roca que salta de peña en peña hasta hundirse en el abismo.

De otra suerte te conducirías si escucharas los consejos que puede ofrecerte mi experiencia. En ella se basan mis ideas y su práctica conduce á la victoria.

Andro. — Aunque ardo en deseos de proseguir mi camino, me interesa tu conversación. ¿Podrías decirme en qué fundas tus principios?

La Luciérnaga. — En conocerme á mí misma y procurar conocer á los demás. Por esto estoy satisfecha de la pequeña luz de que dispongo, porque es suficiente para iluminar mi radio de acción. Por eso ando despacio, porque quiero asegurar mis pasos. Utilizo mis fuerzas, puesto que las conozco, y con ellas actúo. En mi alma no anida el vano empeño, sino la asequible realidad.

Andro. — La primera parte de tu doctrina me parece fácil de llevar á la práctica: basta con que cada cual se observe á sí mismo con serenidad. En cuanto á la segunda, la creo muy difícil de alcanzar, si no es la sinceridad la base de las relaciones humanas. De todas maneras no comprendo qué relación puede haber entre una y otra, porque la idea de conocerse á sí mismo me parece independiente de la de conocer á los demás.

La Luciérnaga. — Antes al contrario, están íntimamente unidas. Cuanto más claro te veas á ti mismo, más claros verás á los otros seres. Arduo es el estudio de las propias cualidades y defectos, pero adiestra el ingenio para descubrir las de nuestros semejantes. De otra parte, si un día logras ese estado de perfección, tendrás una noción precisa de las fuerzas de que dispones y no soñarás en ilusorias empresas. Vivirás dentro de ti mismo, sin descubrirte y sabrás conocer sin ser conocido, y en esto estriba el triunfo.

Andro. — Te confieso que con tus ideas has logrado introducir en mi espíritu una atmósfera de calma que jamás sentí. Cuando menos has despertado en mi mente el deseo de la crítica de mi propia personalidad.

Nunca pude sospechar, por tu aspecto, que poseyeras tan profundos conocimientos.

La Luciérnaga. — Mi luz no alumbra, pero perfora. Por ella me introduzco en el interior de los seres sin dejarme alucinar por la forma corpórea con que se manifiestan.

Andro. — Bien practicas tus ideas al ocultarte bajo tan insignificante apariencia.

No sé si es el bien ó el mal lo que me enseñas, ni sé tampoco cómo germinarán en mí tus principios; mas te aseguro que por primera vez en la vida me siento inclinado á la reflexión.

Pero no puedo detenerme por más tiempo; me espera lo desconocido y ardo en deseos de penetrar su arcano. Filósofo solitario, sigue tu pausado camino mientras yo continúo mi veloz carrera. Tu luz se grabará en mi memoria, y será un nuevo faro que ilumine mis pasos.

La Luciérnaga. — Un día ha de brillar sobre tu vida el Astro refulgente; yo soy tan sólo un débil destello de su Aurora.

Andro. — Confiado espero tu vaticinio. Entre tanto tu recuerdo y el de mi compañero serán los guías de mi peregrinación.

LA LUCIÉRNAGA. — Él y yo te lo agradecemos á un tiempo. Que la suerte te proteja.

ANDRO prosigue su camino.

La débil luz que proyectaba la LUCIÉRNAGA se desvanece.

CANTO V

TERRESTRE

I

ANDRO prosigue su viaje en la misma dirección inicial, aunque más lentamente. Separa con cuidado los abrojos que puedan lastimarle y camina cautelosamente por entre punzantes malezas.

No lejos de allí, atraído por el rumor del agua corriente, descubre un arroyuelo, en el que apaga su sed y lava cuidadosamente sus heridas.

Continúa su camino, cada vez más penosamente, hasta que un monte colosal, erizado de escarpadas rocas, le cierra el paso. Advierte una hendidura practicable, y trepa con agilidad de roca en roca hasta alcanzarla.

II

Por ella penetra en una caverna oscura, llena de un aire irrespirable, denso y saturado de humedad.

Busca su salida por entre los laberínticos

corredores que la cruzan, sin acertar á encontrarla.

Cuestas inaccesibles; declivios vertiginosos casi imposibles de descender aminoran sus fuerzas, mas no las agotan; porque la Prudencia es su compañera y la Voluntad es su guía.

III

De pronto se le ofrece un inmenso Lago cuyas aguas son de un color parecido al de una mezcla de sangre y cieno. Se hace visible merced á unos efluvios luminosos que se desprenden de su superficie, como si llevara disuelta en su seno una extraordinaria cantidad de fósforo.

Infinitos animales culebrean en el líquido elemento, mostrándose y desapareciendo con suma rapidez. Su aspecto es tan raro como repulsivo, y su voz es humana.

IV

Andro, dominado por la idea de atravesar el tétrico Lago que se interpone en su camino, busca afanosamente un medio de vadearlo, y sus repugnantes pobladores hacen burla de su

deseo, diciéndole: «¿Quién eres tú para cruzar el Mar de la Impureza? Quédate con nosotros y gozarás del Mundo; si otra cosa pretendes, perecerás.» Y, revolviéndose en el agua, la agitan, y procuran lanzarle algunas gotas para mancharle. Expelen por sus bocas un hálito venenoso y lo dirigen contra él; mas ni el veneno ni el agua alcanzan á tocarle.

V

Las orillas del Lago están formadas por una arcilla cenagosa é infecta, que despide vapores hediondos. Multitud de animales surcan aquel dilatado lodazal.

Andro fija su atención en un grupo de seres muy semejantes al hombre, pero más pequeños, de piel velluda y provistos de cola.

Cuatro de ellos, uncidos á modo de yuntas de bueyes, arrastran un bulto muy superior en peso al esfuerzo que pueden realizar. De cuando en cuando se detienen jadeantes y extenuados por el trabajo, pero detrás va otro de parecido aspecto fustigándolos para que arreen.

El Desalmado tira al propio tiempo de una cadena á la que va atada una hembra de la misma especie, llevando un pequeñuelo en brazos.

Andro. — ¡Oh, monstruo sin entrañas! ¿por qué castigas á estos infelices? ¿no te da pena su martirio? ¿por qué les abrumas con una tarea imposible?

El Desalmado. — ¿Y á ti qué te importa? Para eso les doy el sustento.

Andro. — ¿No sería mejor que les ayudaras?

El Desalmado. — Para mandar he nacido, y no para ser esclavo.

Andro. — Deja siquiera en libertad á esta infeliz; ¿no ves que no puede con el peso de sus cadenas?

El Desalmado. — Por su voluntad se unió á mí y me juró fidelidad y obediencia eternas: ha de mantener su juramento.

Andro. — ¿Es posible que un ser pueda abdicar de su libertad?

El Desalmado. — No me molestes más con tus preguntas. Pues te extrañas de estas cosas, debes de ser sin duda un loco. Déjame en paz.

VI

Con el alma lacerada por el dolor prosigue Andro observando lo que le rodea.

No lejos de él distingue, en las sombras de una fosa excavada en el fango, un ser de as-

pecto miserable sujeto á una estaca por medio de una cadena con grillos.

La Amargura le cubre con su manto; el Abatimiento reina sobre su espíritu; la lozanía de la juventud desapareció de su rostro, sucumbiendo al estrago de una vejez prematura. Dos ríos de lágrimas fluyen de sus ojos, y el éter de la Tristeza satura su atmósfera.

Andro *(dirigiéndose á él)*. — ¡Oh, desgraciada criatura! ¿cuál es la causa de tu dolor? ¿por qué gimes en esta sepultura siendo un ser vivo?

El Condenado. — Por una culpa que no cometí. El fautor de mi desdicha lleva en la diestra un tridente de oro, y, por más que hago, no alcanzo á librarme de su poder. En vano lucho: he de pasar mi vida entre cadenas.

Andro. — Pero ¿cómo es posible, siendo inocente?

El Condenado. — Libre de pecado estoy; mas no supe sustraerme á un engaño que la Maldad me tendió. Caí en él, y ahora purgo mi candidez en manos de la justicia.

Andro. — Temiendo estoy haber perdido la razón, pues no es posible que en la Realidad exista el horrible contrasentido que acabas de expresar.

EL CONDENADO. —Bien conocí que eras extraño á estos lugares; de lo contrario sabrías que el LAGO MALDITO está henchido de más grandes crueldades que la que te estoy relatando.

ANDRO. — En efecto; no debería sorprenderme, después del repugnante cuadro que, poco há, me llenó de indignación; mas no podré habituarme nunca á tamañas monstruosidades.

EL CONDENADO. —No lo creas. Pronto se embotaría tu sensibilidad si vivieras en este cráter en perpetua erupción: aun en plena libertad la vida es un constante martirio. No parece sino que los habitantes de este Antro buscan con ansia la muerte para librarse de una existencia insoportable. Contempla lo que te rodea y descubrirás la esencia del Mundo.

VII

Hacia Oriente se desarrolla un sanguinario espectáculo y ANDRO lo observa.

Dos numerosas huestes se acometen con fiereza y se destrozan despiadadamente. Su furor no tiene límites; el odio les guía y el instinto de destrucción les cobija con su luctuoso manto.

El carnaje es espantoso; la tierra se cubre de cadáveres y se extiende sobre su superficie un mar de sangre. En sus rojizas aguas continúan su obra los dos ejércitos rivales, y el Crimen despliega sus alas en el espacio bajo la apariencia de la Nobleza.

Andro. — ¿Cómo es posible que individuos de una misma especie se aniquilen bárbaramente de ese modo? ¿Cuál puede ser la causa de un suceso tan horrible?

El Condenado. — El cumplimiento de un falso deber. Los seres que allí observas están vengando con su sangre los ultrajes que se han inferido los Plutarcas que respectivamente les gobiernan. Un tiempo fueron amigos; mas la deslealtad de que uno á otro se acusan motivó la guerra que ahora devasta sus dominios.

Andro. — ¿Cuál de los dos hizo traición á la Amistad?

El Condenado. — Importa poco; no te ocupes en averiguarlo: probablemente los dos á la vez. La amistad es una palabra vana que sirve de escudo á la hipocresía; de su regazo surge el maleficio.

Andro. — ¿Cómo te atreves á decir eso?

El Condenado. — Por la fuerza de mi propia experiencia.

La Amistad flotaba en mi cielo como el más puro de los ideales, y mi inocencia lo encarnó en un ser á quien yo veneraba como á un espejo de la Virtud. Mas pronto descubrí que la Maldad hervía en el corazón de aquel monstruo á quien yo daba el dulce nombre de amigo: á él le debo la pena en que me consumo; él fué el causante de mi desventura.

Desde aquel triste día siento en mi alma el vacío más espantoso, y vivo como si me hubieran arrancado una parte de mí mismo. La sombra del Engaño se desvaneció y el Ideal volvió á reinar en el espacio para siempre: únicamente allí conserva su pureza; jamás volveré á personificarlo en la Tierra.

Andro.—Hasta ahora me creí fuerte, mas no sé si podré resistir las pruebas por que paso.

El Condenado. — Es preciso que te curtas en el dolor; de lo contrario tu ánimo sucumbiría.

El espectáculo de muerte que estás viendo se reproduce constantemente en nuestros dominios; en este mismo instante podrías descubrir otros de parecida índole si observaras con atención.

Mira hacia Occidente. Dos manadas de seres repiten en aquel territorio la obra

de destrucción. Su furor es el mismo, y la bravura con que luchan es idéntica, aunque el fin que persiguen es distinto.

ANDRO. — Es verdad. En ellos veo reproducirse la salvaje visión con espantosa semejanza. ¿Por qué motivo combaten?

EL CONDENADO. — Por una ilusión: esa es siempre la única causa de nuestros males.

Estos desgraciados se aniquilan mutuamente para lograr la posesión de un pedazo de tierra. De este modo pretenden ensanchar sus dominios y aumentar su poder.

ANDRO. — ¿Y para adquirir una porción de barro infecto sacrifican sus vidas?

EL CONDENADO. — Les mueve el propósito de dilatar los límites del país en que nacieron, é inmolan sus personas en el altar de la Patria.

ANDRO. — ¿Qué Patria puede haber más grande que el Reino del Bien? ¿Cómo puede sustituir la podredumbre terrestre á la pureza del Ideal? ¡Oh, infelices criaturas! ¿qué habéis hecho de vuestras conciencias? ¿dónde está la Piedad? ¿dónde está el Amor?

EL CONDENADO. — En los espacios imaginarios.

VIII

Andro aparta la vista del horroroso cuadro y sigue observando la llanura del Mundo.

No lejos del sitio en donde se halla descubre una vasta extensión de terreno cuya superficie está casi cubierta por un número infinito de Gusanos. Los tortuosos cuerpos de aquellos animales se mueven constantemente de un lado á otro como poseídos de una febril actividad, dando á la dilatada planicie la apariencia de un inmenso hormiguero.

El ideal que guía al numeroso ejército es el trabajo, y su fin es extraer el Maná divino que se oculta en el fondo del cieno. Su labor es continua y penosa, y en lo tardío de sus movimientos denotan el cansancio que les aniquila.

Esparcidos por el reino de la Energía y como capitaneando aquellas legiones de operarios se observan unos Reptiles de aspecto repulsivo, cuyas robustas patas están provistas de largas y afiladas uñas. En cuanto los Gusanos se detienen dominados por la fatiga, se les acercan sus guardianes y les muerden rabiosamente para despertar de nuevo sus fuerzas. Y los Gusanos continúan su labor obedeciendo á los que les gobiernan.

El trabajo es extenuante, pero el resultado

obtenido es prodigioso, porque en breve espacio de tiempo surgen del fondo de la tierra enormes montones del codiciado Maná; y el río de la Abundancia parece desaguar su corriente sobre el reino de la Actividad.

Pero la Visión de la Dicha es ilusoria, porque el sacro alimento es Pan prohibido para quien lo produjo.

Los despiadados Reptiles se acercan al Manjar de la Vida, extienden sobre él sus patas innobles, y en breve desaparece entre sus garras.

La idea de la Justicia se borra del espacio y el velo de la Miseria se extiende de nuevo sobre el Campo del Trabajo.

La paciente Legión les mira con terror mientras ellos se apoderan del fruto de la Esclavitud.

Los Reptiles arrastran penosamente su presa, mas no pueden clavar en ella sus agudos dientes porque también les está prohibido: no son ellos los Escogidos.

Sin detenerse en su camino llegan á la presencia de unos repugnantes Sapos que reposan en el lodo adormecidos por los vapores de la digestión. Los Servidores depositan humildemente á sus pies el Maná divino, con grandes muestras de sumisión y respeto. Los Sapos engullen el sustancioso alimento hasta que su

estómago rebosa. El perfume del bienestar embriaga sus sentidos, y la sombra de la Lascivia se infiltra en su corazón.

Cerca de ellos pulula un enjambre de diminutas Ranas de matizada piel, llamando su atención con sus graciosos saltos. Sus ojos son vivos y su cuerpo es elegante. Los Sapos reparan en ellas y les lanzan las migajas de su festín. Las Ranas les miran cariñosamente, mostrándose agradecidas; y, tras breves instante, la asquerosa baba de los Monstruos empaña el cuerpo virginal de las Predestinadas.

Y el espectro de la Lujuria impera sobre el campo de la Iniquidad.

EL CONDENADO. — Ahí tienes una nueva legión de sacrificados. Con el producto de su trabajo engorda el SANTO EJÉRCITO á esa compañía de asquerosos animales. Su panza es enorme, y son capaces de devorar el doble de lo que les ofrecen. Observa el contraste que resulta entre su gordura y el escuálido aspecto de los Gusanos que para ellos se afanan.

Las infelices que recogen los restos del Banquete perdieron la esperanza en el averno de la Miseria, y jamás volverán á encontrarla. Su triste estado debe despertar la compasión en los espíritus nobles.

Andro. — Y ¿por qué razón sucede esto?
El Condenado. — Por la razón de la fuerza.

IX

El fantasma de la Crueldad flota en la atmósfera de Andro y, á su vista, su cerebro se desvanece. La Redención se borra del espacio; la Noche le circunda; pero en breve despierta de su sueño para proseguir su calvario.

Andro continúa observando el panorama de la Injusticia, y se le ofrece una nueva Visión.

En el campo del Despotismo se yergue orgullosamente el Poderoso. Su estatura es mezquina; sus músculos son débiles, y su vientre es inmenso: apenas alcanzan á soportar su peso sus enjutas piernas. Su frente es estrecha; en sus ojos se pinta la estupidez; su rostro es innoble.

Diríase que en su cuerpo se encarnó la Fealdad, y en su espíritu el Mal.

Junto á él se observa un sinnúmero de animales de la propia especie postrados á sus pies en humildísima actitud, y como dispuestos á obedecer el menor de sus deseos.

En una mano lleva el Poderoso una bolsa, en la otra un látigo.

Los Esclavos continúan rodeándole con la

cabeza doblada hacia el suelo, en muda adoración, no atreviéndose á mirarle cara á cara, mientras el Déspota dirige hacia ellos su vista con aire de profundo desprecio.

De pronto sacude la fusta produciendo en el aire un desagradable chasquido, y el ejército de los Vencidos se prepara para recibir el salario de su deshonra.

El Poderoso saca de su bolsa unos menudos discos de reluciente metal y los muestra á la miserable multitud. El asqueroso enjambre despierta de su quietismo como por virtud de una corriente eléctrica y se mueve nerviosamente de un lado á otro impulsado por la codicia. Este salta espasmódicamente; aquél serpentea por el suelo; uno lanza agudos silbidos; otro se acerca á la infamada Estatua y le lame los pies; todos procuran atraer su atención luciendo sus habilidades ú ostentando su bajeza; y aquella hueste de seres envilecidos abdica de su libertad y escarnece su propia honra para ponerse bajo las plantas del Idolo de oro.

El Tirano contempla envanecido su triunfo y, harto de gloria, lanza á la repugnante multitud un puñado de monedas. Los animales se destrozan mutuamente para conquistar la deseada presa; el instinto de voracidad arrebata la máscara de la hipocresía, y aquella legión

de esclavos se convierte en manada de lobos. Pocos son los que alcanzan el metal codiciado: los más continúan en su estado miserable, pero la esperanza les consuela á todos.

El ejército continúa en su puesto como esperando nuevas mercedes, pero el Poderoso lo dispersa á latigazos. Y aquella turba de inmundos animales huye atemorizada hasta ocultar su deshonra en el fondo del lodo.

X

Andro. — ¿Cómo contempla el Mundo impávido tanta maldad y tanta bajeza? ¿No hay un solo vivo entre tantos muertos?

El Condenado. — Puede que haya alguno, pero no deja oir su voz. Ahí tienes á ese venerable viejo que está devotamente orando en la cumbre de ese montículo. Su aspecto es noble y su ideal es santo: pero no se atreve á medir sus fuerzas contra la Inmensidad.

Andro. — En efecto, la expresión de su rostro inspira simpatía. Mas ¿por qué enervó su vigor en el quietismo? ¿Cómo no se subleva su alma á la vista de tamañas monstruosidades?

El Condenado. — Pronto te explicarás el mo-

tivo. Su ideal se funda en el Pasado, por eso la acción que podría ejercer sobre sus hermanos se perdió ya en el Olvido. La evolución progresiva de los seres para él no significa nada, y todo su esfuerzo se cifra en hacer retroceder lo que inevitablemente ha de progresar; por eso es impotente y consume sus horas en solitaria oración. Por otra parte, harto trabajo tiene en sostener su carcomido Palacio que se desmorona de día en día.

ANDRO. — ¿Podrías decirme quién es y qué nombre tiene?

EL CONDENADO. — Es un geomántico. El culto dominante en esta comarca le tiene por Pontífice y la numerosa grey que le rodea obedece respetuosamente sus órdenes. La nota característica de los que forman sus huestes es la de estar ligados entre sí por un voto de perpetua castidad.

ANDRO. — ¿Cómo es posible? ¿De nuevo se me ofrece la libertad renunciada? ¿Y con qué derecho? ¿Acaso pueden ellos parar el curso de la naturaleza? ¿Acaso pueden mandar en el futuro de su vida?

EL CONDENADO. — Los habitantes de este Reino son muy pródigos en promesas.

ANDRO. — ¿Por qué razón han de prometer lo que ignoran si podrán cumplir?

El Condenado. — Ya lo cumplen; sino en el fondo, en la apariencia. La Apariencia es la diosa protectora de estos lugares; quien no se le rinde es aniquilado: mírate en mi espejo.

Andro. — Y ¿no hay fuerza que se oponga á tanta injusticia?

El Condenado. — Quien lo intentara resultaría vencido. El supremo estado de perfección consiste en caer en brazos del aislamiento. Hay ciertos contactos que manchan. Aprovecha mi consejo y ponlo en práctica ahora mismo; apártate á un lado y deja libre el paso á esa legión de Enmascarados que por allí vienen. Su hálito venenoso infecta el aire que les circunda.

Andro. — En efecto; no me había fijado en ellos. Y ¿por qué ocultan su rostro?

El Condenado. — Para quitar hasta la esperanza de poder penetrar en su conciencia. Son seres dañinos; pero no poseen la habilidad de ocultar su perversión. Su número es muy escaso, porque la mayoría de los moradores de esta Caverna se sirven de la expresión de su propia cara para esconder sus sentimientos. El uso del antifaz está ya casi olvidado.

Andro. — ¿Y para contemplar tantas infamias he recorrido mi penoso camino?

El Condenado. — ¿Qué dirías si ahondaras un poco más en el cieno de esta corteza? Lo que tú calificas de monstruosidad ó injusticia es aquí venerado como antorcha de pureza y equidad. En otros sitios encontrarías motivos para aumentar infinitamente tu dolor. Yo te señalaré la senda que has de seguir y podrás contemplar la maldad en toda su desnudez.

Andro. — ¿Y para qué quieres que aumente mi pena?

El Condenado. — Para que puedas penetrar hasta la esencia de la Perversidad; allí se te aparecerá el espectro del Crimen sin el velo de la Hipocresía. Ármate de valor y continúa tu viaje.

Andro. — Demasiado he sufrido; no quiero proseguir ni un instante más este camino de maldición. Yo no admito gradaciones en la simplicidad de las ideas: el que realiza un mal, efectuaría otro mayor si le amparara la fuerza. En la impotencia propia ó en la dificultad externa estriba el que no se llegue hasta la hez del crimen. Me basta con lo que he visto. Aquí reina la Maldad: ese es su nombre.

XI

La visión de tantas miserias y crueldades produce en el alma de Andro una profunda tristeza, y su espíritu se abstrae del mundo que le rodea. Mas no tarda en volver á la realidad al observar, asombrado, una multitud de seres de diversos aspectos, formas y tamaños, que corren en dirección suya en confuso tropel gritando: ¡Huyamos, huyamos; nuestra Reina se dirige furiosa hacia nosotros! ¡Huye tú también, extraño viajero, si no quieres acabar tus días en este instante! Pero Andro espera impávido la llegada de la terrorífica Imagen, mientras la muchedumbre huye despavorida.

A los pocos momentos llega la espantosa fiera y se detiene cerca de Andro. Su aspecto es realmente horrible: semeja un inmenso Dragón provisto de siete grandes cabezas.

La Hidra. — ¿Cómo tienes la audacia de atravesarte en mi camino?

Andro. — Porque no temo. ¿Acaso esperabas infundirme miedo?

La Hidra. — Mírame bien: yo soy la Reina de cuanto aquí existe.

Andro. — Pues no puedes nada contra mí, porque no lograste mancharme con tu

lodo: por eso no soy tu esclavo, sino tu juez. Contémplame y témeme, porque vengo á destruir tu reinado, y á cortar de raíz la injusticia y la maldad en que se funda tu poder.

La Hidra. — Mientras se mantengan sobre mi cuello las siete cabezas con que me adorno, mi reino perdurará.

Andro. — Si en eso estriba el secreto de tu fuerza, yo lo desvaneceré en un instante.

XII

Andro se acerca al Monstruo y toca con su mano una de sus cabezas, la cual desaparece como obedeciendo á un conjuro. Efectúa lo mismo con otra, consiguiendo idéntico resultado; pero en aquel mismo instante reaparece la primera, y á los pocos momentos la segunda. Andro se queda absorto contemplando este prodigio.

La Hidra. — ¡Oh, miserable gusano! ¿En dónde está la fuerza de que blasonabas? ¿Cómo te atreviste á rebelarte contra mí? No hay nada que pueda oponérseme; mi esencia es indestructible.

Andro. — En efecto; renuncio á toda acción

noble en este Antro maldito; ya veo que no es posible. Aunque me pasara la vida entera no podría aniquilar estas siete cabezas en las que se incuba el Pecado. Apártate de mi vista, fiera maldita; me reconozco impotente, pero no puedo soportar tu presencia.

La Hidra. — ¿Tan horrible me encuentras? No todos piensan como tú. Mírame despacio, y no me juzgues por mi aspecto; quizás descubras en mí algo que te atraiga.

Mi furia devasta, pero no agota; por mi poder resurge nueva y vigorosa la Vida en los campos de la Muerte. Échate en mis brazos, y lo que ahora, en los demás, te es repulsivo, te deleitará cuando lo sientas por ti mismo.

Me muestro repugnante á los que me combaten, pero soy cariñosa para los que se me rinden. Suavemente me deslizo por los sentidos y avivo los secretos impulsos; el ardor de mi Vino infunde nueva fuerza en las entrañas y sus vapores mecen al espíritu en un sueño voluptuoso en el que se olvidan las miserias de la Realidad. Enciendo en el alma el fuego de un deseo en cuya realización se funda el supremo goce de la vida y de cuya llama brotan eternamente los nuevos vasallos de mis

dominios. Ven á mi seno, amable Viajero; detén por un momento tu angustioso curso. Libre serás si no eres feliz en mi albergue.

Andro. — Apártate te digo, asquerosa Bestia. ¿Acaso crees que podrás engañarme? Si una sola vez cayera en tus redes, para siempre me dominarías. Vano es tu esfuerzo; me repugna tu vista, y no podrás impedir que huya de tu luctuoso Reino. Deseo atravesar cuanto antes este Lago corrompido para perder bien pronto hasta la memoria de haberlo visto. ¡Oh, miserables pobladores de esta Caverna! En la Cobardía está el origen de vuestro sufrimiento: purgad, pues, el pecado, puesto que sois débiles. Mi fuerza no alcanza á redimiros: inútilmente lo he intentado. En mí mismo se halla mi esfera de acción; fuera de mí soy impotente. A este círculo reduciré mi esfuerzo. De hoy en adelante pensaré en mí.

El Condenado. — Si tú nos abandonas, ¿en qué debemos cifrar nuestra esperanza?

Andro. — En el poder del ejemplo. Mírame, y sigue mis pasos: á ti mismo has de deber tu salvación. Que cada cual haga lo propio.

XIII

Andro se aleja en dirección á la orilla. La Hidra lanza un horrísono aullido, y vomita por sus siete bocas espesos chorros de fuego y humo.

El Condenado se deja caer en el fondo de su sepultura.

CANTO VI

APARICIÓN

I

Andro siente su cuerpo rendido por el cansancio y su corazón destrozado por el dolor; mas no desmaya ni un solo instante en su deseo de salvar la distancia que le separa de la otra ribera.

Pero debe esperarlo todo de su solo esfuerzo. Confiado en él se lanza á vadearla á nado. Su piel no siente el contacto de las aguas, y los animales que junto á él se mueven no alcanzan á tocarle la punta de un cabello. De este modo gana la orilla opuesta.

II

La playa está desierta. Las olas que la bañan son más limpias sin ser del todo transparentes; el aire es más respirable, pero la tierra es igualmente cenagosa.

Andro prosigue valerosamente su viaje y

asciende por la escarpada vertiente de un monte gigantesco. Trepa de risco en risco hasta llegar á un sitio cuyo camino se hace menos penoso. En él reposa un instante para restaurar sus fuerzas.

Observa en derredor y descubre una ancha abertura practicada en la roca viva, semejante á la boca de una cueva. Impiden su acceso unos fuertes barrotes de hierro empotrados á manera de reja.

Tras la férrea valla se destaca la imagen de una mujer de extraordinaria hermosura en actitud profundamente triste. Andro la contempla maravillado. La mujer fija en él con ternura su mirada.

III

Andro. — ¡Oh, suave visión! ¿Qué Hado favorable me ha conducido á tu presencia? Debes ser sin duda la Diosa de este Reino.

Ginea. — Soy un ser desgraciado como los otros que observaste. Mi vida es triste y mi esperanza es la muerte.

Andro. — ¿Acaso imperan también en estos lugares la Injusticia y la Maldad?

Ginea. — Lo mismo que en los que acabas de abandonar. Nuestras aguas son más diá-

fanas y nuestro aire más respirable, pero la proximidad del luctuoso Reino nos impide arrojar de ellos el germen de la Impureza. Continuamente nos llegan hediondas ráfagas y corrompidas oleadas. Nuestro Padre es el mismo é impera también sobre nosotros la monstruosa Hidra, pero nos molesta raras veces con su furor. Quizás el número de resignados no es tan grande aquí como en la otra orilla, pero la esperanza de salvación no brilla tampoco en nuestro firmamento.

Esta cárcel es mi morada, mas no es por mi voluntad que me consumo en ella.

Andro. — ¡Bien triste es tu vida! La desventura se cierne sobre tu cabeza, cuando debiera coronarla la aureola de la felicidad.

No hay en la Tierra otra mujer igual á ti; del seno de una diosa debió salir tu hermosura, que no del de una mísera mortal. Dime, celeste criatura, ¿cuál es la causa de tu cautiverio?

Ginea. — El aspirar á un ideal que los demás no comprenden; tan sólo yo lo siento entre los que me rodean, y por esto me condenaron.

Quisiera irradiar el sentimiento que en mi alma flota con igual libertad que ex-

hala su hálito mi pecho; mostrarme tal cual soy y moverme libremente como se mueven las vivientes criaturas en las selvas; fijar mis ojos en la esfera en donde se encarna el bien, y amar, amar siempre, aun sin la esperanza de ser amada: ese es mi anhelo.

Andro. — ¡Oh, alma celestial! ¡Por fin brilla la luz en las tinieblas! Entre tanta negrura fulgorea tu espíritu en el cielo de mi vida.

En la crudeza de la Realidad perdí la esperanza de encontrar un ser en quien se reflejara mi alma. El Desierto era vasto y su aridez espantosa, pero tus palabras me revelan que no soñé en lo imposible. La flor abre á mi vista su corola y me envía su fragancia, devolviendo al espíritu la paz perdida.

De otro mundo viniste: el Soberano Artífice esculpió tu cuerpo en un bloque de la Cantera virgen.

Ginea. — De barro soy, y con el cieno de estos lodazales me modelaron, pero en mi alma se alberga un deseo y á su impulso aletea mi fantasía.

Pasé mis primeros años soñando en el momento en que llegara á encontrar mi alma gemela. Aparecía en el horizonte

como una luz muy tenue y muy lejana, pero no imposible de alcanzar. Al suave calor de la esperanza flotaba por las etéreas alturas en pos de mi ilusión; mas el cierzo helado paralizó mi vuelo y me derrumbó en este abismo. La luz que un tiempo divisara ha llegado casi á borrarse en la oscuridad del cielo. No he podido encontrar mi ideal en este mundo.

ANDRO. — ¿Cómo no hallaste quien lo encarnara?

GINEA. — Porque quizás buscaba lo imposible. Buscaba un ser en quien se fundiera mi alma en unidad de ideas y sentimientos. Un ser que descifrara mi ansia de redención y que me revelara con su luz las vagas aspiraciones de mi deseo. Aspiraba á encontrar un espíritu en el que mi voluntad pudiera abdicarse para renacer con nueva y más perfecta vida. Quería morirme y revivir luego en su seno.

Mas no es posible en este Reino; el Mar de la Injusticia es el manantial en donde apagamos nuestra sed.

¡Oh, corrompido Lago! ¿en dónde está la cristalina fuente que devuelva á tus aguas la pureza perdida?

ANDRO. — No está en nosotros. También sintió mi alma el deseo que anida en la

tuya; pero en vano luché, pues me rindió la fuerza del Monstruo que allí reina.

Un solo medio existe de destruir su poder: dar transparencia á la corteza impura de nuestro cuerpo; así podría leerse en las conciencias. Cuando llegue ese día, la Verdad abrirá su sepulcro á la Mentira en sus propias entrañas.

GINEA. — Tu voz habla por mí. Despiertas en mi espíritu sentimientos dormidos pero no ignorados; jamás los descifré, pero aclaran su enigma tus palabras.

ANDRO. — ¡Adorable visión! En ti cristaliza la belleza.

La Luz celeste revive en tus cabellos; en tus ojos fulgura la bondad de tu alma como en el cielo el nítido destello de los astros; la dulzura que exhala tu esencia inunda mi espíritu de un suave efluvio. En ti está la vida.

GINEA. — En mí encarna el dolor. Él meció mi cuna; en sus brazos volveré al seno de mi Madre.

ANDRO. — Y ¿ni un rayo de luz, ni un soplo de esperanza reina en las tinieblas de tu desdicha?

GINEA. — No tengo más consuelo que la fugaz ilusión de mis ensueños. Mi morada es el fondo de esta cueva; sus habitantes me

llaman su amiga y con ellos vivo. Mientras la Noche les envuelve con sus gasas, yo me arrullo con el aura del Ideal. Y sueño; sueño en este solitario sitio, aspirando el suave perfume del alma hermana que ansía mi deseo. Le pido ardientemente que se me aparezca, y, en extática contemplación, adoro la vaporosa imagen que forja mi fantasía, hasta que la desvanece la realidad. Amanece el nuevo día y se reproduce mi ensueño; y así paso la vida.

ANDRO. — ¡Alma purísima! tus palabras me revelan el Paraíso; en ti se cifra la gloria que yo ansiaba.

Por vez primera siento apocarse mi ánimo y casi no me atrevo á decirte lo que siento. Mas no vaciles en contestarme, aunque en tus palabras se encierre mi muerte.

Dime, celeste aparición, ¿crees posible hallar en la realidad el ideal que anhelas? ¿no tienes ni siquiera la esperanza de alcanzarlo algún día?

GINEA. — Hasta ahora únicamente se alzaron ante mí los fantasmas creados por mi imaginación; pero hoy, no puedo ocultártelo, hoy no he soñado: he vivido. Cuando observé tu sobrehumano esfuerzo; cuando te vi atravesar el Lago impuro y salir sin

mácula de su seno, me pregunté si la visión de mi ensueño se había encarnado en el cuerpo de un ser vivo.

Andro. — ¡Oh, adorable criatura, bendita seas! ¡Fuerzas de la Naturaleza, hermanas mías, dejadme construir un altar en el Empíreo para que el mundo adore á esta mujer! ¡Cesad, miserias de la Tierra, y contemplad mi dicha! ¿Qué es lo que puedo hacer para corresponderte? Dímelo, no hay energía superior á la de mi voluntad.

Ginea. — Tu poder es grande, pero se estrellará ante la inmensidad de mi infortunio. La valla que me separa de ti es infranqueable: no hay nada que pueda romper la dureza de los hierros que me aprisionan. Se forjaron en la fragua de la Inclemencia y con ellos construyó el Inhumano la cárcel en que yace mi cuerpo.

Andro. — Mi arma es la Justicia y con su auxilio aniquilaré la Maldad.

Ginea. — Obstáculos enormes se alzarán ante ti. Miles de seres me retienen en mi esclavitud. ¿Podrás vencerlos?

Andro. — Mi voluntad destruyó siempre lo que se interpuso en mi camino.

Ginea. — Mi Guardián es monstruosamente horrible y su poder no tiene límites.

Andro. — ¿Cómo he de temerle si me roba mi

tesoro? Aunque hiciera temblar el mundo con su esfuerzo, sería impotente contra mí.

GINEA. — Entonces confíate á tu suerte. Si logras desviarte del río de la Tentación, fácilmente hallarás la entrada de esta Cueva; penetra en ella y sálvame. Si sucumbes á su hechizo, el misterioso sendero se borrará para siempre de la superficie del mundo y mi martirio no tendrá nunca fin.

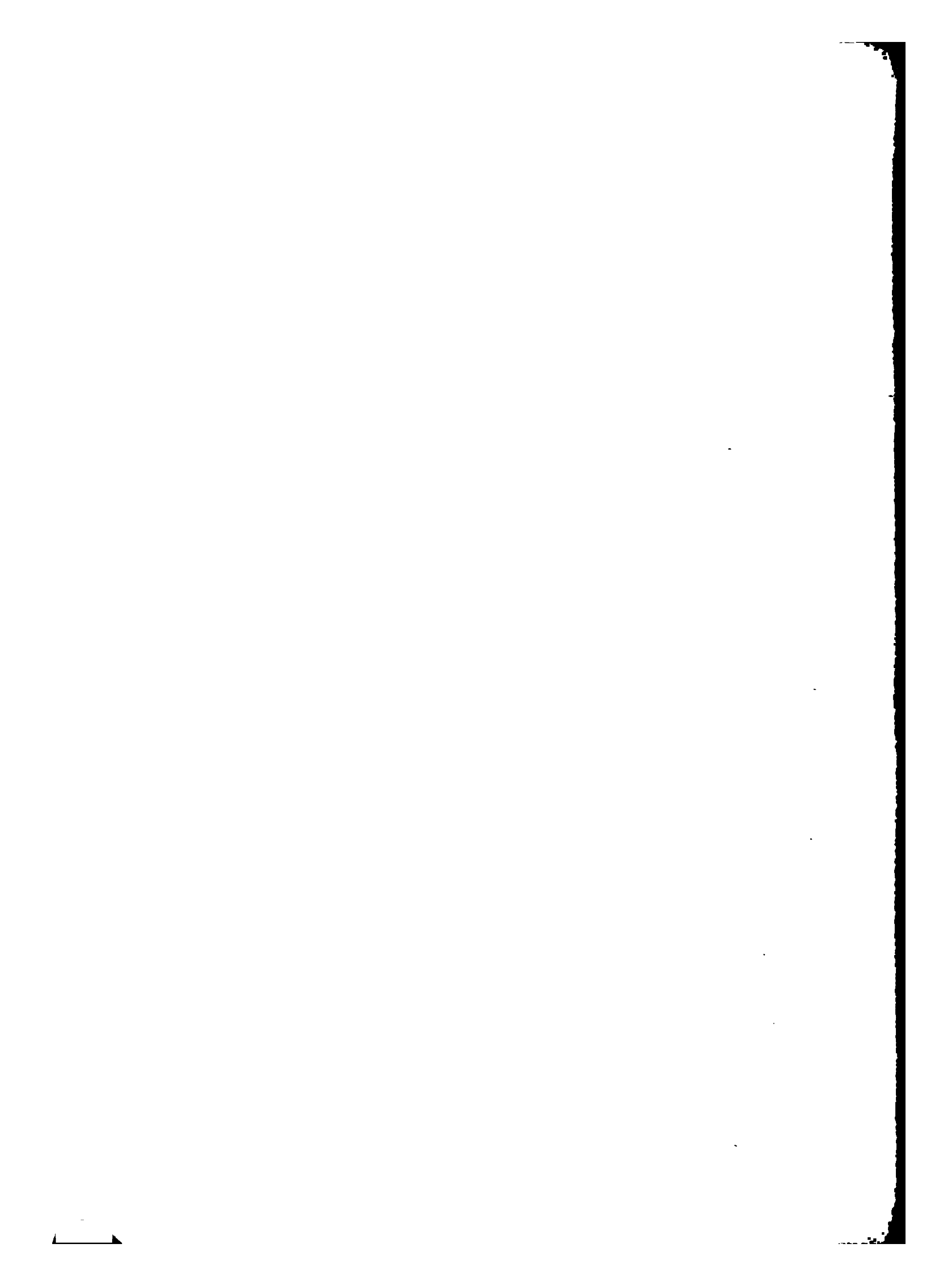
ANDRO. — No brillará de nuevo el sol sin ver tu libertad, yo te lo juro. A mi suerte me entrego: sea cual fuere el obstáculo que surja, he de vencerlo.

GINEA. — ¡Que la Victoria te ilumine! Si no triunfas me quedará el consuelo de haberte visto. Desde hoy desaparece la tristeza de mi horizonte; ya no estoy sola en el mundo. Tu recuerdo vivirá en mi alma eternamente. Sigue tu curso, compañero mío; si resistes á la Seducción, el Destino guiará tus pasos hacia mi morada.

GINEA desaparece en el interior de la Cueva, y ANDRO se aleja en brazos de su suerte.

CANTO VII

LIBERTAD



I

Andro camina por un bosque tenebroso. Acostumbrado á vencer los obstáculos, sigue su ruta con relativa facilidad por entre breñas y rocas.

Como advierte el rumor de un cuerpo que le va siguiendo, se detiene y dirige su voz hacia el sitio de donde parte.

Andro. — ¡Oh, tú, quien quiera que seas! Dime qué es lo que te propones al seguirme con tanta obstinación. Hace rato que percibo el eco de tus pisadas y no acierto á verte, tal es la oscuridad que aquí reina. No te temo; pero los continuos engaños que he sufrido me han hecho previsor. ¿Ocultas tú una nueva asechanza?

La Cabrilla *(acercándose)*. — ¿No me reconoces? No puedo dejar de seguirte, y te suplico que no me rechaces.

Andro. — ¡Oh, tierno compañero mío! Bien te reconozco. Mil veces me has distraído en la pradera con tus graciosos saltos, y siempre me es grata tu presencia, mas no en este sitio. ¿Qué es lo que te propones, indefenso animal?

La Cabrilla. — Seguir tus pasos.

Andro. — ¿Acaso no sabes á dónde voy?

La Cabrilla. — Por lo mismo que lo sé, me voy contigo.

Andro. — Y ¿qué auxilio puedes prestarme?

La Cabrilla. — Lo ignoro; pero no puedo sustraerme á la realización de mi deseo. No quiero discutir el fin que te guía, pero me propongo seguir tu misma suerte. Si pereces, quiero perecer contigo; si triunfas. quiero gozarme en tu dicha.

Andro. — Debo advertirte para tu tranquilidad que estoy ya acostumbrado á vencer grandes dificultades. Mil riesgos he corrido y de todos he salido sano y salvo. No es esta la primera vez que emprendo peligrosas marchas.

La Cabrilla. — Ni tampoco es ésta la primera que yo te sigo. Tras de ti he ido hasta donde me fué permitido, y siempre creí en tu fortuna; pero la empresa que ahora intentas es mil veces más dificultosa. En tu mismo círculo te desarrollaste siempre,

mas en este momento invades una esfera extraña á tu acción.

Andro. — No lo creas, cariñosa amiga mía; ahora más que nunca me reduzco á los límites de mi propia personalidad. No es por otro ser por quien me muevo, sino por mí mismo: á completarme voy. No es, pues, por nada que esté fuera de mí por lo que actúo. Como he triunfado hasta aquí triunfaré también hoy, porque mis armas no son de lucha, sino de paz. Agradezco tu amistad, mas de nada podría servirme tu apoyo. Vuelve á tu retiro y déjame proseguir el camino de mi esperanza.

La Cabrilla. — Te obedezco, porque mi voluntad es la tuya. No seguiré tus pasos; mas no he de alejarme de estos lugares. Ansiosamente esperaré tu regreso.

II

Andro prosigue su viaje. El camino se torna fácil y agradable; la fresca brisa le acaricia.

Al poco rato sale de la espesura del bosque y desciende fácilmente por la suave ladera en que declina la montaña. Un verde y fresco musgo recubre su falda, y sobre su alfombra

camina Andro hasta llegar á la orilla de un río de suave corriente. Sus aguas, en las que se refleja la argentina luz de las estrellas, son de un tinte azulado; y su transparencia permite ver todos los objetos que hay en su fondo.

Un sinnúmero de peces se acercan, nadando, y Andro los examina. Su cabeza es de ángel y el cuerpo de reptil. El color de su rostro es rosado, y sobre sus espaldas caen en rizados bucles sus cabellos de oro. Las Sirenas se detienen y le miran sonriéndose deliciosamente. Andro las contempla, y ellas juguetean en el seno del agua, describiendo caprichosas curvas. En la diestra llevan una copa de cedro, y con ella le brindan las aguas del Letheo, más dulces y aromáticas que el Néctar de los dioses; pero él no las acepta y ellas se marchan con aire de profunda tristeza.

III

Aparece después otro enjambre de peces semejantes á los anteriores, pero éstos ostentan el cuerpo de mujer hasta la cintura y la cola de serpiente. Una negra y sedosa cabellera les cubre casi todo el cuerpo. Sus ojos son vivos; sus labios sensuales, y un intenso

carmín colorea sus mejillas. Nadan de mil diversas maneras, mostrando sus torneadas formas. En la diestra llevan una copa de ébano, con la cual le invitan á apagar su sed. Por dos veces le instan, y otras tantas las rehusa ANDRO. Entonces desaparecen impulsadas por la corriente en la actitud de una hembra extenuada por el placer en el lecho de la Lujuria.

IV

Una tercera nube de peces se dirige hacia él. De lejos se oye el ruido ensordecedor de los gritos que lanzan sus furiosas gargantas; con ellos expresan mil sensaciones á un tiempo. El dolor, la alegría, el deseo y el odio aparecen en confuso agregado en aquella rara mezcla de voces y alaridos.

Cuando se aproximan, ANDRO las examina con detención. Tienen todo el cuerpo de mujer y están completamente desnudas. En su garganta, cintura y cabeza lucen refulgentes joyas recamadas de esmeraldas y rubíes; y con la mano levantan una copa de oro guarnecida de perlas. Su rostro denota el deseo que jamás se satisface, y sus hundidos ojos reflejan la sed ardiente que las consume. Se agitan en mil convulsiones espasmódicas ofre-

ciéndole con insistencia el delicioso licor; pero Andro rehusa por tres veces consecutivas y en el rostro de las Hechiceras se pinta una angustia mortal.

Sus sensuales movimientos degeneran en horribles contorsiones; sus cuerpos se confunden; sus miembros se entrelazan, y las seductoras imágenes se aglomeran en un monstruoso conjunto en el que se desvanece hasta la apariencia de la belleza. Tras breves instantes la enorme masa de carne envilecida se hunde en el fondo del agua para ocultar su derrota.

Y aquel río, antes cristalino, se torna turbio con la asquerosa baba que expelen sus bocas rabiosas.

V

La sensual visión produce en el alma de Andro una profunda tristeza, pero no se arrepiente de haberse detenido en su camino, porque su vigor no se ha debilitado, y la sacra llama de la Pureza arde todavía con más fuerza en su corazón.

Prosigue su camino al azar, y á los pocos instantes se le ofrece la ancha abertura de una cueva excavada en la roca viva.

Penetra en ella y atraviesa una larga y húmeda gruta que le conduce á un espacio de forma hemiesférica. Las paredes exhalan un vapor fosforescente que satura el aire de una luz misteriosa.

Diversos animales huyen despavoridos ante la aparición del extraño personaje. Andro permanece indeciso en la elección del camino que ha de seguir.

A los pocos instantes aparece la Lagartija, dibujando en el suelo, con su andar juguetón y movedizo, elegantes y caprichosas curvas. El miedo la contiene, mas el instinto de curiosidad hace que se aproxime cada vez más al desconocido visitante. Tras ella van también acercándose otros animales.

VI

La Lagartija. — ¿Quién eres, y por qué vienes á turbar nuestro sosiego? Tu estatura es colosal, apenas alcanzo á vislumbrar el brillo de tus ojos, mas no creas que en esta cueva no hallarás quien sea superior á ti, aunque te haga sus honores un animal tan pequeño. Observo que te sonríes, pero no tardarás mucho tiempo en temblar.

Andro. — Simpático animalito; me he acostumbrado á no hacer caso de la forma con que se me presentan los seres, así es que no reparo en la pequeñez de tu cuerpo, y en cambio me cautiva tu vivacidad. Me has preguntado varias cosas y, sin darme tiempo de contestarte, has pretendido infundirme miedo. En cuanto á lo último, te declaro que has perdido el tiempo. En cuanto á lo primero, no he de decirte quién soy, sino á lo que vengo. Soy lo que ves: forma de mí el juicio que quieras. Vengo por Ginea, mi amada compañera. Sé dónde está, y no he de salir solo de esta cueva. Nos unió nuestra voluntad, y en vano vuestra astucia intentará separarnos. ¿Eres, por ventura, tú el guardián de mi tesoro?

La Lagartija. — Ahora resultas tú el que quiere saber más de lo que debe: para ello te sobrará tiempo. Aunque me consta que has de aplacar en breve tus bríos, he de confesarte que me seduce la gente animosa y esforzada. En mi pequeñez concibo lo grande, aunque no pueda realizarlo; por eso me atraes tú. Puedes contarme desde ahora por tu amigo.

Andro. — Muy pronto lo has dicho; pero me temo que tu constancia corra parejas con

tu manera de andar; no hay medio de verte en reposo un solo instante.

LA LAGARTIJA. — Te suplico me perdones, si te molesta mi manera de ser. No puedo evitarlo; soy de condición nerviosa, y me veo obligado á moverme constantemente. De otra parte, ¿para qué sirve el quietismo en la vida? ¿Para vivir mucho tiempo con una sola aspiración, un solo anhelo? Y ¿qué es el tiempo? ¿acaso sabes tú qué es lo duradero y lo fugaz? Puede que á mí un segundo me parezca una eternidad y á ti un siglo te parezca un segundo. El goce de la vida no se funda en el pasado ni en el porvenir; se funda en el presente, se funda en el momento, que es el único de que podemos responder. Así es que cuanto más multiplicados y más intensos sean estos momentos, más larga y fructífera será la vida. Importa poco lo que duren, puesto que la idea de tiempo nada significa.

ANDRO. — Puede que tengas razón, bullicioso filósofo; pero lo que veo claro es que tu inestabilidad física y tu inconsecuencia moral son consustanciales en tu manera de ser. De lo que se infiere que si en este instante eres mi amigo, quizás dejes de serlo más adelante. De todos modos agra-

dezco la simpatía que me demuestras y me ofrezco á corresponderte. En tanto, si gustas, dame algunos detalles acerca de esta singular vivienda y sus pobladores. ¿Quiénes son todos estos animales? ¿por qué se muestran tan reservados?

La Lagartija. — Todos serán buenos amigos tuyos, puesto que lo son míos. Ahí tienes á este Gorrión que está durmiendo todo el día. Al revés de los de su especie, solamente se mueve y vive por la noche. Es bueno pero no se interesa por nada; no se ocupa más que de sí mismo.

Andro *(al Gorrión)*. — Oye, elegante pajarillo, ¿cómo no te despierta el rumor de nuestras voces? Tus ojos entornados revelan tu soñoliento espíritu.

El Gorrión. — Te contestaré para advertirte de tu error. Mi cuerpo es perezoso, mas no mi alma. Y en cuanto á mi vista, te prevengo que es más penetrante que la de esta inquieta Lagartija. Pero yo no me meto con nadie. Solamente pido á los demás que hagan lo mismo conmigo.

Andro. — No me parece mal tu contestación. Es el fundamento de un sistema de vida que puede hacerte feliz, si es que en ti mismo encarnas tu ideal.

En poco tiempo he aprendido mucho,

amigos míos, y me convenzo de que las más opuestas ideas pueden tener un fundamento racional.

LA LAGARTIJA. — Es que hay muchas maneras de ver el Mundo.

ANDRO. — Así debe de ser, sin duda alguna; y esto es lo que aviva en mí el deseo de saber. Dime, vivaracha Lagartija, ¿no podría conocer las ideas del resto de tus compañeros?

LA LAGARTIJA. — Con gusto te ayudaré á intentarlo; mas no con todos podrás hablar como conmigo, y perdóname la inmodestia; pero por su aspecto te será fácil penetrar en el interior de su alma. Observo que miras hacia ese lado y no me extraña que te llame la atención un ser de forma tan rara cual jamás debes haber visto. Su cuerpo es de cristal, y por él se transparenta la sangre que lo riega, que es de un color rojo subido. Como es diáfano su cuerpo, así lo es su alma. Aunque quisiera no podría evitarlo, por más que no lo intentó nunca: es un ejemplar raro en el mundo. Vive en compañía de esa hermosa rana que aquí observas. Fíjate en ella. Su única particularidad es la de tener todo el cuerpo recamado de unos puntitos brillantes, á manera de ojos, á favor de

los cuales ve en todas direcciones. Aunque la tengas de espaldas no podrás sustraerte á la acción de su mirada.

Andro. — ¡Extraña cualidad!

La Lagartija. — Lo más curioso es que se cree feliz, tan sólo por el hecho de disponer de este ornamento.

Andro. — Mas ¿qué estentóreo grito sale del fondo de esta covacha? Parece un quejido. Sin duda debe exhalarlo aquel monstruoso animal que en su interior observo.

La Lagartija. — No te equivocas; mas no te mueva á compasión. Con la grasa de sus entrañas nos nutrimos todos. Diariamente le extraemos el alimento necesario, y por esto se queja.

Andro. — ¿No sería mejor dejarlo en paz?

La Lagartija. — Pereceríamos todos. Además, en esto consiste el estímulo de su vida. Si dejáramos de efectuarlo, perecería él á su vez.

Andro. — A medida que fijo mi atención voy descubriendo nuevos objetos. Me pareció al principio ver esparcidos por el suelo varios troncos de árboles; pero ahora me convenzo de mi error, puesto que observo que se mueven. Sin duda son seres vivos.

La Lagartija. — Es un enjambre de serpien-

tes, en las cuales no debes fijar tu atención, puesto que no la merecen.

ANDRO. — Sin embargo, las hay muy bonitas, y me place examinarlas.

LA LAGARTIJA. — No hablarías así si pudieras penetrar en su corazón. A mí me parecen repugnantes.

ANDRO. — Puede que lo sean. Pero más me repugna ese avechucho antipático que nos mira con inmóviles ojos. No había reparado en él, y á fe que me pesa haberle visto; ¿podrías decirme qué nombre tiene?

LA LAGARTIJA. — Es un Buho. Aunque de forma distinta, es muy semejante en el fondo á ese Gorrión con el que ha poco hablaste. Has formado un mal concepto de él, aunque de todos modos creo que poco puede interesarte su conversación.

ANDRO. — No parece oir nuestras palabras. ¿Por ventura será sordo? Oye tú, pájaro raro, ¿me haces el favor de dar señales de vida? ¿tan apático eres que no te importa la opinión que de ti forme?

EL BUHO. — A mí me importa solamente el concepto que me merezca á mí mismo.

ANDRO. — No sé si esto es indicio de modestia ó de orgullo.

EL BUHO. — Ni lo uno ni lo otro. Es simple-

mente que no me interesa el juicio de los demás, porque yo obro siempre con arreglo á las leyes de mi conciencia, prescindiendo de la sanción ajena. Ni me envanecen las alabanzas, ni me molestan los desprecios. Hago lo que mi impulso me dicta, y no impido que los demás hagan lo propio.

Andro. — Y ¿cómo no procuras modificar tu forma externa para hacerte más agradable y más comprensible?

El Buho. — Porque así quedo más libre en mi interior, puesto que nadie repara en mí.

Andro *(á la Lagartija)*. — Me parece que te equivocaste al vaticinarme que no me agradaría su conversación; por el contrario, me interesa mucho.

Al pronunciar Andro estas palabras, La Lagartija se va retirando lentamente y se dirige hacia el grupo que forman los demás animales, trabando con ellos secreto diálogo.

Andro *(al Buho)*. — Siento haber formado de ti un erróneo juicio, y por ello te pido mil perdones. Quizás por esto te habré resultado á mi vez antipático.

El Buho. — Te engañas. La opinión que yo pueda merecerte no influye para nada en

la que de ti forme, y para convencerte de ello te declararé que me has producido una gratísima impresión. Te estuve observando desde tu entrada en estos lugares, y nada encontré en ti que no fuera noble y levantado. Admiro el valor que demuestras y la firmeza con que quieres realizar tu ideal; por eso te deseo el éxito más feliz. Comprenderás la sinceridad de mis palabras si, al mismo tiempo, te digo que, de todos los moradores de esta cueva, únicamente yo he penetrado en el alma de Ginea, aun sin ella saberlo.

Andro. — Creo que te contradices. Puesto que la conoces, ¿cómo puedes desear que se separe de ti? ¿Has comprendido bien á lo que vengo?

El Buho. — Por esto mismo te deseo el éxito, porque veo que eres el único ser que puede hacerla feliz; y eso es lo que quiero, aun á costa de perderla.

Andro. — ¡Oh, alma generosa! ¿Cómo no te comprendí en seguida?

El Buho. — Y para que te convenzas voy á darte un buen consejo. No prestes ninguna fe á las palabras con que ha pretendido amedrentarte la Lagartija. Créeme, en esta cueva no hay nadie que pueda oponerse á tu energía.

Andro. — Te agradezco el cariño que inspiran tus palabras, y no te ocultaré que por momentos creces á mi vista en magnitud moral. ¿Cómo puedes vivir en este ambiente? Ven con nosotros, amigo mío; te ofrezco un mundo digno de tus sentimientos.

El Buho. — No es posible. Voy á sacarte de un nuevo error en que has caído. El brillo de las cualidades que en mí has creído distinguir, ha disipado la enormidad de mis defectos. No puedo seguirte; me falta la voluntad; me asusta la acción. Por esto admiro más en ti esta cualidad, porque me hallo desposeído de ella. Déjame dormir en las tinieblas recordando la dulce palabra de amigo con que me has honrado. Acércate. Deseo posar en tu boca el sacro beso que selle nuestra amistad. *(Andro y el Buho se besan en los labios).*

Andro. — ¡Bendito seas! Tú eres el único consuelo que he hallado en este largo calvario. Si mis fuerzas pudiesen haber menguado, tú me las harías recobrar en este instante.

El Buho. — ¡Animo, amigo mío! Considera que es mucho lo que te resta hacer y conviene que apercibas tus fuerzas. Ponte

rápidamente en guardia contra los peligros, pues me temo que en este mismo instante se está fragnando una conspiración contra ti. Procura oir el diálogo que sostiene tu introductor con los demás animales.

Andro. — En efecto; creo que hablan en secreto. *(Andro se dirige hacia el grupo de animales que están en el vestíbulo).*

La Lagartija. — Ya veis, compañeros, la grave perturbación que ha introducido en nuestra morada este forastero. Parece que no osamos movernos cuando antes vivíamos con entera libertad. Por otra parte, sus pretensiones son una locura á la que sabremos dignamente oponernos.

Varias culebras. — ¿De qué nos sirve la fuerza de que disponemos? Creo que estamos en condiciones de castigar su osadía antes de que se produzcan males irremediables.

La Lagartija. — Procuraremos convencerle; y si no apelaremos á otros medios.

La Lujuria. — Seremos unos cobardes si aguardamos un instante más en castigarle como se merece.

La Rana. — Me parece bien lo que dices, pero creo que buena parte de culpa le corresponde á la Lagartija, por haber sido tan

amable con él. Ahí han estado hablando, y no parecía sino que tenían las mismas ideas.

La Lagartija. — ¿Qué tiene que ver el planteamiento filosófico de las ideas con la acción real de la vida? ¿Acaso él tiene el derecho de molestarnos? Quédense las discusiones en su terreno y los hechos en el suyo.

Andro *(interviniendo en la conversación)*. — ¿Cómo te atreves á hablar de esta manera, Lagartija voluble? ¿No sabías á lo que venía? ¿Acaso no encarno yo las ideas que poco ha defendiste tú? ¿Ó es que eres un hipócrita y mentías entonces descaradamente? Bien haces en fundar tu vida en la idea del momento, puesto que tan corto plazo dura tu constancia. Así has obrado con la amistad que me fingiste. Me has herido en el fondo de mi alma, maléfica criatura, pero no desfallezco por esto; antes se aviva en mi corazón el fuego de mi energía. Vais á convenceros de ello, inmundo enjambre de asquerosas alimañas.

VII

Andro se dirige rápidamente hacia el fondo de la cueva, dejando á la turba de animales

en un estado de profundo asombro. Por un largo corredor llega á su extremo y se detiene ante el espectáculo que se le ofrece.

GINEA aparece sentada en un banco de piedra, con la vista fija en el suelo en actitud triste y pensativa, y junto á ella yace un Monstruo de colosales proporciones.

En cuanto observa á ANDRO, la Bestia se levanta haciendo retemblar la cueva con el movimiento de sus pesados miembros. Su piel parece muy dura. Largos y afilados dientes se incrustan en su boca, que se mantiene abierta en actitud de defensa. Aunque la cueva es oscura, sus ojos desprenden rayos de luz que iluminan profusamente el espacio.

ANDRO se detiene un momento contemplando la extraña aparición, y como preparándose para resistir la acometida de la fiera. Esta permanece inmóvil y ANDRO avanza lentamente.

Con gran extrañeza observa que á cada paso que adelanta, el animal va disminuyendo de volumen, como si, en vez de acortarse, se agrandara la distancia. Continúa avanzando y el animal se va volviendo cada vez más pequeño. Al llegar al sitio en donde creía poder alcanzarlo, el monstruo ha desaparecido por completo, sin que de él quede vestigio alguno.

Ginea. — ¡Oh, extraordinario suceso! ¿qué es lo que miro? ¿dónde está mi Guardián?

Andro. — Es en verdad asombroso lo que he visto. Sin duda sería de humo cuando se ha desvanecido. Pero no pensemos más en él, puesto que ya no existe.

He cumplido mi promesa; cumple, pues, tú la tuya. Volemos á respirar el aire puro; me ahoga este recinto.

Ginea. — ¡Compañero mío! La alegría que siento se ofusca ante el temor de los nuevos obstáculos que tenemos que salvar. ¿Cómo saldremos de esta cueva?

Andro. — Como supe entrar sabré salir. Sígueme.

VIII

Andro y Ginea salen del interior de la cueva y se disponen á atravesarla. En aquel instante surgen del seno de la Tierra dos densas nubes que les envuelven y les hacen invisibles. Así salen al exterior, y al poco rato se encuentran en el bosque del Mundo.

Andro repara en la Cabrilla que anteriormente siguió sus pasos.

Andro. — ¿Cómo? ¿todavía tú aquí? ¿qué es lo que esperas?

La Cabrilla. — Te aguardaba impaciente, aunque confiaba en tu triunfo. No me riñas, porque no he de molestarte más, sabiendo que eres feliz.

Andro. — ¡Oh, imagen de la Amistad! que el Hado te proteja mientras yo sigo mi venturoso camino. Ginea mía, ahí tienes á mi amigo. Saluda á quien veló mis pasos en horas difíciles.

Ginea. — ¡Oh, noble criatura! La bondad que en ti encarnas es el primer destello que aparece en el cielo de mi libertad. No has de borrarte jamás de mi memoria. Sea esta flor el emblema de mi eterna gratitud. Guárdala, y acuérdate de mí.

Ginea coge, de su seno, una flor y la prende en un lazo; con él adorna el cuello de la Cabrilla. Esta se marcha, enviándoles antes una tierna mirada de despedida. Andro y Ginea continúan su camino.

CANTO VIII

AMOR

I

El sol camina hacia su ocaso y sus oblicuos rayos iluminan deliciosamente el Valle de la Ilusión. El cielo es puro y transparente; el arbolado frondoso y ameno: en su espesura serpentea un cristalino arroyo. Hacia Occidente se dibuja un elevado monte cuyas vertientes declinan en suaves colinas. Espesos pinares pueblan sus laderas.

Gorjean las avecillas en el ramaje, y sus trinos se hermanan con el débil murmullo del agua corriente. La suave harmonía en que se funden se esparce por las gasas de la brisa.

II

Andro y Ginea se unen en estrecho abrazo, y el alma de la Naturaleza se humaniza en sus cuerpos.

El Sol se para en su camino; la Tierra enmu-

dece. Cesa el murmullo del aire: la intensidad de su amor inunda el Valle. El Mundo les contempla y vive en ellos, y la Criatura reina sobre el Universo.

III

Los Amantes se funden en una suprema Unidad. Sus cabellos se entrelazan; su aliento se confunde. De su unión surge el Ser Perfecto, y el Mundo admira su hermosura.

El Tiempo cesa, y el manto de la Eternidad se extiende por el Espacio.

IV

Andro y Ginea despiertan lentamente de su éxtasis, y se miran con ternura. Por sus pupilas se tamizan los efluvios de su alma; y en la invisible unión de sus corrientes se funden sus espíritus.

. . . .

La Naturaleza recobra sus energías y la actividad reaparece en el Mundo. En el Valle cimbrea el majestuoso sauce: verdea el pino en los collados, y perfuma el ambiente un purísimo aroma.

GINEA. — ¡Qué suave claridad inunda esta morada! ¡qué fresca brisa! ¡qué dulce bienestar! ¡Oh, Andro, qué alegre es la vida!

ANDRO. — Tus ojos son la luz, y tu aliento el aire puro: la vida eres tú.

V

Los últimos rayos del sol proyectan en GINEA sus dorados reflejos: muellemente ondulan sus cabellos á impulso del aura.

GINEA. — Te miro, y me parece haberte visto siempre: vivías en mi corazón.

ANDRO. — Vivía en tu memoria: una voz interior me lo asegura. Nuestro amor no ha tenido jamás principio, ni ha de tener fin. El Hado nos juntó mil veces á través de los siglos y otras mil veces volverá á juntarnos. En la hora suprema se rasga el velo que ofusca nuestros ojos, y se unen nuestros seres.

VI

ANDRO fija silenciosamente su vista en GINEA: en su mirada se concentra toda la fuerza de su amor.

Ginea. — ¡Oh, Andro! En tus ojos leo lo que no expresarían tus palabras. Si en el curso del Tiempo volvemos á ponernos frente á frente, mírame de ese modo y te reconoceré.

VII

El sol se oculta pausadamente tras la cumbre del vecino monte. En sus vertientes colorean los matices violáceos de los últimos destellos diurnos.

Andro. — Tu cuerpo es transparente, y, á través de sus gasas, centellea tu espíritu. Bien conocí en aquella triste noche que no eras de este mundo: de otra mansión más pura descendiste.

Ginea. — La Tierra me produjo, y á ella he de volver.

Andro. —No sé de dónde vienes, pero adivino el sitio á dónde has de ir. Cuando suene nuestra hora, condúceme contigo á tu Morada.

VIII

La Noche asoma en Oriente mientras en Occidente se desvanecen los últimos arreboles

crepusculares. El ondeante mar que forman las copas de los árboles se torna oscuro; las flores vespertinas abren sus cálices y saturan el ambiente de una suavísima fragancia.

En el bosque gorjean los ruiseñores. El pajarillo llama á su amada y la invita á gozar del suave reposo en brazos de la nocturna protectora. El nido oscila en el ramaje esperando á la pareja feliz. El Amor tejió sus mallas y la Dicha se oculta en el seno del aéreo tálamo.

En la espesura de las selvas, en el fondo de los mares, en las cavernas de las montañas realizan su unión los dos eternos principios envueltos en el silencioso manto de la Noche. La inerte corteza de la Madre Tierra es el refugio de la Vida; en la inmensidad de su lecho se perpetúa el sublime prodigio de la fecundación. El Misterio se oculta entre las gasas del Misterio, y el Dolor se eterniza en las entrañas de la Realidad.

IX

ANDRO y GINEA viven en su unión y la idea del Mundo desaparece de su memoria.

El femenino aroma satura el aire: GINEA reina.

En su pecho arde la sacra Llama; sus ojos

irradian la Dicha; entre las hebras de sus cabellos flota la esencia de la Ilusión: sus vaporosas mallas envuelven á ANDRO, y lo adormecen con su perfume. Su cuerpo se pierde en el etéreo mar de la sedosa cabellera; su espíritu se desvanece en el aura del Infinito.

El goce y el dolor hermanan sus esencias en el seno del Ideal, y la suprema fusión se realiza.

GINEA fija su mirada en ANDRO y de sus ojos fluyen dos raudales de lágrimas: una lluvia de rocío humedece el Valle.

El INSCONSCIENTE impera en el Espacio.

X

Las sombras envuelven á la Tierra; el silencio reina en el éter y el Universo parece refugiarse en el misterio del Caos. La Vida se reconcentra en sí misma y cae en brazos del Reposo: en él está el germen de las fuerzas que la inmortalizan.

La ILUSIÓN duerme, pero despertará en breve y ostentará de nuevo á la luz del día su seductora imagen.

CANTO IX

DESEO

I

Andro y Ginea moran en el Valle de la Ilusión. La Dicha extiende sobre ellos sus alas protectoras, y su vida es un perpetuo goce.

La Tierra no puede mancharles porque apenas la pisan, y sus cuerpos se nutren de alimento puro. Las fuentes en que beben manan del monte Inmaculado, y el Aura del Lago Maldito no puede empañar la transparencia del ambiente.

El sol alumbra esplendoroso su ventura. Sus días son cortos: apenas duran un momento; y su existencia se reduce á un punto en la inmensa curva del Tiempo.

II

Pero el reinado de la Dicha es breve.

¡Oh, sed inextinguible! ¿por qué no apagas-

te tus energías? ¿quién despertó en el corazón de Andro la idea de lo imposible?

¡Oh, Andro! Tú eres la Acción; pero también eres el Deseo. El fuego que en ti existe te hará volar siempre en pos del más allá; pero no has de alcanzarlo nunca. Tras de un mundo, otro mundo; tras de un ideal, otro ideal: así caminarás á la ruina, porque tu cuerpo es de barro.

¿Cuándo se abrirán tus ojos á la luz?

Tu viaje será largo y penoso: la antorcha luminosa está muy lejos. Cuando despiertes, tu vista se aclarará y comenzará tu peregrinaje.

En ti está la fuerza, y cerca de ti el impulso que ha de guiarla.

III

¡Oh, sublime Insconsciente! No es la Inteligencia la que obra en ti: en tu Madre radica el origen de tu poder. El Deseo te engendró; y no te redimirás hasta que aniquiles su germen.

Nos transportas á un mundo mejor; pero no apagas el ansia de alcanzar otro todavía más puro.

¿Dónde termina el Dolor? ¿Dónde está la Felicidad? No está en la Tierra.

IV

Vaga el hombre por el Mundo, y jamás descubre la Verdad: quien la posee no puede expresarla.

No es el Entendimiento el camino que conduce á sus dominios, sino la Fatalidad. Ella preside el nacimiento del embrión, como presidió la formación del Universo. Su manto nos cobija; pero el Tiempo fundirá sus gasas, y aparecerá desnuda nuestra Madre. El resplandor del Eter destruirá sus ilusorias formas y se desvanecerá.

V

¿Por qué fuiste creada? Jamás lo sabremos; el misterio es insondable.

¿Dónde está el Arco Iris? No está en el Espacio.

VI

¡Oh, Ginea! Si no está en ti el pecado, ¿por qué has de expiarlo?

Tú eres el Inconsciente. ¿Cuándo encontrarás la inteligencia que te revele?

En ti ha de redimirse nuestra Madre. Tu sa-

crificio será fecundo: en tu cuerpo perecerá lo transitorio y resurgirá lo eterno.

VII

Llorad conmigo.

El sacro fuego brilla en Ginea, y la oscuridad ofusca la mente de Andro.

La realidad es patente, pero el espíritu está ciego.

¡Vuela á tu mansión, alma no enturbiada por los errores del Mundo!

La luz fulgura en tus ojos, la calma reina en tu corazón. Tu presencia aumenta la sed; en tu recuerdo estará el germen de la purificación.

CANTO X

IDEAL

I

Interior de la cabaña de ANDRO y GINEA. ANDRO duerme profundamente sobre un lecho de hojas. GINEA, de pie, le contempla con cariño. Los primeros rayos del sol naciente iluminan la habitación.

ANDRO despierta sobresaltado, como saliendo de una molesta pesadilla.

ANDRO. — ¡Ven, ven; por caridad, no me dejes! Imagen adorada, ¿por qué te has convertido en humo?

GINEA. — ¿Qué tienes? ¿Qué significan estas palabras? Estoy á tu lado; cálmate. ¿Qué es lo que te atormenta de este modo?

ANDRO. — ¡Ah! ¿eres tú, Ginea? ¡Terrible ensueño! ¿Cuándo se acabará mi martirio? ¡Siempre lo mismo! ¡Inútilmente busco el descanso! Te veo, y casi no me atrevo á fiarme de la realidad; ¡tan hondamente me perturba esa pesadilla!

Ginea. — Pero ¿ha de ser eterna tu tortura? ¿Cuándo podrás sustraerte á este maldito yugo?

Andro. — ¿Cómo borrar de mi mente una impresión tan horrible? ¡Si te desvaneces en mis brazos! ¡Si en vano intento retenerte en ellos! ¡Ah, Ginea; compadécete de mi dolor!

Ginea. — ¿Es posible que digas eso? ¿Por ventura nuestra existencia no es la encarnación de la Felicidad en la Tierra?

Andro. — Lo sería sin esta desgracia que me persigue. Pero ¿cómo puedo encontrar la Felicidad si huye de mí el Reposo? Inútilmente le pido descanso á la Noche; de su seno surge tu efigie para engendrar mi muerte. Y es tu propia imagen la que se me aparece; no es una visión engañosa. Eres tú misma, tal cual te veo en la realidad de la vida.

El primer momento de mi ensueño es delicioso; ¡ojalá durara una eternidad! Te acercas sonriendo y me miras dulcemente. Te hablo y me respondes. La fuente del Amor brota en tus labios, y el Deseo me invita á apagar en ellos mi sed. Nuestros cuerpos se juntan como en las horas felices; te estrecho entre mis brazos, y en aquel mismo instante co-

mienza la pesadilla. El suave calor de tu piel se convierte en el frío de la muerte, y á su influjo se me hiela la sangre. Tu cuerpo pierde su consistencia y en vano quiero retenerlo, porque cuanto más aumenta mi esfuerzo, más fluido se torna. Tu carne se vuelve transparente; lo que fué un ser vivo se trueca en fantasma vaporoso, y mi angustia crece por momentos con horrible intensidad. Te llamo, y ya no me contestas. Ginea no es Ginea, es una sombra. Tras breves instantes la etérea visión se sutiliza y se desvanece en el aire sin dejar el más tenue rastro. ¡La imagen de mi amada se disipa en mi propio seno, y mis brazos estrechan el vacío! Entonces despierto, y vuelvo á la vida con la horrible impresión de haberte perdido.

Y esto se repite constantemente, sin que mi espíritu pueda sacudir jamás la influencia de esta espantosa quimera, porque su recuerdo se graba en mi alma con más fuerza que la vida real. ¡Ah, Ginea! Si á esto le llamas felicidad, ¿qué será la desdicha?

Ginea. — ¿Por qué das á la ilusión un valor que no tiene? No, Andro; contémplame y aleja el temor.

Como tú un día me diste nueva vida, así quiero yo reanimarte con el santo fuego que en mí encendiste. Te devuelvo lo que es tuyo para que tú vivas por mí como yo vivo por ti. Háblame en los labios como lo haces en horas de ventura. Dime una vez más que me quieres; pero cerca, muy cerca; sin que se entere de ello el aire que respiramos.

ANDRO. — ¿Por qué me pides lo que es ya tuyo? ¿Qué más puedo darte si te dí mi propio ser?

GINEA. — Si fuera cierto lo que dices, serías completamente feliz. Las visiones que forja tu imaginación son más potentes que la idea de nuestro amor. Amame cual me enseñaste á amarte: en mis brazos encontrarás la más alta felicidad asequible en el mundo, como yo la encuentro en los tuyos. En tu seno se desvanece mi voluntad y se disipa la idea de mi propia existencia. Y esta suave impresión se renueva constantemente: se reproduce cada vez que tú pronuncias la sacra palabra que me hizo tuya. ¿Por qué no me quieres de este modo?

ANDRO. — ¿Puedes creer, acaso, que olvidé lo que nació de mí mismo? No, mi amor es grande: en vano intentaría expresártelo.

Por esto siento que me falta la vida cuando me faltas tú; porque no puedes separarte de mí, como no puedo yo separarme de mí mismo.

Ginea. — Entonces, ¿cuál es la causa de tu dolor?

Andro. — El deseo de alcanzar un ideal. En la esfera de la vida tu presencia me devuelve la calma; pero, ¿cómo hacerte vivir dentro de las sombras del sueño? ¡Ah! ¡Si al menos su impresión fuera fugaz! Pero jamás se aparta de mi espíritu; eternamente se cierne sobre mí como un presagio de muerte. No vivo, sueño. Sueño que te desvaneces en mis brazos, así en el reposo de la noche como en la actividad del día. ¿Qué impresión podría hacerme esa quimera si al despertar á la realidad recobrara el sosiego? Mas no lo recobro nunca; antes crece mi desconsuelo al contemplarte alejada de mí. ¡Ah! si estuviéramos unidos tal como sueña mi deseo, no sería posible esta desventura. ¿Qué unión es la nuestra que nos permite una vida independiente? El espacio nos separa cuando no debiera haber nada que se interpusiera entre nosotros. ¿Por qué, donde hay una sola voluntad, han de latir dos corazones? ¡Ah, Ginea! Mi despertar

es horrible, más horrible aún que el mismo sueño, porque en él se aumenta espantosamente la infranqueable valla que nos mantiene desunidos. Jamás te siento en absoluto mía. ¿Por qué no se ha de fundir mi alma con la tuya? ¿Por qué no se han de fundir también nuestros cuerpos? ¿Eternamente ha de persistir el Tú y el Yo?

Ginea. — ¡Qué funesto deseo se enciende en tu alma! No es tu lúgubre visión la que me inquieta; veo avanzar hacia nosotros la sombra de la Amargura, y su aparición me vaticina el fin de nuestra dicha. ¡Quién creyera que la Pena había de engendrarse en las entrañas de la Felicidad! Pero el esfuerzo de mi amor sabrá destruir este fatídico fantasma. No es posible que una impresión engañosa aniquile una ventura que debe ser eterna. Nuestra unión es perfecta aunque tú lo hayas dudado por un instante: aspirar á un más allá es ir en pos de lo imposible. Sé fuerte, amado mío, vence tu pasajero desvarío y volverá el sosiego á nuestro espíritu.

Andro. — Te engañas, Ginea; nuestra unión no es absoluta. Mi alma concibe otra más pura y completa; pero tú me demuestras

que ni siquiera alcanzas á vislumbrarla. Por encima de nosotros está el ser libre de deseo. Ni tú ni yo representamos la perfección: únicamente él la simboliza. Su imagen flota en el espacio como un ideal etéreo. Está muy lejos, pero nuestro esfuerzo nos elevará hasta transformarlo en realidad.

GINEA. — Cálmate, Andro, tu razón delira. Considera serenamente el mundo en que vivimos, y no intentes lo irrealizable.

ANDRO. — ¡Ah, no, Ginea! Es la verdad lo que ilumina mi espíritu; es el deseo del bien absoluto. Es el reposo lo que ansío, y tan sólo en la esfera de mi ideal podré alcanzarlo; fuera de él no existe más que la intranquilidad y la pena. No quiero sentir por más tiempo mi vida independiente de la tuya; no quiero ser yo Andro y tú Ginea. ¿Cómo Andro podría presenciar la muerte de Ginea? ¿Cómo podría cortar la Parca el hilo de tu vida sin aniquilar al propio tiempo la mía? ¿Cabe en tu mente esta horrenda monstruosidad? Óyeme bien, Ginea: cuando te apartas de mi lado; cuando te ocultas á mi vista en la espesura de la selva, penetra en mi ser la angustia de la muerte. La eterna duda me invade, y

la espantosa efigie se convierte en horrible realidad. Y entonces me pregunto: ¿Volverá Ginea? ¿No es posible que el Abismo, celoso de su hermosura, la haya sepultado en sus entrañas? ¡Quién sabe si su alma flota ya entre las gasas del tenebroso Reino! ¡Y Andro subsiste todavía! ¡Y Andro respira el aroma de la Vida mientras Ginea se desvanece en la oscuridad del No Ser! ¡Ah! ¡esto no es posible! ¿Qué unión es la nuestra que no puede hacerse superior á las miserias de la Realidad? Yo no puedo prestar acatamiento á esta envoltura engañosa que jamás nos une y eternamente nos separa.

Ginea. — No la maldigas, Andro, que en este instante es ella nuestro único lazo de unión. Tan sólo por ella podemos manifestarnos nuestro amor.

En tus ojos lo leo, y tu aliento me confirma la verdad de tu vida. Lo que tú tanto desprecias es la única fuente de nuestra felicidad.

Andro. — Entonces ¿qué diferencia existe entre nosotros y los seres que nos rodean?

Ginea. — En este punto ninguna.

Liberta á tu espíritu de las cadenas que le oprimen, amado mío, y ven conmigo á vivir en pleno Universo: así recobrarás la

calma. Sal de tu estrecha cárcel, y contempla el espectáculo de la Naturaleza. ¡Qué purísima transparencia la del aire! ¡Qué sublime prodigio el de la Creación! La luz del astro diurno inunda los espacios, y el Mundo se engalana con el esmeraldino manto de la vegetación. ¡Oh, madre Tierra! ¡En tus entrañas arde el fuego inextinguible de la Vida! ¡En tu seno se agitan los vivientes seres en busca del sentimiento del amor! ¿Dices que somos semejantes á ellos? Pues bien, sí, lo somos; pero mil veces más perfectos. Ellos viven sin saberlo y nosotros gozamos de su vida y de la nuestra á un tiempo: en nuestra conciencia se humaniza el Mundo.

ANDRO. — ¡Ah! ¡si yo pudiera ver con tus ojos el cuadro de belleza que me pintas! Pero donde tú ves el goce de la vida, yo no veo más que la amargura del dolor.

Admiro la inmensidad del aire que nos rodea, tranquilo en este instante; pero recuerdo la furia con que nos azota en la tempestad. Me encanta la visión de la líquida corriente que fecunda nuestros campos; pero no olvido sus impetuosas crecidas con las que esparce por doquier la desolación y el estrago. Veo crecer los seres para cumplir con el precepto del

amor, pero aman para morir, y consumen su vida tras el ideal que nunca alcanzan. La imagen de la Muerte es la única que subsiste, eterna, indestructible. Por eso me rebelo contra ella. ¡Ah! ¡Yo no quiero mirarme en el espejo que me ofreces! Quiero fundar mi Ideal en otro Reino.

Ginea. — Pero ¿acaso puedes alcanzarlo en la esfera del mundo? ¿No es mil veces más potente que nosotros? ¿Cómo destruirás sus leyes? No luches contra lo imposible porque sucumbirás bajo el poder de tu propia locura.

El vuelo que tú ansías es el del águila, mas tu crerpo es pesado como el plomo. Penosamente recorrerás la Tierra, pero nunca podrás cruzar el éter de la Felicidad absoluta, porque tu voluntad desaparecerá ante el espectro del Destino. La Fatalidad se cierne sobre nosotros desde la cuna hasta el sepulcro, y su poder nos sujeta á sus leyes desde el primero hasta el último punto de la curva de nuestra vida. ¡Oh, Andro! La alegría reinó siempre en nuestro ambiente, desde un crepúsculo á otro crepúsculo; desde un día á otro día. Nuestra existencia era un eterno momento de ventura; nuestro aire era un perfume emanado del propio seno de

la Felicidad. Mas donde imperó la calma, desde hoy reinará la inquietud; lo que fué dicha se trocará en amargura. El Mundo ya no nos sonríe; la Pena inunda la atmósfera y la satura de un gas irespirable, y en mi alma se infiltra la visión de un ideal en completa ruina.

Andro. — ¡Oh, Ginea! ¡Cuán débil te contemplo en medio de tu grandeza! Mas mi espíritu es fuerte, y nada podrá resistir su energía. Contra mi acción se estrelló todo, y no concibo que pueda haber algo por encima de mi voluntad, pues mi fuerza es superior á la del Universo; con ella dominaré su fantástico poder. En el aire flota el Ideal y yo he de alcanzarlo, aunque el Mundo se oponga á mi empeño. Jamás me declararé vencido.

II

El manto de la Tristeza se extiende sobre el Universo, y en los ojos de Ginea brota la fuente del Dolor. Una espesa y menuda lluvia de lágrimas cae pausadamente sobre la Tierra. Lloran los árboles; lloran las flores; lloran las aves tristemente acurrucadas en sus nidos.

Las gasas de la Amargura avanzan lenta-

mente sobre la mansión de la Dicha y la disipan por completo. La atmósfera oscurece en brazos de la Noche, y la diosa de las Tinieblas despliega sus alas de muerte sobre el Valle de la Ilusión. En el horizonte resplandece el fulgor de lejanos relámpagos, y, á los pocos instantes, se hace perceptible el sordo rumor del trueno. Las nubes tempestuosas siguen su curso, obedeciendo al Norte que les señala la Fatalidad.

Ginea. — ¡Qué lúgubre presagio invade mi espíritu! No es tan sólo en mi alma donde repercuten tus funestos pensamientos: el mundo entero se conmueve al oirlos y te amenaza con su poder. ¡Mira cuán tristemente se encapota el cielo! Nuestro fiel compañero se oculta tras las nubes que surgen del seno de la Tierra. Las sombras de la Noche inundan nuestro Valle, y la alegre arboleda se convierte en fúnebre cipresal. A lo lejos fulgura el rayo. ¿No oyes cómo retumba el trueno? La tempestad se acerca; la Muerte se avecina, y fatalmente se cierne sobre nosotros. Tú la llamaste. ¡Devuélveme la vida, amado mío! Soy tu esposa y tu hija al mismo tiempo; ¿querrás destruir tu propia obra?

Andro. — Antes quiero hacerla más perfecta y

pura. Desecha la tristeza; no te amedrente la impresión de una ilusoria tempestad. Dentro de poco el Mundo contemplará gozoso nuestra creación.

GINEA. — Pero ¿es posible que mi amor no pueda desvanecer la ceguera de tu espíritu?

ANDRO. — No, Ginea; es la luz de la Verdad la que ofusca tus débiles ojos.

GINEA. — ¡Oh, Andro! El monstruo que forjaste es horrible: en vano lucho contra él. La Desdicha se engendró en el seno de la Dicha; y en el espacio flota la única verdad que he aprendido en el curso de mi largo calvario. No hay nada eterno en el Mundo. Cuando llega la hora que marcó el Destino, todo perece, todo, hasta el amor. El árbol de la Vida nos cobijaba, mas tu deseo absorbió su savia y secó sus raíces; ya no dará más frutos.

ANDRO. — La Vida es la Victoria; la Derrota es la Muerte. Mi ideal es noble y levantado. El amor que me inspira es superior al símbolo mezquino que contemplas en ruinas. Tú no lo sientes; mas yo te elevaré hasta mí. Quiero vivir, y quiero que tú vivas conmigo; en sueños veo al ser perfecto en que hemos de fundirnos.

GINEA. — Tu sueño es un delirio: su atmósfera

letal nos precipitará en las sombras de la Noche absoluta. Siento infiltrarse en mi ser un misterioso influjo: lentamente me invade, y mi voluntad no puede impedirlo. La Tierra me atrae y mi espíritu mira hacia el Cielo.

Andro. — No, Ginea; la Dicha te llama: en mis brazos contemplarás la única luz que brilla en el firmamento.

III

Densa oscuridad inunda el Valle. Los fragorosos ecos del trueno repercuten en el espacio y la Tierra tiembla violentamente. El rostro de Ginea pierde poco á poco el tinte de la vida, y su cuerpo va haciéndose cada vez más diáfano, como si la sustancia que lo forma se espiritualizara. En sus ojos centellean dos vivísimas llamas: el velo de la Amargura la envuelve entre sus gasas.

El Misterio infiltra su esencia en el espíritu del Principio Femenino, y su voz lo revela al Mundo. El alma de Eva se redime en el cuerpo de Ginea, y el eterno Inconsciente rasga el velo de su arcano.

Ginea. — ¡Desgraciado! ¡Con la materia quie-

res realizar lo que está fuera de sus leyes! ¿Qué harás, pues, de nuestros cuerpos? ¡No hay salvación para ti!

ANDRO. — Entonces ¿he de morirme sin alcanzar mi ideal?

GINEA. — ¿A qué llamas morirse? ¿Sabes tú lo que es la muerte? ¿Cómo es posible que la idea de amor no esté por encima de la destrucción de la carne? Amémonos, en tanto nos lo permita el mundo en que vivimos; quizás más tarde podamos despojarnos de lo que ahora imposibilita nuestra unión.

ANDRO. — ¿Qué ideal puede haber que no descanse en la realidad presente? Si el amor no puede encarnarse en este mundo, ¿por qué no renunciamos á él? Quizás así lograríamos el estado de perfección que anhelo.

GINEA. — Lograrías construir una nueva ficción. Mientras el Hombre y la Mujer subsistan, subsistirá el Amor. Las dos sustancias se atraerán eternamente; el alma humana sentirá siempre el Deseo.

ANDRO y GINEA no dejarán de amarse hasta el fin de los siglos. ¡Oh, Andro! No es el Amor lo destructible, sino los Principios que nosotros encarnamos.

ANDRO. — ¿Cuándo se acabará, pues, este martirio? ¿En dónde lograremos ese ideal?

Ginea. — Quizás en otro Reino donde se aniquile el eterno dualismo que nos separa. En otro sitio en donde sea posible la compenetración de los espíritus que se aman. Entonces, tal vez, nos fundiremos para constituir un solo ser.

Amémonos mucho. Cuanto más intenso sea nuestro amor, más posible será en otros espacios nuestra unión absoluta. El Ideal estará cerca, y nuestro Viaje tocará á su fin.

Andro. — Si Andro y Ginea no pueden realizar su unión, ¿para qué quieren la vida? ¡Oh, amada mía! Acortemos este calvario, y destruyamos lo que nos impide volar á la Mansión de la Pureza.

Ginea. — ¡Desventurado! ¿Con la violencia intentas alcanzar la perfección? ¡Oh, Andro! Oye mi voz en el supremo instante de mi vida; óyela, y graba su eco en tu memoria.

La Ilusión fué nuestra Madre, y el Dolor es el camino que ha de conducirnos á la Redención. En la Esperanza se funda el goce de la vida. El Ideal está lejos; el presente es siempre la Amargura.

Andro. — No es la Verdad la que brota de tus labios sino la Cobardía. Jamás la sentí, y quiero destruir la que oprime tu alma.

Quiero fortalecerte para que me ayudes á conquistar la felicidad suprema. Quiero hacerte mía, absolutamente mía.

IV

Ginea. — ¡Siento un poder misterioso que me separa de tus brazos! ¡Oigo una voz horrible que me llama! ¿No la oyes tú? Sus ecos retumban en el espacio. ¿No ves la oscuridad que nos envuelve? Los elementos descargan su furia sobre nosotros; la Tierra tiembla, y el cielo amenaza desplomarse. La angustia de la muerte me oprime el corazón.

Andro. — Desecha vanos temores; esa tempestad no existe más que en tu imaginación. El Mundo nos sonríe y celebra gozoso nuestro himeneo.

Ginea. — ¡Oh, Andro; el afán de lo imposible ha destruído nuestra felicidad! ¡La Tierra se abre bajo mis plantas, y me atrae como un imán irresistible! ¡La sangre se me hiela! ¡Me muero!

Andro. — No, Ginea; no es la muerte la que te invade: es la esencia misma de la Vida. Lo que tú sientes es el soplo de mi espíritu que se infiltra en tu cuerpo; es el

ardor de mi sangre que te infunde nueva energía, y ofusca tus sentidos con el vértigo precursor de tu renacimiento. La Vida inunda tu sustancia con su aroma inmortal, y, á mi conjuro, resurges á la Luz en el éter de la Pureza absoluta.

GINEA. — ¡Funesto desvarío!

ANDRO. — Ten fe en mí, Ginea, y no intentes destruir mi obra. No quiero que me atormente más la terrible ilusión que me persigue, no lo quiero. Soy fuerte para impedirlo.

GINEA. — ¡La Fatalidad se cierne sobre mí! ¡Tu locura me sepulta en el Abismo!

V

ANDRO intenta atraer á su amada hacia su seno, pero el cuerpo de GINEA se ha espiritualizado y el espectro del IMPOSIBLE ocupa su lugar en el espacio.

ANDRO. — ¡Horrible desventura! ¡Ginea! ¿dónde estás? ¿Por qué tu cuerpo se desvanece entre mis brazos? ¡Ah! ¡No era ilusión, era realidad mi sueño!

¡Ginea! ¡Amada mía! ¡Andro te llama! ¿No me oyes?

Ginea. — ¡Oh, Destino cruel! ¿Dónde está la Misericordia?

Andro. — ¡Alma de mi alma! ¿por qué me dejas? No; no huirás; yo te retendré en mis brazos. ¡Espíritu del Mundo, ayúdame! Tu dueño te lo manda.

Ginea. — ¡No hay salvación! ¡Hasta la esperanza se oscureció en el Cielo!

Andro. — ¡Oh, martirio! ¿qué has hecho del amor que en mí encendiste? ¿Cómo pudo helarse el fuego eterno? No, Ginea, no: jamás podrás dejarme; yo te devolveré á la Realidad. ¡No quiero que te desvanezcas! ¡Vuelve á la vida, imagen vaporosa! ¡Amada mía! ¿No ves mi angustia? ¡Por favor, Ginea!

Ginea. — ¡Te pierdo para siempre! ¡La vista se me nubla! ¡La Muerte me invade! ¡La Noche se apodera de mi espíritu!

Andro. — ¡Ginea, amada mía!

VI

La tempestad adquiere fuerza aterradora. Una horrorosa trepidación sacude la Tierra en sus cimientos, y su corteza se quiebra por mil partes en extensas grietas y hondas simas. Aumenta rápidamente el temblor

con espantosa intensidad; tambalean los montes y se desploman con fragoroso estruendo. Una violenta sacudida terrestre arrebata á Ginea de los brazos de Andro, y entre los dos se abre un profundo abismo. El cuerpo de Ginea oscila brevemente y se precipita en su fondo.

Andro queda petrificado ante el horrible espectáculo.

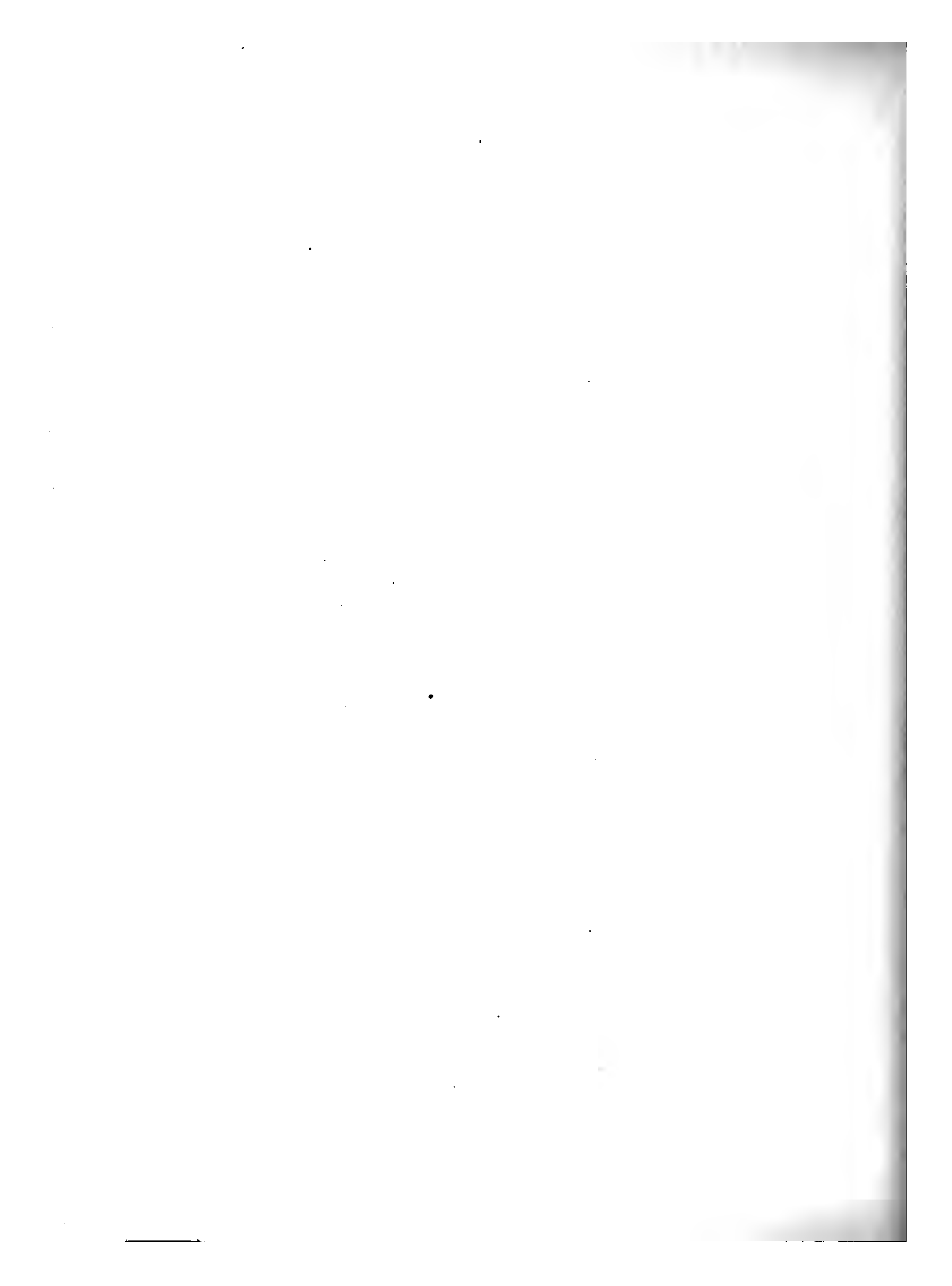
El intenso fulgor de un relámpago ilumina el Mundo.

PARTE SEGUNDA

UNIDAD

CANTO I

VISIÓN



I

ANDRO ha encontrado en el frío de la SOLEDAD el castigo que mereció su funesto deseo. La AMARGURA se cierne sobre su vida; ya no brillará más la ALEGRÍA en su horizonte.

El Ideal estaba cerca, pero el afán de lo imposible lo desvaneció: ahora su luz resplandece en el Infinito, y él la contempla como una evocación del Bien perdido.

II

Pero el martirio de GINEA ha sido fecundo.

El cuerpo de la generosa víctima encontró su sepulcro en los abismos de la Tierra; la Compañera desapareció del espacio, mas fué para revivir en la propia esencia de ANDRO. Desde aquel instante arde en su espíritu la LLAMA AMIGA, y lo conforta con la promesa de un futuro estado de perfección.

Andro se reconcentra en sí mismo para gozar del suave calor que inflama su pecho, y el símbolo de Andrógino flota en el espacio como el vaticinio de un ideal próximo á realizarse.

III

La visión de la horrenda catástrofe fundió en un instante las gasas que le ofuscaban, y la imagen de la Verdad se le ofreció con todo su esplendor.

Andro purifica su espíritu en el aroma del éxtasis religioso, y el efluvio Celéste le ilumina.

El Tiempo se transforma; el Pasado y el Porvenir descorren el velo de su misterio en el seno del Presente; y Andro contempla la evolución de los siglos á la luz de la Gracia.

IV

El espectro de la Maldad se le aparece dominando al Mundo desde el día nefasto en que el Hermano sacrificó al Hermano. La sangre de Abel enrojeció la Tierra, y toda el agua del Océano no podría borrar las huellas del crimen.

La sombra de Caín resurge eternamente en el humano linaje.

V

Los mares de la Tierra y las cascadas del Cielo se desbordan con ímpetu horroroso. La corteza terrestre ha desaparecido en el fondo de un inmenso lago; y por todas partes reina la desolación y la muerte.

Las criaturas perecen, y la Vida encuentra tan sólo su refugio en el seno de la Familia Escogida.

La espantosa hecatombe se consuma. ¿Devolverá la paz al Mundo?

VI

El Arca milagrosa surca majestuosamente la inmensidad del Mar, y el Santo Príncipe la gobierna, obedeciendo al Mandato Celeste.

Cesa la tempestad, vuelve la calma, y el Arco Iris resplandece en la atmósfera; mas no es símbolo de paz, sino de tregua, porque la luz que lo refleja se origina en el sol. Su Celeste Hermano está más lejos.

La Nave llegará á puerto, mas no será feliz

su arribada; porque en las entrañas del Escogido hierve el mal, y sus hijos lo perpetuarán.

VII

La funesta Semilla prospera é infunde su energía en el ejército humano.

La espantosa Imagen cubre la Tierra con sus alas, y las criaturas le adoran como á su propia madre.

¿Quién aniquilará su poder?

El horrible Fantasma infiltra en el alma de Andro el terror de la muerte.

VIII

La Infinita Clemencia quiere libertar al hombre. La Luz Increada ilumina al Mundo: sus rayos se proyectan sobre el cuerpo del Cordero, y resplandece un día perpetuo.

La Sacra Víctima cruza el Valle, mas no lo huella con sus pies: en vano eleva la Tierra su corteza para tocar sus plantas; nunca podrá lograrlo.

En sus ojos se refleja la Bondad, y su voz esparce por el Eter la Divina Melodía.

La Fiera le contempla aterrada; se enrosca

sobre sí misma, y se hunde en el terrestre cieno. Pero la Omnipotente Voluntad no aplasta todavía su cabeza: el misterio de la divina Gracia es insondable.

. . . .

La BESTIA se yergue con orgullo, disponiéndose á la lucha; la SAGRADA IMAGEN le ofrece su corazón, y ella le hiere furiosamente con sus garras.

Brotan de la HOSTIA raudales de sangre, y el celeste Licor humedece al Mundo y lo fecunda. Pero el INMACULADO vuelve á su Reino, y la NOCHE impera de nuevo en el Espacio.

IX

El hermano continúa sacrificando al hermano; la sed es insaciable, y los ríos de sangre no pueden extinguirla. La fiera encuentra en la fiera su apoyo; pero el hombre encuentra en el hombre su verdugo. Su historia es la historia del crimen: el ejemplo primitivo se reproduce perpetuamente.

La sanguinaria hueste se precipita sobre su rival. ¿Cuál es la causa de su furor? La ambición.

Los ayes de los moribundos excitan su rabia,

y esparce por doquier la devastación y la muerte.

Las cadenas del Triunfador oprimen al Esclavo, mientras el Dueño afila sus armas para la nueva lucha. Pero le llegará su expiación; porque el que hoy es vencedor, mañana será vencido.

X

La funesta Consejera de la Madre reina sobre los hijos.

Su forma es delicada y agradable; sus movimientos tortuosos y elegantes; y por su boca expele un narcótico efluvio que adormece al espíritu en voluptuoso sueño. Con su dulce silbido lo arrulla y lo esclaviza.

Nunca podremos descubrir el veneno que encierra su alma, porque está envuelto en el manto hechizado que le prestó su Padre.

XI

El Sacrificio ha sido estéril; porque las manos que guardaron el Sacro Depósito eran impuras.

El Cáliz que encierra la Divina Sangre está oculto en el arca santa de un misterioso

Templo; pero el sendero que ha de guiar los pasos del hombre se ha borrado de la superficie de la Tierra para siempre. En la hora suprema la Clemencia iluminará el camino.

XII

El Maestro era resplandeciente como el sol, pero en sus discípulos se empañó su brillo. No es la Luz divina la que alumbra la Sagrada Asamblea, sino las emanaciones terrestres; sus vapores ofuscan la inteligencia y esclavizan el albedrío.

La mano pecadora se apodera de la Santa Llave; mas no podrá abrir con ella la Celeste Puerta, porque el Licor del Pecado ha enmohecido el purísimo hierro con que la construyeron.

XIII

El Esclavo rompió sus cadenas para ser de nuevo aherrojado en su conciencia. El ósculo de paz se ha convertido en la hoguera del martirio.

En la Ciudad Eterna se destaca la negra sombra del Sucesor. Su poder es omnímodo; sus armas son la guerra; la base de su imperio

es el terror. Su solio es la ambición: su aureola el exterminio. El tétrico Fantasma cobija al Mundo con sus alas de muerte: á través de sus mallas no se vislumbra el Cielo.

Pero en vano intenta combatirlo el Monje Impuro: no eres tú el escogido, jamás destruirás su poder. En sí mismo encontrará el Vicario la salvación el día en que el Espíritu se pose sobre su frente.

XIV

La angustia oprime al Mundo; el Tirano sujeta al Débil, pero no ahoga los gritos de su furor. La oleada crece, y el mar embravecido amenaza asolar la Tierra.

El Condenado se convierte en Juez, y, en fallo inapelable, derrumba el pedestal sobre el que se sostenía la coronada estatua; rueda por el suelo la escarnecida cabeza, y su diadema es pisoteada por la muchedumbre avarienta de venganza. Ríos de sangre se desbordan por la Tierra, y con ellos se pretende lavar la histórica injusticia. El miedo se apodera de los ánimos, y la Fiera reina desenfrenada y loca: en un momento quiere desahogar la rabia acumulada en el transcurso de cien siglos.

El ensueño es horrible; la fatídica visión infunde en Andro el espanto y el terror.

. . . .

La Tierra está enrojecida; de su seno se desprenden mefíticos vapores que esparcen por el aire irrespirables gases. El cielo se encapota; la noche es lúgubre. Los gritos de victoria se juntan con los lamentos de los sacrificados; el mar se tiñe en sangre.

La multitud realiza la horrenda hecatombe al conjuro de una santa palabra; pero el misterioso emblema flota en el aire, mas no anida en su corazón. La nube de la Crueldad ofuscará el sol del nuevo día.

XV

La Tierra se aquieta porque el Plutarca la domina.

El Iconoclasta ha edificado un altar; el Símbolo se ha elevado y la multitud le adora. Bajo su mando se desborda impetuosamente, continuando su obra de devastación y estrago.

XVI

El hombre se consume en el caos del eterno Dualismo, sin alcanzar jamás la idea de Unidad que ha de redimirle.

La vida y la muerte; el bien y el mal; he

ahí los puntos que determinan su campo de acción, cuando debiera volar por el espacio infinito.

XVII

El Amor no ha podido aún redimir al Mundo. Todavía la Bestia se ve forzada á asaltar la codiciada mesa donde celebra su festín la raza de los privilegiados.

La puerta del Mágico Castillo es angosta, y su entrada es peligrosa; pero la esperanza del triunfo le alienta, y, cual nuevo Tántalo, se pasa la vida en un suplicio interminable.

XVIII

Para ofuscar sus sentidos le ofrecen un Idolo de reluciente brillo: su exterior es de oro, mas sus entrañas son de barro.

La Bestia se detiene en muda adoración; y la orgía continúa; la fiesta lupercal sigue su curso, porque la Fiera calla, hipnotizada por el Fetiche.

XIX

Así prosigue la Humanidad su historia tras del Mito y la Leyenda, sin alcanzar jamás el

oasis delicioso que, cual vano espejismo, se le ofrece en el árido desierto de la vida. En lontananza divisa, como único premio de sus martirios, el reposo de la tumba.

XX

Andro sufre en sí mismo las amarguras de sus hermanos, por encima del Tiempo. Lo que fué, vive en su memoria; lo que será, germina en su espíritu.

La horrible pesadilla parece no tener fin.

XXI

La Sociedad ofrece su redención al Individuo; pero le exige el sacrificio de su propia personalidad, en aras del bien común; y el hombre se siente de nuevo oprimido en sus más santas libertades.

La vida es febril y vertiginosa; el trabajo continuo; el aire asfixiante.

En la Naturaleza está la fuerza redentora, pero la vista humana no ha podido aún descubrirla.

XXII

Los destellos de la Aurora colorean el cielo en Oriente. La atmósfera es pura y diáfana. El Mundo se viste con sus mejores galas para solemnizar la venida del Mesías.

Su obra asusta á la Tierra: no es el Saber quien iluminó su espíritu, sino la Videncia.

El Prometeo roba su energía al Mundo y la ofrece generosamente á sus hermanos, haciéndoles dueños de la Fuerza.

El trabajo se ha redimido de su denigrante condición para hacerse libre y elevado; el hombre ya no baja al fondo de las minas para sustituir con su labor la de las bestias, porque la fuerza es patrimonio de todos, como el aire que respiramos.

La humana criatura se ennoblece, porque el trabajo, de hoy más, es una necesidad del espíritu, como el Arte y la Ciencia, pero no una crudeza de la realidad.

XXIII

La vida es fácil y agradable. El sol de justicia alumbra al mundo; su calor es suave, y su luz radiante y bella.

Las guerras desaparecen; las fronteras se borran; los idiomas se unifican; la Humanidad se funde en un solo cuerpo de exuberante vitalidad, y en el cielo resplandece el sosiego y la ventura.

El sublime espectáculo eleva el espíritu de ANDRO de su decaimiento, y la fantástica pesadilla se trueca en delicioso ensueño.

El mundo es feliz. Quien sufrió la amargura de la miseria, goza las delicias del bienestar.

XXIV

Pero el Tiempo sigue su curso; las generaciones se renuevan, y el Ideal que encarnó el mundo viejo se desvanece al realizarse: la Paz impera sobre los muertos. La Humanidad deposita sobre su tumba la corona de la gratitud, y vuelve sus ojos hacia el más allá, en busca de nuevos horizontes. Desde aquel instante la eterna pregunta invade una vez más su espíritu, y la Felicidad cesa en su breve reinado.

¿De dónde viene? ¿A dónde va?

XXV

Las sombras del misterio se ciernen de nuevo sobre el Mundo; la Noche se avecina;

pero sus gasas son más densas, porque el mezquino ideal que alucinaba los espíritus ha desaparecido. El hombre corría tras la ficción y se le ofrece la realidad.

¿Cuál es la finalidad de la Vida?

La angustia oprime el corazón de ANDRO, y sus sentidos se ofuscan, porque la luz que brillaba era ilusoria: el Caos reina en el Mundo. El frío de la muerte se infiltra en su carne y su espíritu desfallece.

XXVI

Mas el impulso inicial recobra su energía, y la Fe reanima su corazón. ANDRO revive.

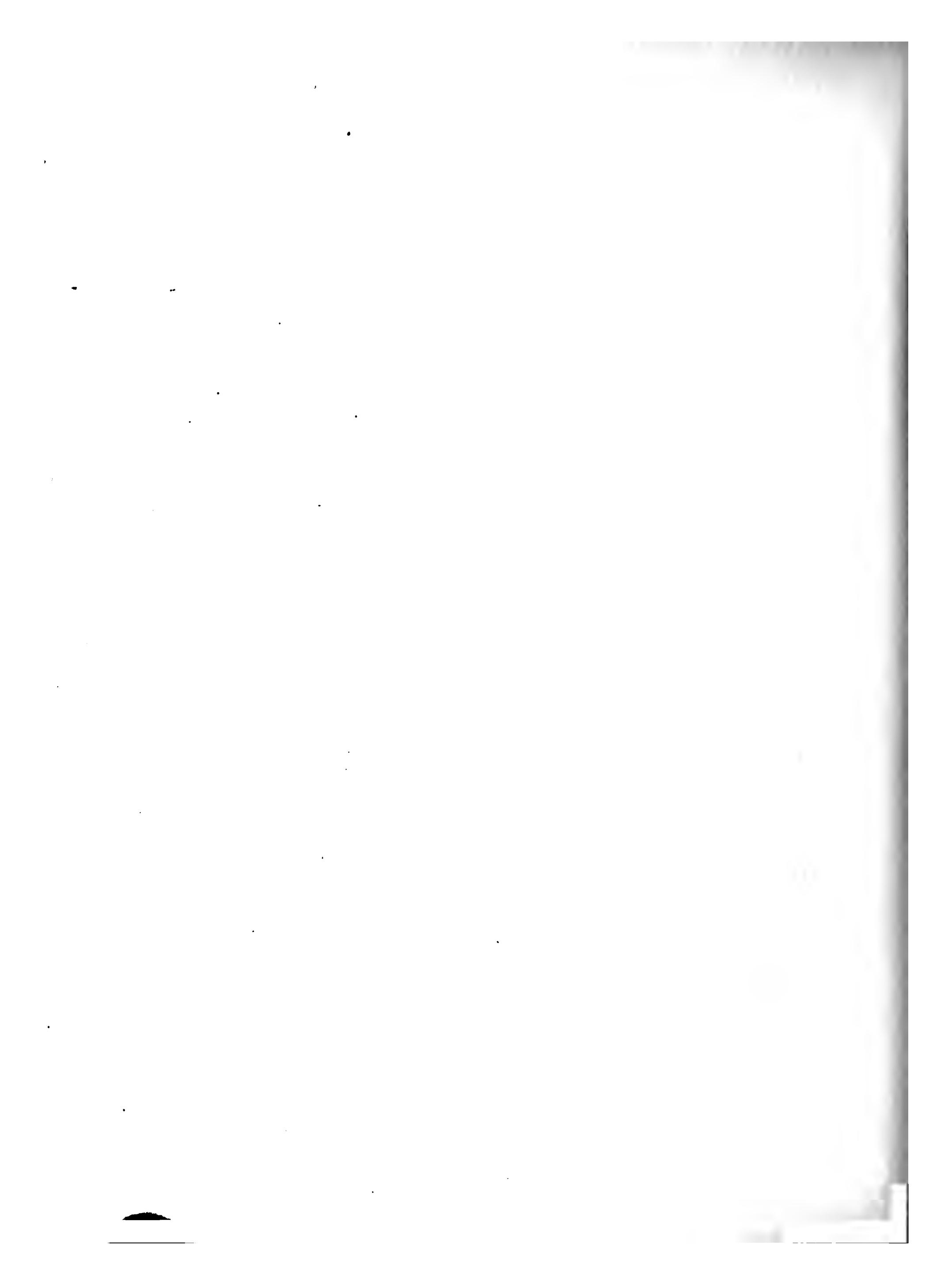
El dolor ha sido intenso, pero el ansia de perfección se hace más potente y vigorosa.

La SOLEDAD es la compañera de su cuerpo, mas en lo íntimo de su ser arde el fuego de su ALMA HERMANA, y esa dulce compañía le anima y le completa.

A pesar del Mundo, ANDRO continuará su viaje en brazos del Destino.

CANTO II

PODER



I

El LAGO MALDITO está muy lejos, y sus vapores no empañan la atmósfera; pero repercuten todavía en el espacio los lastimeros gemidos de sus moradores.

II

Animado por la Fe continúa ANDRO su viaje por entre enormes obstáculos, pero él está ya acostumbrado á vencerlos.

Atraviesa un estrecho desfiladero, y asciende por un sendero casi inaccesible á la cumbre de un elevado monte, en cuyo sitio se le ofrece una dilatada meseta. La superficie es vasta, y su altura vertiginosa: parece una inmensa llanura suspendida en las nubes.

Desde sus orillas se domina la Tierra; los valles y las cordilleras se dibujan en el exten-

so panorama hasta confundirse con la línea del horizonte.

Aquí se observa la selva inexplorada; allá el petroso hormiguero de las ciudades; por todas partes el soplo de vida: bajo sus plantas bulle el mundo, envuelto en el vaho caliginoso de su propia actividad.

III

En el centro de la planicie se levanta un resplandeciente Alcázar. Sus zócalos son de jaspe; el cuerpo del edificio es de argentífera piedra; sus cúpulas y atalayas son de oro.

Andro se acerca al mágico Castillo y asciende por una gradería de bruñida plata; atraviesa el ancho Pórtico y llega á un espacioso Atrio, cuyas paredes proyectan áureos destellos.

En su fondo se observa una abertura que conduce á un inmenso recinto rodeado de altísimas columnas salomónicas de oro macizo. Un prodigioso artista cinceló en sus cuerpos centelleantes espiras. Las suaves curvas que dibujan se remontan sobre aquellos gigantescos troncos hasta perderse en los dorados capiteles. Sobre ellos descansa una transparente bóveda de purísimo cristal.

En el piso de mármol se levanta un majestuoso trono. La escalinata es de alabastro, el sitial es de oro, y el dosel de finísima seda recamada de piedras preciosas.

Sobre él se sienta el Poderoso. En su rostro se refleja el orgullo y en sus ojos la fuerza dominadora. Ciñe su frente una fúlgida diadema. Apoya su diestra en un tridente de oro, y descansa sus pies sobre una tosca esfera de plata virgen.

El oro brilla en todas partes. El precioso metal proyecta en el aire luminosas vibraciones y lo inunda con sus destellos, como los rayos del sol en un purísimo día de primavera.

Andro permanece extático y como alucinado ante la mágica visión.

IV

El Poderoso. —Mi fuerza de atracción es grande; por eso no dudé un solo momento de que penetrarías en mi Alcázar. Contempla las maravillas que te rodean y prepárate para admirar nuevos prodigios.

Andro. — Jamás me desvié de mi camino, ni hubo obstáculo que me hiciera torcer en mi línea recta. Te encontré en mi sendero y por esto te he visto: tú debías separarte,

no yo. No es, pues, la atracción la que á ti me conduce, sino mi dirección inicial.

En verdad mis sentidos se ofuscaron por un momento, mas no te envanezcas por ello. De la sombra vine y me sorprendió tu luz: hirió mis ojos como el rayo solar cuando despertamos de un oscuro sueño; mas pronto me habituaré á su fulgor.

No me pesa haberte encontrado, mas mi estancia en tus dominios será breve: tu Reino no es tan dilatado que no pueda atravesarlo con el esfuerzo de mi voluntad.

El Poderoso. — Tus ojos están ciegos, y la aureola de luz que te circunda ha aumentado todavía las tinieblas en que vives. Mi brillo te alucinó y no alcanzas á comprender el secreto de mi poder.

Con mi tridente domino al Mundo; de mis entrañas sale la savia de que se nutre la Humanidad; en mí está la fuerza que vigoriza, fuera de mí encontrarás tan sólo la impotencia que extenúa y mata. En mi fragua se forjan las tiaras y las coronas; de mis moldes surgen los imperantes cetros: el hombre es mi vasallo. Despierta de tu sueño, amigo mío; ven conmigo y admira mi poder; yo te revelaré el misterio en que me fundo, y lo compartiré con-

tigo. Sígueme; voy á conducirte al secreto taller donde se producen estas maravillas.

V

El Poderoso desciende de su solio é invita á Andro á que le siga.

Se dirigen á una estrecha abertura practicada en el pavimento, y descienden por una angosta escalera hasta llegar á una cueva cuyas proporciones son tan grandes como el espacio infinito. En su centro centellea una inmensa fragua; su fulgor es intenso y desprende de su seno densos y rojizos vapores como los que lanza un volcán en erupción. Una multitud de seres de negruzco aspecto golpean sin reposo el incandescente metal, y el horrible estruendo que producen retumba por los ámbitos de la cueva.

En medio de aquella febril actividad descuella la figura de un silencioso y tétrico operario, en inmóvil actitud. Su aspecto es hercúleo: la fuerza encarna en sus músculos; la tenacidad en su fosca mirada. En sus manos sostiene una pesada corona y la observa atentamente.

El Poderoso.—¡Oh, Túbal, mi discípulo predilecto! ¿Lograste, por fin, terminar tu labor?

Tubalcain. — Una vez más fracasé en mi empeño. El celeste efluvio destruyó mi obra, y la misteriosa corona se rompió en mil pedazos. Mas no desmayo por ello. En mi sangre arde el germen inextinguible de la fuerza, y él me ha de conducir al triunfo. Déjame que continúe en mi tarea mientras espero horas más felices.

El Poderoso. — En ti confío. Que la suerte te acompañe.

VI

El espantoso golpear de los forjadores continúa con ensordecedora violencia, y el resultado de su trabajo es prodigioso. La riqueza parece engendrarse en el esfuerzo de aquellos infatigables obreros, de cuyas manos salen á cada instante objetos de incalculable valor. Del ígneo cráter mana el precioso metal en líquida fusión, surcando por estrechos canalículos excavados en el suelo hasta llegar al molde que ha de darle su forma definitiva.

El Poderoso navega sobre un río de oro. El manantial es inagotable, pero también es inextinguible la sed de los que han de absorberlo.

VII

Obedeciendo á una orden del Poderoso se acerca á Andro un obrero, y en actitud respetuosa le ofrece una Llave fabricada con el áureo metal.

El Poderoso. — Ahí tienes el secreto del Mundo; sobre su eje gira la Sociedad. A tus plantas yace el Poder: alcánzalo y serás mi igual. Con esa Llave abrirás las puertas de todos los Alcázares.

VIII

Andro coge la misteriosa Llave y la examina con detención. Es de oro macizo y sus dientes son de complicada y habilísima labor. Parece un cuerpo de metal incandescente, á juzgar por el vibrante centelleo de la sustancia que lo forma, pero su contacto es fresco y suave.

Andro. —Dime, fantástico Personaje, ¿podrías descubrir con esta llave el arcano de mi conciencia?

El Poderoso. — Yo no llego hasta lo imposi-

ble. Mi poder se funda en el dominio de la acción humana, mas no puedo penetrar en el pensamiento.

Andro. — Entonces yo soy más poderoso que tú. Jamás intenté actuar sobre mis semejantes, y dentro de mí mismo soy dueño y señor. Guárdate este inútil instrumento que yo para nada lo necesito.

IX

Andro lanza lejos de sí la misteriosa Llave. Al chocar contra el suelo produce un horrísono estruendo y se rompe en menudos trozos. En aquel momento la cueva desaparece; se desvanecen las sombras de los forjadores y cesa el ruido. La intensa luz se borra del espacio y Andro se encuentra entre el frondoso arbolado de un ameno bosque. Una suave claridad inunda el ambiente.

CANTO III

SEDUCCIÓN

I

Del espíritu de ANDRO se ha borrado el recuerdo de la Visión tentadora, y el errante Viajero prosigue su camino por entre el espeso follaje.

El lugar es apacible, y la claridad que lo alumbra es de un tono encantador. No es la vívida luz del Astro del día la que ilumina el bosque; tampoco es el plácido resplandor de la nocturna esfera. La luz es más tenue y delicada: se produce en el seno de la Lucífera estrella, que reina en el espacio con la intensidad del sol.

La vegetación es prodigiosa; los árboles semejan odoríferos arbustos de gran tamaño, cuajados de esmaltadas flores. El flexible rosal se trueca en orgullosa encina; la delicada violeta en magna acacia; en el alto ramaje ondulan gigantescas guirnaldas de nardos y amapolas como en las selvas tropicales cimbrean las majestuosas flores de la naturaleza

virgen. Una suave fragancia satura el ambiente.

II

Andro contempla admirado el hermoso espectáculo y avanza lentamente.

A poco descubre una multitud de Ninfas de encantadoras formas tendidas sobre el musgo, y cuyos cuerpos están velados por el follaje. Las gasas del sueño les circundan, y no despiertan de su letargo á la proximidad del Viajero. Inútilmente les dirige su voz; las Ninfas no contestan; el pesado velo no se disipa.

Andro teme por un momento haber penetrado en el Reino de la Muerte, pero su Alcázar no puede cimentarse en aquel suelo exuberante. Las seductoras Ninfas no han surcado las aguas de la Laguna Estigia; porque el ardor de la vida colorea aún en su rostro, y sus ebúrneos pechos oscilan suavemente. Son hijas de la Tierra, y Morfeo adormeció sus espíritus en el tibio regazo de su Madre para engalanarlas con las vivientes joyas que surgen de su seno. La planta humana junta sus encantos con los de su vegetal compañera: el perfume que exhala su cuerpo se une al aroma que esparcen los pétalos de su hermana, y la suave unión en que se funden inunda el aire de un

delicado y harmonioso efluvio: la Flor reina entre las flores.

III

Andro imagina encontrarse en el corazón de un mundo en el que la humana criatura goza la letárgica vida de las plantas; pero avanza en el interior de la Selva Encantada, y se le ofrece una nueva visión que disipa su error. A la orilla de un cristalino lago juguetea un enjambre de Náyades de radiante belleza, cuyos desnudos cuerpos están únicamente cubiertos por sus larguísimas cabelleras. Ejecutan una extraña danza al rededor de una corona de hojas colocada en el suelo; y el modelado de sus formas acentúa sus graciosas líneas con las inflexiones que le imprimen los rítmicos movimientos. Al reparar en la presencia del forastero el terror se pinta en sus semblantes y huyen despavoridas en diversas direcciones.

Andro se acerca para observar el manantial de que se nutre el Lago. Sus aguas son puras y brotan del seno de unas rocas transparentes como el cristal: pero él no las prueba porque su cuerpo no siente el Deseo.

IV

El Viajero se mueve entre los vapores de un ensueño.

La selva es extensa; el arbolado alto y frondoso.

Las ramas que forman la matizada bóveda oscilan como impulsadas por el viento, y al poco rato se ve avanzar por entre su espesura una multitud de nebulosas imágenes de femenino rostro y delicadas líneas, cuyos cuerpos etéreos atraviesan con facilidad el follaje. A su paso las flores abren sus cálices y se deshojan: el estambre acaricia libremente al pistilo. Una irisada lluvia de pétalos cae pausadamente sobre el suelo, y lo cubre de una fresca y olorosa alfombra.

Las aéreas Sirenas se detienen en su vuelo y le miran cariñosamente. Sus bocas exhalan un hálito perfumado, y por sus pupilas se tamizan magnéticos efluvios. Los hilos misteriosos se extienden sobre Andro, lo envuelven en sus redes y embriagan sus sentidos; pero no empañan la pureza de su espíritu. Las Sirenas le contemplan y en sus labios se dibuja una graciosa sonrisa. En breve se alejan y se pierden en la frondosidad del bosque.

V

El leve rumor de su aleteo se desvanece en el espacio y el Caminante continúa siguiendo el Norte que ilumina sus pasos.

El sendero es fácil, y la amenidad del sitio produce un dulce bienestar.

Con paso firme y seguro cruza el mágico verjel, y cuando cree alcanzar su término ve surgir prodigiosamente de la tierra una colosal flor de loto, en cuyo cáliz reposa una mujer de peregrina hermosura, en soñolienta actitud. La Perla duerme en el fondo de la concha.

No es el humano artista quien modeló su escultura; jamás se vió otra igual en la Tierra: la belleza del detalle desaparece ante la harmonía del conjunto. Una vaporosa gasa cubre su cuerpo, y á través de sus mallas se transparenta su rosada carne.

La Deesa abre dulcemente los ojos, y Andro la contempla maravillado.

La Deesa. — ¡Por fin despierto de mi sueño! Tu aliento lo ha disipado y mi corazón late de nuevo á impulso de tu sacro ardor. Para ti fuí creada desde remoto tiempo, y en ti se oculta el secreto de mi vida.

Andro. — ¡Visión encantadora! Te creí ilusoria imagen, pero el suave contacto de tu cuerpo me demuestra la verdad de tu existencia. De la Tierra eres, pero tu belleza es sin par en sus dominios. El celeste rayo fecundó la emblemática flor que me ofreció tu hermosura, y de su seno naciste. Tu sacra madre te transmitió sus encantos; tu etéreo padre te legó la diáfana sustancia que te forma.

La Deesa. — ¡Oh, cuán largo ha sido el sueño! Pero ¡cuán dulce es la realidad!

La Deesa mira tiernamente á Andro é intenta atraerle.

Andro. — Tu presencia me cautiva, mas no acierto á explicarme lo que pretendes de mí.

La Deesa. — Ven á mi seno y respira mi aroma; que en él está tu suprema dicha. Mis brazos te conducirán á la oculta mansión donde arde el fuego que jamás se consume. No es el placer mortal lo que te ofrezco, sino el eterno deseo.

Andro. — El Deseo se extinguió en mi pecho desde que la luz de la Verdad penetró en mi espíritu. No eres tú el ideal, está más lejos; tras él camino porque sé que he de

alcanzarlo un día. Tus encantos me adormecen; el recuerdo de la Luz me vigoriza. Ya ves que nada puedo esperar de ti. Mi Astro brilla en otro sitio.

La Deesa. — Tu Astro es ilusorio; yo te ofrezco la realidad de la vida. El goce humano es esclavo del Tiempo y en su seno perece: pero el que se encarna en mi esencia jamás llega á su fin. Cuando surgí á la vida, el sol estaba en el zenit y para siempre se detuvo en su curso. No conozco la Aurora, pero tampoco conoceré el Ocaso. Ven á mis brazos; una diosa te ofrece su amor.

En el cuerpo de la Deesa resplandece la Seducción y se proyecta sobre Andro.

Andro. — Tu carne es diáfana, y entre sus gasas se transparenta el germen que anida en tu pecho. Mi luz disipa el hermoso ropaje con que se oculta el espíritu de mi Enemigo, y le veo desnudo de atractivos. En vano luchas: tu voz me infiltra la Tristeza y tu presencia me evoca la Amargura. El aroma de la Impureza te circunda. Aléjate de mí, que tu hora todavía no ha llegado. En este instante no puedo hacer nada por ti.

La Deesa. — ¿Por qué me rechazas? Es la pureza la que brilla en mi imagen.

Te ofrezco lo que jamás pudiste sospechar que existiera en el Mundo. En mí está la eternidad del goce dentro del ansia inextinguible. Mi pecho despertará en el tuyo el perpetuo deseo, y jamás el cansancio enervará tu cuerpo, porque la dicha de hoy engendrará la de mañana en un eterno presente. El fuego que me anima se alimenta de sus propias cenizas: su ascua brilla pero no se consume. Ven á mis brazos y el Tiempo cesará en su curso, porque tu vida se trocará en un momento de infinita ventura. En donde todo perece, únicamente yo soy inmortal.

Andro. — ¡Desgraciada! En ti se perpetúa el funesto dualismo que origina el Pecado. No es á mí á quien debes dirigirte, sino á tu maldito hermano.

Me creiste sólo en la Tierra porque mi forma externa engañó tus sentidos: por esto intentaste seducirme, pero yo disiparé tu error. Mi cuerpo es uno en su apariencia, pero en mi interior vive la esencia de mi Alma Gemela: la generosa víctima que consumó su sacrificio para salvarme, y en su seno descansaré cuando termine mi viaje. No es la unión engañosa

que me brindas la que ansía mi espíritu; con ella eternizaría el dolor en que se funda mi existencia: aspiro á un estado de perfección que tú no alcanzas á comprender. No puedes nada contra mí.

VI

La DEESA palidece ante el presagio de su derrota. En un momento de suprema lucha intenta atraer á ANDRO hacia su seno.

LA DEESA. — En ti está mi vida, y en mí encontrarás tu felicidad.

ANDRO *(rechazándola)*. — Apártate, seductora imagen: en tu alma se encarna el símbolo de la muerte. Yo en cambio puedo ofrecerte la esperanza de tu redención. El Astro de la Vida está todavía muy lejos de tu horizonte, pero su luz brillará en lo futuro para ti como ahora para mí brilla: porque tu salvación está dentro del Tiempo. En mí se destruyó tu esencia; pero tú subsistirás mientras no te aniquiles por ti misma. Graba en tu memoria mis palabras, porque algún día rasgarás el velo hechizado que te ciega.

VII

La majestuosa flor del Loto cierra su corola; sus pétalos se mustian; su tallo se seca, y el sacro emblema se derrumba como cediendo al impulso huracanado de un viento autumnal.

El cuerpo de la mágica Deesa se torna opaco, y el manto de la Muerte oculta sus encantos. Su piel se ennegrece y su imagen se transforma en la de una horrible serpiente. La Bestia se enrosca sobre sí misma; levanta al aire su cabeza y lanza un agudo silbido. Por fin cae abatida al suelo; muerde rabiosamente la tierra y la perfora penetrando con rapidez en su seno hasta desaparecer por completo.

CANTO IV

INMORTALIDAD

I

ANDRO prosigue imperturbable su camino. El bosque ha recobrado su primitivo aspecto. El roble gigantesco y la corpulenta encina se levantan majestuosamente sobre aquel campo virgen. El aire es sano y fresco; á su favor respira el Viajero libremente y se disipan las nubes que le ofuscaban.

Al pie de un árbol observa un solitario personaje en actitud meditabunda. Su aspecto es grave y su edad indescifrable: nadie podría decir si es la juventud ó la vejez la que circula por sus venas, porque parece una marmórea estatua animada de vida. ANDRO dirige hacia él sus pasos.

II

ANDRO. — Al fin vuelve á la realidad esta selva encantada. Los árboles se me pre-

sentan en su forma natural y observo un ser viviente. Bien hallado seas.

El Mago. — Salud á ti, viajero; no te ha de pesar el haberme encontrado.

Andro. — Por lo menos creo que no intentarás valerte de extraños sortilegios para fascinarme.

He cruzado este bosque como en el seno de una interminable pesadilla. Aquí el rosal se trocaba en árbol gigantesco; allí la seductora mujer en etérea nube; por todas partes veía hechizos y maravillas, cuando yo apetecía el reposo y la calma.

El Mago. — Desde remotos tiempos es esta mansión albergue de mágicas apariciones; mas quien cae en sus redes, perece. No está en ellas la felicidad, sino la muerte. Yo puedo asegurártelo porque he vivido muchos años y poseo una experiencia superior á la de todos los seres. Por mi aspecto no podrías descubrir mi condición.

Andro. — En efecto; aunque te creo animado de vida, me sería difícil adivinar tu edad.

El Mago. — Te sería imposible, porque no la tengo.

Mi ciencia detuvo al Tiempo, y sus efectos no se notan en mi cuerpo, pues aunque Saturno me produjo, no pudo engullirme.

Quien no sabe sustraerse á los encantos de la engañosa Imagen, no puede comprenderme; por eso no llega nadie hasta mí. Pero tú atravesaste el bosque hechizado y te has hecho digno de que te reciba en mis dominios: en mí encontrarás lo que no pudieron ofrecerte las tentadoras sirenas.

Andro. — No sé qué puedo prometerme de ti ni de este sitio, aparte del bienestar que me produzca un momento de descanso en mi penoso camino. El sendero que sigo no es conocido de nadie más que de mí mismo. La luz que ha de alumbrarme, tan sólo pueden descubrirla mis ojos.

El Mago. — Mi espíritu penetra en el fondo del tuyo y sorprende su misterio: en vano intentarías ocultármelo. En el espacio brilla otro Ideal más esplendoroso que el que locamente persigues, y sobre él ejerzo mi poder. El tuyo ha de conducirte á la muerte, el mío á la vida.

Andro. — Únicamente puedo alcanzar la vida reintegrándome en la posesión de mi propia personalidad. Fuí uno en la Eternidad, mas el Tiempo desdobló mi sustancia; y así peregriné por el Valle de la Ilusión, de martirio en martirio y de derrota en derrota. Cuando haya reco-

rrido toda la curva que me trazaron, volveré al punto de partida, y el círculo infinito se habrá cerrado. La trayectoria es inmensa, pero mi voluntad llegará á su término en brazos de la Fatalidad.

EL MAGO. — Tu Ideal es el reposo absoluto; pero la Felicidad no está en la Muerte, sino en la Vida.

ANDRO. — El Bien supremo está por encima del Dualismo que tú representas. La VIDA-MUERTE es tan ilusoria como la realidad en que nos movemos; sobre ella flota el símbolo de la VIDA á que yo aspiro. Mas no he de alcanzarlo sin llegar antes al estado de perfección. Quiero completarme, y ese es el fin que persigo en mi camino. Nada podrá detenerme, porque en el Deseo está mi fuerza.

EL MAGO. — La verdadera fuerza está en la inmortalidad, no en el aniquilamiento. Tu curso es ciego y te conducirá al Abismo; pero si escuchas mi voz, todavía podrás salvarte. Óyeme atento, y quizás llegarás á descifrarme.

En mí resplandece la juventud y la vejez al unísono: en mí se cristaliza el Tiempo. Mi vida es un perpetuo presente; por eso domino la acción devastadora de mi Padre. En vano transcurren los años, porque á

pesar de ellos mi sombra se eterniza en el mundo; mi esencia ha llegado á hacerse igual á la de los dioses.

En mi alma brotó un Deseo y me hizo su esclavo; con su hálito vivificante me infundió el sacro ardor, y el primer ciclo de mi existencia transcurrió en la esfera de una vertiginosa actividad. Mi trabajo era penoso, mas la fe me animaba y con su auxilio esperaba lograr mi empeño: por eso nunca experimentó el cansancio mi espíritu. Tras una lucha gigantesca llegó por fin la hora de la victoria; mis ojos se abrieron á la luz y pude robar al Mundo el jugo mágico que le hace inmortal.

Andro. — Y ¿cómo lograste este prodigio?

El Mago. — Renunciando al goce de la vida para perpetuar en mí su esencia; así detuve la acción de la muerte.

Andro. — Entonces tu inmortalidad se funda en la suspensión de la energía de la vida. Si no gozas de tu existencia, ¿cómo te atreves á decir que vives? ¿Es eso la Vida ó la Muerte? La vida no puede ser nunca la inacción.

El Mago. — Mi vida es la contemplación.

Si yo tomara parte en su proceso, inevitablemente tendría que seguir el curso se-

ñalado á toda evolución; porque tras el goce viene el dolor, y tras el dolor la muerte. Yo no gozo, pero vivo. Contemplo serenamente la marcha de los siglos; veo crecer los seres y los veo morir; veo moverse la Humanidad hacia el Norte que le marcó el Destino, mientras yo permanezco impasible en el punto en que la Acción se transforma en Quietismo, y mi existencia se desliza en el aura de una calma absoluta.

Andro. — ¿Y alcanzaste ese estado solamente por la fuerza de tu voluntad?

El Mago. — Mi voluntad me señaló el camino que había de conducirme á descubrir el arcano, y entonces robé á la Tierra el fuego que la inmortaliza. Desde aquel instante su destello fulgura en mi espíritu y soy igual á ella.

Andro. — Y ¿dónde brilla esta llama misteriosa?

El Mago. — No está en la corteza terrestre el fluido de la Vida, sino en sus entrañas; pero la insondable cueva permanece oculta á las miradas profanas. Por mi esfuerzo descendí á su abismo y contemplé su fulgor. Allí está la esencia de la acción y el germen del movimiento. El manto de belleza con que se cubre el

mundo es engañoso; todo cuanto produce la Tierra con su energía germinadora es perecedero; nace para morir, después de haberse mecido en el sueño de una grandeza ilusoria: solamente en su seno arde el fuego inextinguible; solamente en sus entrañas centellea la Vida. Ven conmigo y te revelaré su esencia.

III

En aquel momento la tierra se abre bajo sus plantas como obedeciendo á un conjuro del Mago.

ANDRO contempla el prodigio, y el MAGO le invita á penetrar en las entrañas del Mundo. Él accede y se introducen los dos por una angosta abertura en la cual se inicia un camino de acentuada pendiente: el MAGO le guía en el tenebroso viaje.

El sendero es fácil: perfora la tierra dibujando una estrecha y larguísima espiral; pero ANDRO desciende con precaución porque el declivio es muy pronunciado.

En los primeros momentos su cuerpo experimenta el dulce efecto de una temperatura agradable, pero el aire se torna luego húmedo y pesado, y las paredes trasudan acuoso humor.

Tras breve caminar el vapor se disipa, y la atmósfera va volviéndose poco á poco seca y ardorosa; el aire se hace muy cálido y se respira con dificultad.

Andro. — Presumo que me será imposible seguirte porque el calor que aquí reina me enciende el rostro y me llena la cabeza de vertiginosos vapores.

El Mago. — Tu piel es débil, y no está acostumbrada á resistir la perniciosa influencia de este aire asfixiante; pero pronto te habituarás á ello. De todas maneras debo decirte, para que cobres nuevos ánimos, que el paso peligroso es muy breve: ya estamos atravesando sus límites. Pronto llegaremos á otra capa más hospitalaria que la que motiva tus quejas.

IV

El calor mengua, y el ambiente vuelve á ser fresco y agradable.

El viaje es largo: aunque está fuera de la acción del Tiempo, Andro se da cuenta de su extraordinaria extensión; pero lo prosigue sin experimentar cansancio alguno, porque su

cuerpo desciende como por la acción de la gravedad.

Por fin llegan á un ancuroso espacio de forma esférica, en cuyo centro, y como formando el eje de la geométrica figura, se observa una columna de transparente vapor. Los corpúsculos que la constituyen se mueven incesantemente en rapidísimas vibraciones, como los rayos del sol á través de las capas inferiores de la atmósfera; pero su coloración es de un matiz azulado. Los polos de la esfera atraen las gaseosas moléculas con magnética energía, y las etéreas partículas reproducen constantemente su viaje: de norte á sur, y de sur á norte. En las entrañas de la misteriosa cueva se perpetúa el movimiento como en los espacios siderales.

El Mago. — He ahí el centro de atracción del Mundo: en él está el núcleo que comunica la vitalidad á su corteza. Unicamente en sus entrañas hierve la esencia por cuyo influjo se destruye la acción del Tiempo y perduran los seres. Mi ciencia descubrió la sacra Llama y por esto me hice superior á mi propio Padre. Mira, pues, lo que puedo ofrecerte.

V

Andro contempla la etérea imagen, sin darse cuenta del extraño prodigio que encierra. La Visión es bella y seductora, mas no logra fascinarle y continúa conservando el dominio de su voluntad.

Observa cuidadosamente el esférico espacio y descubre, no lejos del sitio en donde se halla, á un tétrico personaje ocupado en misteriosa tarea. Junto á él se observan varios crisoles y alambiques, con los que ejecuta extrañas manipulaciones.

Andro. — ¿Es acaso un compañero de tus investigaciones el que desde aquí diviso?

El Mago. — Unicamente yo poseo el secreto de estos lugares. El que llama tu atención no es ningún ser humano; dirígele tu voz y podrás convencerte de la verdad de lo que te digo, porque no contestará á tus preguntas. El silencioso fantasma es mi propia personalidad desdoblada: es la sombra de mi cuerpo.

Al descubrir el misterioso arcano se encendió en mi pecho un deseo irresistible. Para satisfacerlo necesito largos siglos de

trabajo; y eso amenazaba nublar el cielo de mi dicha, porque me habría sumido en una esclavitud perpetua. Pero por virtud de mi poder me liberté de este fatídico porvenir. Mientras yo gozo las delicias de mi estado, mi sombra trabaja incesantemente para lograr el fin que persigo.

Andro. — Y ¿qué fin puede ser éste, si alcanzaste á destruir en ti el estrago de la muerte?

El Mago. — Voy á revelártelo. Mi triunfo no será completo hasta que logre imitar la obra de la Naturaleza.

El Mundo dispuso, en un momento que se pierde en la noche del Pasado, de una misteriosa energía que le dió el poder de crear el ser vivo. Mas fué breve este instante, y jamás se ha reproducido. La primitiva obra parecía imperfecta, pero la acción de los siglos la perfeccionó de tal manera, que de la masa informe en cuyo seno apenas se vislumbraba el núcleo de la vida, se originaron las maravillas que ahora nos ofrece la Tierra. Tres mundos ardían en las entrañas del emblemático huevo; los tres estaban destinados á ser igualmente bellos y poderosos; pero su esfera de acción debía ser tan distinta que, andando el tiempo, habían de mi-

rarse como enemigos los que procedían de una misma madre. Esta energía se perdió al parecer la Vida en la corteza terrestre; y hoy solamente arde en su seno el rescoldo de la primitiva hoguera. Pero yo penetré en el Sacro Templo y descubrí el Altar en donde brilla la perpetua llama.

Mi ideal es grande y generoso: intento eternizar aquel sublime momento de la Naturaleza. De mis manos saldrá el ser vivo sin que el dolor amargue su nacimiento.

Andro. — Hasta este instante las gasas de la duda ofuscaron mi espíritu, pero ahora veo claramente el fin que te mueve. Lo que intentas es remedar lo inimitable. Con tu hálito ambicioso te propones empañar la pureza de la Creación. Quieres volver al Pasado sin considerar que el Tiempo, como la Vida, tiene un curso fatal, y sus edades jamás han de reproducirse. La inmortalidad no está en la Tierra: tras la vida debe venir la muerte, porque ni una ni otra encarnan el ideal de Eternidad. Pero la muerte ha de conducirnos á la Vida, porque no puede vivir quien no haya sabido morirse. Tu ilusoria acción se reduce á dilatar el plazo del

cumplimiento de una ley; pero por breve espacio lograrás tu empeño, porque no eres superior al Tiempo, como orgullosamente te figuras. En su seno vives, y á él pagarás tributo cuando se apague el quimérico fuego que alucina tus sentidos. En otra parte está la vida perfecta que yo busco: tras ella voy, y espero alcanzarla.

El Mago. — ¿En dónde has de lograrlo?

Andro. — En los brazos de la Muerte. Por mi voluntad penetraré en su Reino, y uniéndome con ella me haré inmortal. De nuestra unión surgirá el ideal que me ilumina: en el seno de mi Amiga encontraré la vida.

El Mago. — Tu cerebro enloquece; y en tu funesto desvarío no te das cuenta de la realidad. Mi poder no es fantástico sino positivo; solamente la visión de este sagrado fuego ha infundido ya en tu cuerpo el efluvio de la Vida y no podrás sustraerte á su acción. De hoy más eres mi amigo y mi hermano; mi Alcázar es tu Alcázar, mi Reino es tu Reino.

Andro. — Ni un instante más he de continuar en tu compañía; con ello te demostraré la ilusión en que se funda esa materia á la que rindes culto. Nada podrá detener-

me, porque de lo Alto viene el mandato, y la Voluntad á que obedezco es más potente que la ficción que te esclaviza.

VI

ANDRO se remonta en el aire como atraído por un secreto poder, y al llegar á la bóveda las rocas se abren para dejarle libre el paso, desapareciendo rápidamente en sus entrañas. El MAGO contempla atónito el extraño prodigio, y ANDRO atraviesa en un instante el radio terrestre.

CANTO V

PURIFICACIÓN

I

Andro se encuentra de nuevo en la superficie de la Tierra.

La última etapa de su peregrinación ha producido en su alma una imborrable tristeza, porque jamás creyera que el orgullo humano llegara á tan alto grado.

Los sucesivos espectáculos que se le han ofrecido desde que saliera del Valle de la Ilusión se reproducen en su mente en rápidas imágenes, y el desconsuelo le invade.

La realidad es siempre la misma: su progresiva perfección apenas se marca en la inmensidad del Tiempo. En el espacio está el reloj que mide sus horas: su eje es grande y su esfera gigantesca, pero sus radios avanzan con lentitud desesperante: diríase que duermen. Apenas se mueven en el espacio de un siglo.

II

El Pasado se confunde con el Presente, y los tiempos vivos reproducen á los muertos con espantosa semejanza.

El áureo Palacio se funde en su imaginación con el bosque encantado; sobre la Tierra cruza el loco fanático que busca lo imposible. Pero esas flotantes Visiones se engendran en los vapores del Lago Maldito, y de su seno surge eternamente el Hechizo. El helado soplo lo desvanece y subsiste solamente la inmensa sábana de cieno y sangre que cubrió el mundo en el día nefasto.

III

Los matices y las imágenes ceden su sitio á otras, como ellas, fugaces; pero la Madre reina sempiternamente sobre los hijos. La repugnante Fiera extiende sus garras sobre el Mundo y lo domina; sus siete cabezas se yerguen, orgullosas, desafiando al Puro, y nadie podrá aniquilarlas, porque resurgirán perpetuamente. El horrible Espectro aparece de nuevo en la memoria de Andro y reproduce en su alma la amargura que le infiltró en el día de la lucha.

IV

El camino es penoso, pero el Norte es claro. En el fondo de la propia conciencia está el Astro redentor, y hacia él debe dirigirse la voluntad.

Los límites de la cadena no se vislumbran; sus eslabones circulan sobre el engranaje de una rueda sin fin; pero todos llegarán á término, porque el Dolor no puede perpetuarse. Que cada cual piense en sí mismo, y sirva de guía á su inmediato compañero: tan sólo así no se perturbará la obra de la Redención.

Todo se dirige al mismo fin. De las Tinieblas surgirá la Luz cuando suene la hora.

V

Pero el Deseo es intenso y el Ideal lejano. En el corazón de Andro repercute el dolor de sus hermanos, y llora en su impotencia; pero una suave esperanza le conforta, porque como él descubrió el camino, así lo descubrirán sus compañeros de viaje.

VI

La Estrella no brilla todavía en el firmamento porque la ocultan negros nubarrones, pero á través de sus gasas Andro la adivina.

Su cuerpo se torna menos pesado y sus miembros más ágiles; pero la Noche aun le rodea.

VII

Dos focos luminosos de intensísima potencia aparecen en el horizonte y avanzan hacia él en marcha vertiginosa. Aumenta su fulgor rápidamente, y, tras breves instantes, se detienen atraídos por la presencia de Andro; pero sus cuerpos vibran como si continuaran todavía su carrera.

Semejan dos ángeles de extraordinaria hermosura. Su cuerpo es refulgente; sus cabellos son de oro, y en su piel se origina la resplandeciente luz. En el uno brilla el verde de la esperanza, en el otro el rojo de la destrucción. Su fuerza es la misma; su aleteo igualmente violento; la dirección de su viaje es idéntica. Andro queda deslumbrado ante la aparición.

VIII

El Bien y El Mal. — La luz que irradiamos ofusca tus sentidos, pero la esencia que la produce te es conocida.

Andro. — Creí adivinar en vosotros la angélica sustancia.

El Bien y El Mal. — Angeles somos, y es común nuestro Padre; pero el Tiempo nos separó, y corremos infatigablemente para volver al punto de origen. Nuestro poder es idéntico; nuestra obra en apariencia es distinta, pues en el uno encarna la Destrucción y en el otro la Bondad; pero la existencia del uno justifica la del otro, porque individualmente no podríamos subsistir. Nuestro fin es el mismo y nuestra dirección paralela: mutuamente nos ayudamos en nuestra labor. De la obra negativa del uno surge la positiva del otro; mientras el uno aniquila, el otro construye con los escombros de la destrucción: el material es siempre el mismo, aunque el edificio parezca nuevo. El término de nuestro vuelo está muy lejos, y permaneceremos separados hasta aquel momento. Cuando se disipe la valla que se interpone entre nuestros cuerpos, nos uniremos en

un abrazo infinito: en el Empíreo está el áureo matiz en que hemos de fundirnos. En tanto, nuestro trabajo es incesante, y solamente para ti hemos detenido nuestro vuelo. Reflexiona sobre nosotros, porque tu estado es semejante al nuestro.

IX

Los Angeles siguen el vertiginoso curso que aparentemente habían interrumpido. Su luz desaparece, pero el Dualismo de su esencia se graba en el espacio con manchas indelebles.

El ideal de Unidad absorbe por completo el alma de Andro, y el recuerdo del Lago Maldito se borra enteramente de su memoria.

X

El cuerpo de Andro se va sensiblemente fluidificando. Sus pies apenas se posan sobre el suelo; su pecho casi no se dilata á la entrada del aire, y sus sentidos parecen no funcionar. Un vértigo invade su cabeza, pero no pierde la dirección inicial de su viaje, porque en su espíritu arde la Llama que le dirige.

XI

De pronto las tinieblas le rodean y su espíritu vaga en el seno de la Noche absoluta. Desaparece la noción de Espacio y de Tiempo; cesa el Movimiento, y el Universo se desvanece en las gasas del Caos. El Viajero parece haber penetrado en el Reino del No Ser.

Pero el imperio de la Oscuridad es breve; el Quietismo cede su plaza á la Acción, y en el cielo se produce un horroroso estruendo, como si las infinitas esferas que lo pueblan se rompieran en mil pedazos. El ruido es espantoso; sus ecos repercuten por la inmensidad del Eter é infunden el terror en el alma de Andro. Las partículas de los mundos muertos vagan por el espacio sin rumbo y sin norte, pero su viaje tendrá el término que le marcó el Destino, y en breve volverán á su punto de origen.

El hermano encuentra al hermano en su errático curso, y la Vida vuelve á la vida en las entrañas mismas del Caos.

La materia se une á la materia; los restos de las sidéreas esferas chocan con sus perdidos compañeros para reconstituir el mundo viejo en la forma nueva, y en el éter resuena aquel beso de amor como un solemne Hossanna que

el Universo entona glorificando su inmortalidad.

El velo de la Negrura se disipa. En el cielo aparecen infinitas esferas cruzando el espacio con portentosa rapidez. Su luz es intensísima; los sentidos no pueden apreciarla, porque se cegarían: solamente el alma puede percibir su brillo. El fuego vibra en los incandescentes globos, y su energía caldea los espacios interplanetarios.

XII

Pero su fuerza va menguando lentamente: decrece su potencia y disminuye la intensidad de los refulgentes focos: en algunos se extingue por completo. Ya no proyectan la radiante luz sus cuerpos: su resplandor se origina en las luminosas fajas que cariñosamente les envían sus ígneos hermanos. La atmósfera se torna suave y aparece el ser vivo en los planetas.

XIII

La marcha descendente sigue su curso; la primitiva energía decrece y la opacidad aumenta en las flotantes esferas: tan sólo una tenue luz se dibuja en el firmamento. El frío de la

muerte invade las entrañas de los celestes viajeros y el hielo cubre sus cortezas.

La Noche impera en el espacio; la Derrota se avecina. Los cuerpos de las esferas muertas se resquebrajan y los menudos fragmentos en que se convirtieron las moles gigantescas se esparcen una vez más por la inmensidad.

En el seno de la caótica negrura se produce un espantoso ruido y surge de nuevo la Luz.

La obra es perpetuamente la misma; jamás tendrá fin. Una voz solemne resuena en el espacio, y el espíritu de Andro descifra su misteriosa melodía.

La Voz de Assura.—Yo soy la Fuerza, y nada puede aniquilarme. Mil veces encenderé el maravilloso fuego en el seno del Caos y otras mil veces se apagará. En mí no está la energía creadora, ni el poder de la destrucción, porque sustancialmente soy siempre la misma. Mi misión es perpetuar el soplo que me engendró, y mi vida será tan larga como la de la Ilusión que me dió origen.

Los ecos de la Voz se pierden en el Vacío, y las esferas reproducen su sempiterno curso.

XIV

La Visión se borra del espacio, y de nuevo reina la Oscuridad.

Andro dirige la vista hacia su Ideal para proseguir su camino, pero le detiene una nueva aparición. Ante él surge la imagen de un ser humano en el apogeo de su vida, y Andro le contempla. En su cuerpo resplandece la belleza y la juventud; en sus ojos brilla el celeste destello; en su seno arde la esencia del Fuego.

Pero su gloria es fugaz. La lozanía desaparece rápidamente de su rostro, y en él se van ostensiblemente acentuando las huellas de la vejez. Su aspecto cambia, y la Visión recorre en un instante la trayectoria de una larga existencia. El gracioso sombreado de sus líneas se trueca en repugnante arruga; su piel se marchita y apergamina; sus ojos se hunden, y el manto de la muerte se extiende sobre el emblema de la Vida.

El Estrago prosigue su obra devastadora; la orgullosa escultura ya no se mantiene erguida; su frente mira al suelo; su cuerpo se encorva preparándose para dar el ósculo de despedida á la madre Tierra, y, tras breves instantes, se precipita en el seno de la que le engendró.

La acción se desarrolla en un Espacio en que el Tiempo desaparece en brazos del Movimiento, y Andro apenas acierta á explicarse el maravilloso suceso.

La evolución sigue fatalmente su curso. El ser vivo ha perecido, pero la curva vital continúa siguiendo su inmensa trayectoria.

Y el detritus humano se descompone. En sus despojos encuentran su alimento las asquerosas alimañas.

El rescoldo de la vida se apaga por completo; el solitario insecto huye del panal corrompido, y en el fango quedan tan sólo las frías cenizas del recuerdo.

Pero su muerte es aparente, porque el Sacro Licor de la fecundación humedece de nuevo la informe masa y la Criatura vuelve á la vida con idéntico vigor y lozanía.

El fuego brilla en sus ojos, y en su cuerpo resplandece la belleza de la extinguida imagen. Mira dulcemente á Andro y le dirige su voz.

El Ave Fénix. — En mí encarna el símbolo de lo que llamáis Vida y Muerte, y á ambas debo mi existencia. Yo soy la Acción, y mi esencia es el Dolor. Cuando llegue mi hora, resurgirá la Vida.

XV

En el espíritu de Andro se revela el misterio de la existencia material. En su Inconsciente vivía el sentimiento, pero la idea no había cristalizado en su alma. La Verdad le conforta, y avanza lleno de fe en el camino de la Pureza.

XVI

Una inmensa Laguna surge á su paso, y le impide continuar su viaje. Sus aguas se agitan constantemente, y en sus orillas se observa una multitud de seres dominados por el terror. Una legión de Dragones de horrible aspecto les persigue para obligarles á sumergirse en el seno de las aguas, y la infeliz muchedumbre corre de un lado á otro intentando escapar al furor de los Monstruos. Pero la huída es imposible: de una parte está el agua; de otra las horribles fauces de las fieras. Finalmente, sucumben al furor de sus perseguidores y uno tras otro se van precipitando en el Abismo. El sacrificio se consuma y la Laguna Estigia engulle su cotidiano alimento.

Las víctimas siguen la dirección que les imprime la corriente sin sumergirse en el fondo.

XVII

A la orilla llega el Obcecado. Su marcha es impetuosa y su rostro desencajado. Por su voluntad intenta precipitarse en el Vacío sin que haya llegado su tiempo.

Le detiene en su ciego curso un terrible Dragón.

El Dragón. — ¿Quién eres tú que intentas penetrar en el Averno sin ser llamado?

El Obcecado. — Huyo de una pena insoportable, y no necesito de vuestro permiso para acabar mis martirios; por mí mismo voy á ponerles fin.

El Dragón. — ¡Desventurado! Por tu voluntad te sepultas en el fondo de estas aguas, pero no encontrarás en ellas el descanso; de ellas resurgirás para sufrir de nuevo tu destino. No esperes seguir en su camino á la Grey Inmolada, porque á ti te está prohibido el paso de esta Laguna.

El Obcecado no escucha estas proféticas palabras y se precipita en las aguas. Pero su cuerpo es pesado y se hunde en el Abismo.

XVIII

La monstruosa Legión continúa su obra devastadora; su voracidad es insaciable, y sus fuerzas jamás se agotan en la constante persecución que efectúan. El ejército sacrificado es infinito: la multitud se renueva incesantemente para perderse en el olvido.

Andro avanza hasta la orilla. Su majestuoso aspecto contiene á la aterrorizada muchedumbre; las fieras enmudecen y le miran asombradas. Con paso firme y seguro se introduce en el Lago; pero su cuerpo no se sumerge, sino que lo atraviesa como si su superficie estuviera formada de tierra firme. Las dos huestes enemigas le contemplan maravilladas, y por un momento se suspende la obra de la destrucción.

XIX

Llega á la orilla opuesta y penetra en una oscura caverna. En su fondo se destaca la tétrica imagen de la Reina del Averno. Su aspecto aterroriza á los mortales, pero Andro ve en ella la cariñosa Amiga que ha de salvarle.

La Muerte. — Hasta mí llegaste conservando

la terrestre forma: con esto demuestras tu voluntad y tu pureza. Dime qué es lo que intentas.

ANDRO. — Vivir en tu seno.

LA MUERTE. — ¿Acaso buscas en mí el olvido de tus penas? ¿Huyes, quizás, del Mundo?

ANDRO. — Jamás huí del peligro ni esquivé el dolor. La tristeza laceró mi alma en muchas ocasiones, pero nunca aniquiló la fuerza de mi voluntad. Ante mí surgieron horribles espectáculos y monstruosas escenas; la esencia del Mundo se reveló á mi espíritu y he penetrado el arcano de sus entrañas. Largo y penoso ha sido el viaje, pero me siento con bríos para rehacerlo tantas veces como sea preciso; ya ves, pues, que no es el temor lo que me conduce á tu morada.

Sigo mi curso y no puedo desviarme de la dirección que se me señaló. En mi camino te encontré y por eso cruzo tu Reino: si no soy digno de que me recibas, continuaré mi peregrinación hasta lograrlo.

LA MUERTE. — Tu expiación ha terminado. En mí se purificará tu espíritu de la ilusoria corteza.

XX

La AMIGA abre amorosamente sus brazos. En su cuerpo se proyecta la celeste LUZ, y la espantosa Imagen se convierte en adorable Visión.

ANDRO se precipita en su seno y se funde con ella en eterno abrazo.

CANTO VI

FUSIÓN

I

El Viajero siente por vez primera la Libertad en su espíritu, y cruza el Antro tenebroso sin pisar el suelo, porque el medio en que se mueve es más sutil, y el peso del cuerpo no dificulta los movimientos de su voluntad.

II

Y al salir de la cueva ve la Luz; pero el Cielo está encapotado y una espesa niebla rodea á la Tierra. Su voluntad no alcanza á disolverla porque el poder que ha de lograrlo reside fuera de él.

Mas detrás de las nubes adivina la existencia de algo que como un Imán le atrae. Fijos los ojos en aquella dirección consigue ver una Estrella en una región en que la capa de nubes es más tenue. Las gasas poco á poco se van borrando y la Estrella brilla; Andro la

contempla como si fuera el centro de atracción de todas sus energías.

III

El cielo se torna limpio y transparente. En su fondo azulado se destaca la luz rojiza de la Estrella, matizada de reflejos violados, amarillos y verdes. Pero Andro continúa circundado de una densa capa de vapor que le ahoga. Toda la fuerza que hace mover las constelaciones sería impotente para disolverla.

IV

Y sintiéndose débil ante la magnitud de su deseo, se recoge dentro de sí mismo y adora.

Los obstáculos que le rodean se desvanecen. El Mundo desaparece, y llega á perder la noción de sí mismo en el seno del éxtasis absoluto.

Su alma exhala un misterioso efluvio que se remonta en dirección de la Estrella; y á medida que se establece esta suave corriente languidecen sus fuerzas y se le escapa la vida.

La celeste Visión no produce en su ánimo

sorpresa alguna, antes al contrario imagina haberla visto brillar siempre, cual si fuera su eterna compañera. En ese estado de contemplación extática lentamente le invade un profundo sueño que llega á borrar de su espíritu las ideas de Espacio y de Tiempo.

V

Y ve oscurecer la ESTRELLA y brillar de nuevo por mil veces consecutivas; pero su luz es cada vez más bella y más pura, como si caminase para reingresar en el seno del INCREADO.

Y él es siempre consustancialmente uno con la ESTRELLA: conforme ella se eleva, él se eleva; conforme ella se purifica, él se purifica.

El Nombre maldito se borra de su esfera, y lo sustituye una Celeste palabra.

VI

De pronto siente dentro del alma un influjo avasallante que le inculca la idea de Acción.

La gestación fué larga, como la vida de una Nebulosa; pero el parto es breve, como el rayo que surge del seno de una tempestad.

VII

Y ve á la Estrella en todo su esplendor, como si el conjunto de sus rayos se proyectaran sobre él. Ya no alumbra á los seres de la Tierra: nadie la puede ver más que él.

Un ruido de mil truenos y un fulgor de mil relámpagos se produce en el Cielo. Y cesa la Noche, resplandeciendo un día perpetuo; se detienen los astros en su curso, y se apagan para siempre sus destellos; porque en lo alto reina Uno cuya luz lo ofusca todo. En el mundo cesa la acción porque la Vida se encarna en la Grande Estrella.

VIII

Y las dos esencias se compenetran en una sola y única para vivir eternamente.

IX

El Dualismo se aniquila y Andrógino reingresa en su Morada.

CANTO VII

HOSSANNA

I

El Aura de la Beatitud inunda los espacios. La atmósfera es pura y transparente. En la inmensidad del Eter resplandece perpetuamente el Día, y los destellos de su luz se proyectan sobre el Universo.

En lo alto se divisa la misteriosa senda que conduce al Empíreo semejante á una vaporosa faja formada de finísimos corpúsculos de oro volatilizado. El celeste camino dibuja en el espacio una inmensa espiral que conduce al Sacro Montículo donde descansa la Mansión de la Pureza.

Innumerables legiones de Angeles de nítido plumaje flotan en torno al Divino Palacio y lo ocultan en el seno de una nube de inmaculada blancura.

En la parte más baja del espacio se destaca el Santo Ejército de los Querubines formando la vanguardia de la legión celeste y en primer

término se observa á ZOFIEL, ITURIEL y ZEFÓN en respetuosa actitud ante el Arcángel URIEL.

II

URIEL. — Mi Ejército está todavía en pie de guerra dispuesto á batirse, pero el Enemigo está extenuado por la derrota.

En la tremenda batalla mi división peleó con la esperanza que inspira la justicia; el combate fué horroroso y la victoria no se decidía por nosotros. Rafael luchó también con igual empeño; pero ni uno ni otro habríamos podido vencer, porque Miguel, nuestro general, no podía aniquilar al Adversario.

En aquellos tres lúgubres días el destrozo fué horrendo; el furor de la Ambición era igualmente intenso que la beatitud de la Fe. Pero apareció el Ungido y bajo su mando resplandeció nuestro triunfo: la tétrica Caverna abrió su boca y engulló á las legiones malditas para siempre.

Solamente el Engaño puede atravesar la Muralla que edificó el Orgullo; pero pronto es descubierto su artificio; porque el Manto que lo cubre no puede resistir el fulgor de nuestra luz.

Debemos vivir constantemente en guardia para ponernos á cubierto de las asechanzas que nos tiende nuestro Enemigo. En las tinieblas urde sus tramas con el objeto de ponerlas en práctica luego en nuestro Reino; pero su empeño es vano, porque nosotros velamos eternamente.

¡Zofiel! ¡Ituriel! ¡Zefón! ¡Mis predilectos Querubines! Continuad vuestra misión de vigilancia y no os fiéis del letargo en que yace el Hijo Maldito, porque es tan engañoso como todo lo que en él se origina. Estad atentos; porque con esta aparente tregua intenta adormecernos; mas no realizará sus designios. Eternamente doblegará su cerviz ante nuestro poder, porque en la hora terrible se le condenó á un tormento tan grande como su pecado.

Zofiel, Ituriel y Zefón. —Confía en nosotros, General; jamás el sueño cerró nuestros párpados.

Uriel. — Voy á cumplir un celeste mandato, y, á mi vuelta, espero traeros felices nuevas.

La esencia inmortal va despojándose del ropaje que la mancilló dentro del curso del tiempo, y su purificación está cercana: yo os lo vaticino. Bien pronto llegará hasta vosotros una prueba palpable de lo que os digo. Dentro de poco llamará á las

puertas de nuestro Templo un nuevo hermano: recibidle cariñosamente y procurad que su camino sea fácil y expedito.

Zofiel, Ituriel y Zefón. — Te obedeceremos. Que la celeste luz guíe tus pasos.

Uriel despliega sus alas y se remonta en el espacio para seguir su misterioso camino.

III

Zefón. — El Horizonte es claro y despejado: ni el más leve celaje empaña la atmósfera. La quietud impera en el Cielo.

Ituriel. — El reposo es nuestra aureola, y en nuestros dominios no resplandece más que la radiante luz; pero no todo está en calma. Nuestra vista no alcanza á vislumbrar lo que ocurre á la otra parte del infranqueable muro: en su negrura se agita en incesante actividad el Hijo del Caos. Recordad la advertencia de nuestro Jefe y no fiéis en el ficticio quietismo de nuestro Enemigo.

Zofiel. — Por esto vigilamos; pero presiento que tarde ó temprano ha de llegar el descanso absoluto. El vaticinio de Uriel infiltra en mi ser la esperanza de horas más

felices. El Poder Nefasto se desmorona de día en día, y la obra redentora progresa.

ITURIEL. — Cuanto más próxima esté la victoria, más apercibidos debemos estar para la lucha. Solamente así evitaremos que se malogre.

ZEFÓN. — Hermanos míos: reparad en el luminoso espíritu que hacia nosotros dirige su vuelo. Su etérea sustancia nos demuestra que es semejante á nosotros; pero su aleteo es débil y su curso vacilante. Con su errátil dirección indica desconocer la senda que conduce al Celeste Alcázar.

ZOFIEL. — Quizás sea el viajero que esperamos. Uriel nos predijo su llegada.

IV

ANDRÓGINO, ofuscado por la aureola de luz, asciende con lentitud por el espacio á favor de sus alas; pero en sus inexpertos movimientos demuestra que desconoce todavía su perfecto uso. Distingue los QUERUBINES y se acerca á ellos.

ZOFIEL. — Errante forastero, ¿cuál es el sitio de dónde procedes? ¿A dónde diriges tu vuelo? Contesta á nuestras preguntas por-

que tenemos derecho á interrogarte. La custodia del misterioso Palacio está confiada á nosotros.

ANDRÓGINO. — Vengo de la Esfera Maldita, pero conseguí lavar mi cuerpo de su lodo; apenas conserva el recuerdo de su impureza. Una parte de mi ser consumó en sí misma un generoso sacrificio y me sentí desposeído de ella, pero la otra se hizo pronto digna de recobrar el bien perdido actuando bajo el imperio de su fe y su voluntad. Me devolvieron lo que era mío porque lo conquisté con mi esfuerzo, y desde entonces me siento en la completa posesión de mí mismo.

Llegué aquí porque este punto está en mi trayectoria; y espero continuar mi camino hasta alcanzar el sitio que me está destinado.

ZOFIEL. — De tus palabras se desprende que ignoras el lugar á donde te diriges.

ANDRÓGINO. — En efecto, lo ignoro. Pero no se ha extinguido en mí el deseo de la Vida, y espero apagarlo en el seno de lo desconocido. Vuestra presencia me asegura de que no erré el camino, porque veo resplandecer la luz que ansío. Cuando he subido hasta aquí es que mi condición no debe ser muy distinta de la vuestra, aunque

claramente veo la diferencia que nos separa.

ITURIEL. — Bien se ve que no conoces tu verdadero estado; mas nosotros te lo revelaremos.

Tu sustancia es idéntica á la nuestra; tu brillo es el mismo, y dispones también de las sutiles gasas que nos permiten trasladarnos rápidamente de un extremo á otro del espacio; pero la novedad que te causa tu actual condición te impide ver claramente tu propio resplandor. Nosotros seremos tus compañeros y con nuestro auxilio descifrarás el enigma.

V

Aparece RAFAEL. Su aspecto es majestuoso; la luz que irradia su cuerpo es más intensa que la que proyectan los QUERUBINES, y su fulgor la disipa.

Con la diestra empuña la centelleante espada, y sus alas se mantienen desplegadas mostrando la nitidez de su blancura.

Los QUERUBINES se inclinan respetuosamente y ANDRÓGINO le mira asombrado.

RAFAEL. — Por fin llegaste á nuestro Reino, ¡oh,

desventurado peregrino! Mírame bien, y esfuerza tu memoria en recordarme.

En las horas difíciles de tus primeros pasos por el Mundo velé tu sueño y el de la funesta Amiga que ahora te completa. Hasta ti descendí para prevenirte del peligro que te amenazaba; pero tú no me obedeciste, y tu flaqueza sucumbió al influjo de la Hechizada.

Quien te perdió entonces te ha salvado con su sacrificio en tu última hora; y en este instante volvéis á ser dos en uno, como cuando nacisteis á la realidad. Bien venido seas á esta morada; de hoy más serás nuestro hermano.

¡Querubines! ¡Leales soldados del victorioso ejército! La hora suprema se acerca; en breve llegará el descanso. Uníos á mí para entonar el sacro Himno, hermanos míos.

Venid al celeste Atrio donde se quema el incienso en loor de nuestro Padre; el santo coro angelical os espera. Guiad, ¡oh, Querubines! á la nueva voz que ha de perfeccionar la misteriosa Harmonía.

VI

RAFAEL se eleva en el espacio, y los QUERUBINES y ANDRÓGINO le siguen á respetuosa distancia.

A medida que van ascendiendo, el éter se sutiliza y la luz se torna intensa y pura, como si se acercaran al foco que la engendra.

En lo alto resplandece la imagen del CORDERO, y sobre su cuerpo se proyecta la celeste emanación que irradia el Infinito: sus vibrantes ondulaciones se extienden por la Creación.

A sus plantas se inclinan siete alados Espíritus de inmarcesible pureza, y en torno á ellos se despliega el Santo Ejército, semejante á una inmensa planicie de inmaculada blancura.

La invencible Legión permanece inmóvil, en religioso silencio, esperando la celeste orden.

La calma es absoluta, la Beatitud reina en los espíritus, y la Paz despliega su manto sobre la Legión de los Bienaventurados.

Tras breves instantes la Voz del ALTÍSIMO resuena solemnemente en el espacio, y en el Sagrado Cuerpo del CORDERO brilla la redentora Gracia.

La Generosa Víctima esparce el Celestial

Efluvio por el Eter; el aura de la Clemencia satura la atmósfera de la Creación y el Ejército de los Santos aspira devotamente el aroma de la Pureza.

Las gasas se disipan, el Infinito se ofrece á las criaturas y el Reino del Cielo revela su misterio á los espíritus purificados.

La etérea Hueste vuelve sus ojos al Empíreo en acción de gracias y entona el Sacro Hossanna en loor de la Soberana Misericordia.

Infinitas nubes de incienso se remontan en el espacio y de su seno surge el misterioso Himno que eleva el Coro Angelical al Increado.

El Cántico es sublime, porque en su esencia se hermanan la Belleza y la Bondad. Su expresión es solemne, porque entre sus gasas flota la Majestad Divina.

En aquella inmensidad de Luz y Harmonía, las criaturas glorifican al Creador.

CANTO VIII

SOLEDAD

I

El Ilusionado emigró de la Tierra, y sus compañeros emigraron también, porque GINEA redimió en su cuerpo el alma pecadora de EVA é hizo posible la resurrección del Ser Puro.

ANDRÓGINO abandonó para siempre los dominios del LAGO MALDITO, y ahora la SOLEDAD extiende sus alas sobre aquel inmenso mar de sangre y cieno.

La HECHICERA despliega su manto en el Desierto y llora amargamente, sintiéndose impotente.

En su mortal angustia desafía locamente al Destino é intenta hacer retroceder la obra de aniquilamiento que amenaza devorarlo todo, porque su fuerza todavía es grande en la esfera de la Ilusión.

El Viajero ha terminado su expiación: las criaturas han desaparecido de la Tierra; pero la Hija Maldita las hará resurgir según su voluntad y poblará de nuevo el Mundo de adoradores de su ilusoria grandeza.

II

A su conjuro aparece el Megaloideo sobre la faz de la Tierra.

Su cuerpo es enorme, su fuerza hercúlea, y su durísima y escamosa piel resguarda el fuego que el sortilegio de su Madre encendió en su pecho de la inclemencia del hielo.

La visión de Andrógino despertó en la fantasía de la Condenada la idea de Unidad; pero en su alma se desarrolló de una manera tan falsa como su propia esencia, y el producto que engendró no es más que una engañosa sombra de la Verdad.

El Megaloideo es uno, porque se reproduce por sí mismo, mas no es eterno. Pero la Ilusión se goza en su obra porque su hijo no se verá jamás perturbado por el Deseo, y su vida será un perpetuo cántico de alabanza entonado en loor de su creadora. Unicamente ella será la hembra apetecida y la diosa venerada.

III

Pero la Derrota esterilizó su obra porque el fantástico animal tan sólo puede vivir en su

imaginación. Unicamente en ella está el sustento de su organismo, porque la inmensa sábana de hielo que cubre al Mundo no puede ofrecerle más que el frío de la muerte. De su superficie ha desaparecido hasta el recuerdo de la vida.

Al cesar el impulso inicial, el Megaloideo reingresa en el Antro del Engaño que lo produjo.

IV

La Eterna Rebelada no se considera vencida, y prosigue su tarea con la fiebre de la desesperación.

En su furioso desvarío se imagina haber encontrado el camino que ha de salvarla.

El emblema del Megaloideo se le ofrece como el espectro de un imposible; su vida era ilusoria; debía perecer necesariamente en aquella dilatada llanura de hielo.

No estaba en el imperio de lo grande el germen de su victoria, sino en el reino de lo pequeño; en el ser invisible podrá encontrar la Condenada el medio de continuar su obra de maldición.

Entonces aparece en su horizonte la imagen del Microideo.

Su nueva creación podrá vivir en el Desierto de la Inhospitalidad, porque el ardor que reciba de su madre en el acto de su nacimiento le dará energía para alimentar eternamente su pequeño cuerpo. Él perpetuará su gloria, porque su vida será semejante á la de las etéreas partículas que constituyen la trama de la materia; y como ellas perdurará.

A la voz de la Hechicera los Microideos flotan en el espacio cual inmensa nube de impalpables seres; el infinito enjambre exhala un rumor apenas perceptible, y sus ecos se pierden en la atmósfera. El majestuoso cántico con que esperaba arrullar su orgullo la ambiciosa Madre, se trueca en un deleznable zumbido. Así se glorifica su irrisorio reinado.

Los diminutos seres vuelan incesantemente por el aire; pero sus fuerzas se agotan en breve; el curso de su mezquina existencia toca rápidamente á su fin, y se precipitan, extenuados, en el lecho de la Inercia. Y la Ilusión se siente de nuevo derrotada.

En el espacio resuena una voz que solamente es perceptible para el espíritu de la Condenada.

La voz de los quiméricos animales. — ¡Oh, desventurada Madre! Tus hijos han perecido.

Lo grande y lo pequeño es igualmente ficticio en el Reino de la Ilusión; solamente perdura lo construído en la esfera de la Verdad.

Los últimos vástagos de tu estirpe envían, desde el Antro del Engaño, el postrer saludo á tu fantástica grandeza.

V

Pero la Soberbia no puede oir la voz de la Razón.

La Tristeza invade el ánimo de la HECHICERA, pero el Desmayo no se ha apoderado todavía de su voluntad.

En su derrota la ILUSIÓN se ampara en el ultimo refugio.

El pétreo reino todavía vive. La obra de aniquilamiento no ha podido llegar á las entrañas de la Tierra, y la Acción subsiste aún en el último baluarte del mundo de los minerales.

En medio de aquel estrago el átomo conserva su eterno movimiento é irradia la actividad que ha de hacer despertar de su letargo á sus soñolientos hermanos. En él se concentra la expresión más simple de la vida, y en su sencillez no anida la rebeldía ni el afán de

perfección: él la adorará eternamente. La Hechicera encuentra por fin sobre quien proyectar sus hechizos.

Llena de esperanzas penetra en el silencioso Reino, pero el terror y el espanto las desvanecen súbitamente.

Las fluidas corrientes no surcan sus entrañas: en sus lechos se helaron. La reacción paró su actividad; el cuerpo nuevo no se produce ya; y el letargo, precursor de la muerte, penetró en la esencia de las moléculas.

En el seno del agua cesó la obra secular de la cristalización, porque el líquido se solidificó; y el transparente cristal, imagen del ser vivo, allí yace inerte y solitario, como el humano esqueleto en la arcilla de las primeras capas terrestres.

VI

El proceso de la destrucción no puede detenerse; el audaz empeño ha producido un resultado estéril.

Lo que ha sido no volverá á ser, porque nada puede oponerse á la marcha de los sucesos.

Por primera vez el presagio de la Verdad penetra en el seno del Engaño.

VII

La Hechicera se introduce en el corazón de su Hija predilecta en busca del sacro fuego inextinguible. Todavía brilla, pero su energía decrece: lo que fué refulgente llama es ahora mortecina luz.

Los corpúsculos que formaban la vívida columna oscilan lentamente, porque el imán de sus polos va perdiendo la magnética fuerza, y el fulgurante cometa se trueca en fuego fatuo. El aire es glacial.

El orgulloso Mago que gobernaba el sacrílego Laboratorio ya no existe: su cuerpo yace inanimado. Solamente se observa la Sombra que creó su ambición silenciosamente ocupada en su imposible tarea.

La Ilusión. — Mi Hijo descendió al Averno, pero no pierdo la esperanza mientras tú continúes su obra.

La Sombra. — Aunque no existo en la Realidad, tengo conciencia de mi verdadero estado, y por esto sé que mi empresa es ilusoria.

La esperanza desapareció cuando el Rey de este Antro cerró sus párpados. Si

yo subsisto todavía es para perpetuar dentro del Tiempo el recuerdo de un deseo maldito. Quien me creó inmortalizó en mi esencia su soberbia; pero mi hora llegará y cesará el tormento.

El desconsuelo de la HECHICERA es espantoso. Ni aun en el fondo del Abismo encuentra un ser en quien ejercer su influjo.

VIII

La ILUSIÓN sube de nuevo á la superficie terrestre y llora amargamente ante el recuerdo de su esplendor.

El LAGO MALDITO se congeló, y en su seno permanece inanimado y frío el monstruoso cuerpo de la HIDRA. Quien reinó sobre la humana miseria, impera ahora sobre el vacío de la Muerte.

La SELVA ENCANTADA se borró del Mundo. En el fondo de la nieve está sepultada la mágica DEESA junto á la flor del Loto, y nadie podría descubrir el sitio en donde reposan, porque la capa de hielo que cubre á la Tierra es inmensa y uniforme; sus límites se confunden con el horizonte.

Sobre aquella dilatada llanura destaca so-

lamente una pequeña elevación: el mezquino montículo fué, en el pasado, eminencia inaccesible. Sobre él se asienta todavía el áureo Palacio casi enterrado en los albos copos.

Sus patios están desiertos; el húmedo vapor empañó el brillo de sus paredes y las cubrió de congelada escarcha.

La omnipotente Fragua está apagada. El recuerdo de la grandeza reina tan sólo en aquel campo de soledad y de muerte.

La AMARGURA invade la esencia de la ILUSIÓN.

IX

VARUNA cubre á la Tierra; pero su tachonado manto ha decrecido en esplendor. Los nítidos brillantes que se engarzaban en sus mallas se han convertido en opacos planetas que apenas reflejan la luz del Astro aun subsistente; y su mezquino resplandor va poco á poco menguando como si vaticinara su próxima extinción. Su brillo palidece, y á cada instante se oculta un nuevo punto luminoso en las sombras del Olvido.

Pronto reinará el Caos en el firmamento.

X

Asoma en Oriente la vaporosa AHÍ. La SERPIENTE CELESTE avanza en su camino, y en breve se dibujan en el espacio los vagos contornos de su nebuloso cuerpo. A medida que se acerca aumentan portentosamente sus dimensiones, hasta llegar á transformarse en una gigantesca nube. Su figura es tortuosa, y en su viaje traza inmensas espirales en el cielo. Se cierne sobre el Mundo y reina en su cenit, de Oriente á Occidente, como una colosal serpiente que se extendiera de un extremo á otro del firmamento.

En el Norte aparece SUSHNA y en el Sur VRITRA, sus dos hermanas, en rápida marcha, hasta juntar sus gasas con las de AHÍ.

Las vaporosas nubes cubren por completo á la Tierra con su espeso manto.

XI

VAYÚ se encuentra aprisionado entre sus mallas: en el seno del aire se ahoga el AIRE.

Los MARUTS intentan disipar la gaseosa envoltura, pero su esfuerzo es estéril, porque la

débil brisa no puede desvanecer el poder de la FATALIDAD.

RUDRA se agita violentamente para proteger su energía; el impetuoso Hurarán desencadena su furia para vencer al Enemigo, pero sucumbe en la lucha, y su cuerpo gigantesco cae aplastado en brazos de la Derrota.

La SERPIENTE CELESTE reina majestuosa en el espacio.

XII

ASSURA. — El frío se introduce en mis entrañas, y presiento que mi hija ADITI se morirá en mi regazo.

VACK. — Pronto la misteriosa PALABRA será borrada de la Creación.

El Símbolo que yo encarnaba era inmenso: en él se fundían los infinitos poderes de la Naturaleza. Pero mi fin está próximo, porque en breve habrán desaparecido los que me dieron el ser.

En vano pugnó RUDRA para salvarnos. Abatido en la lucha, no alcanzó á destruir el DESTINO que pesa sobre nosotros.

La SERPIENTE CELESTE presagia nuestra ruina. Sobre nosotros se cierne, y no podremos ahuyentarla.

Prisni. — La Funesta Consejera aspira á la redención; pero antes de disiparse en la noche del Reposo quiere presidir la destrucción del Engaño que creó su hechizo. Hasta que la Desviada encuentre la senda recta, no podrá ella reingresar en el Arcano del No Ser.

XIII

El celeste Resplandor se oculta para siempre del firmamento, y en el alma de la Ilusión se desvanece el último destello de la esperanza.

CANTO IX

CLEMENCIA

I

La luz irradia débilmente sus vibraciones por el éter, y el Universo parece próximo á desvanecerse entre las Gasas del Caos.

INDRA vaga errante por el espacio, sentado en el que un día fué resplandeciente Carro; pero las sombras de la Muerte han sustituído á la ígnea aureola, y el Poderoso busca afanosamente el fuego que se extinguió.

El Coche está atascado; sus ejes se enmohecieron y las ruedas permanecen inmóviles, á pesar de la violencia con que el fiel MATALI fustiga á los briosos troncos que pugnan por arrastrarlo.

Los fogosos animales, cuya belleza asombraba al Mundo, no conservan ya su vigor: su cuerpo está extenuado por el cansancio. Su aspecto es triste; los copos de la nieve se extienden sobre la amarillenta seda de su piel; su airosa crin de oro se ha convertido en blanquecino penacho, y las sutiles hebras que

la forman caen ahora pesadamente sobre su cuello.

La impotencia dobló su cerviz, y en sus ojos se pinta el abatimiento. El aire frío hiela la sangre en sus pulmones, y su respiración se torna fatigosa y anhelante. En vano lucha el animoso Cochero: los nobles brutos se niegan á realizar esfuerzo alguno; y MATALI deja por fin caer la fusta de sus manos, sintiéndose vencido.

II

MATALI. — Nuestro viaje se va haciendo cada vez más penoso.

El espacio se extiende inmenso ante nosotros, pero su vista aumenta aún la tristeza que nos domina, porque no podemos atravesar su anchura.

Al paso que decrece nuestra fuerza, disminuye el brillo que antes inundaba el éter.

La funesta Visión nos presagia horas de amargura. ¡Oh, dueño y señor mío!; tu poder se eclipsa. Pareces un esclavo, cuando antes imperabas como rey absoluto.

INDRA. — Sé valiente, compañero mío, y no

permitas que el Desmayo se introduzca en tu alma.

Mi fuerza es eterna, y el Ocaso que temes será pasajero. Mis caballos pueden perecer, pero yo crearé otros nuevos de más radiante hermosura; y por mi voluntad se encarnará otra vez la Prudencia en tu persona para que les sirvas de guía. Tengamos confianza, y prosigamos nuestro camino porque la Victoria no puede abandonarnos.

III

MATALI fustiga de nuevo á los caballos. El áureo tronco reproduce sus esfuerzos, y arrastra penosamente el CARRO de la MISERIA.

La oscura silueta de INDRA se destaca tristemente en el espacio. El que un día fué Monarca poderoso, parece ahora un harapiento mendigo.

IV

PRISNI está solitaria y meditabunda. La vida desapareció de su cuerpo, y su corteza es un helado desierto.

Los pecados de sus hijos fueron monstruosos é innumerables, pero el curso de la expiación ha sido largo y su resultado será fecundo.

La esencia que la constituye ya no es la misma que le legó su Madre al venir á la ilusión, porque el Dolor la ha transformado, convirtiendo el cenagoso fango en humana ceniza.

V

De barro la construyeron; mas el barro se hizo carne.

La carne delinquió, pero la amargura acibaró su existencia y la Parca se apoderó de sus despojos.

Los detritus orgánicos de mil generaciones extinguidas volvieron al seno de su Madre, y la ilusión de la VIDA se fundió en la verdad de la MUERTE.

VI

La Tierra se presentaba á la luz potente y seductora; pero su esplendor era ficticio, porque en sus entrañas guardaba los residuos de la destrucción.

La aparente belleza que esmaltaba su cuer-

po ocultaba la triste realidad de un vasto y desolado cementerio.

VII

Los huesos de sus hijos yacen en espantoso abandono en su corteza sobre el húmedo lecho de la carne corrompida.

En el largo proceso de la Acción no quedó una sola partícula del maldito barro que no hubiese vivido en el seno de un cuerpo humano.

En la conciencia de PRISNI resplandece esta verdad, y se contempla á sí misma como un inmenso cadáver.

En el recuerdo del dolor cifra su ansia de redención.

VIII

PRISNI. — ¡Oh, Indra! ¡Llegó por fin el momento deseado! El Ovillo parecía no tener fin, y no vislumbraba el tiempo en que acabaría la Tela que me condenaron á tejer. La labor ha sido penosa, pero logré terminarla, y presiento que mi martirio cesará en breve.

INDRA. — Acabaste tus penas para comenzarlas de nuevo, porque tu Ovillo se reproducirá y volverás á urdir eternamente el misterioso Lienzo.

Tu reposo será ilusorio porque en la Inmensidad va á reflejarse lo que aconteció en la Pequeñez.

Como se borraba un día lo que afanosamente habías tejido el anterior, así se desvanecerá ahora toda la trama de la Tela. ¡Oh, Prisni! No es tu vida la que va á terminar en este instante. Este inmenso lapso de tiempo no representa más que un día en la infinita curva de tu existencia.

Tu destino es la esclavitud; únicamente yo reino en el ambiente de la Libertad.

PRISNI. — Pero tu esplendor decrece y apenas eres una pálida imagen de lo que fuiste. El recuerdo de tu gloria te ciega y no te das cuenta de la miseria en que te precipitas.

INDRA. — Jamás podrías penetrar el arcano de mis palabras, porque tu condición es mezquina. Quédate en tu lóbrega prisión, que yo me voy á volar por un espacio cuya grandiosidad no puedes comprender.

IX

El vaticinio de Indra produce en el ánimo de Prisni un intenso desconsuelo.

En aquel estado de profunda aflicción se le aparece un Deva y le dirige su voz.

El Deva. — ¡Oh, Prisni! Tus súplicas han encontrado clemencia, y el eco de tu dolor repercute en el Cielo.

En tus entrañas guardas el recuerdo de las penas de tus hijos. En ellas se mezcla el licor de la abominación con las lágrimas de los martirizados: el crimen y el dolor se cristalizan en tu seno.

Pero mientras la inerte masa que los eterniza se ha petrificado con el frío de la muerte, arde todavía entre sus mallas el Santo Fluido con que la roció el Voluntario Sacrificio. La sangre de la Hostia no ha podido corromperse; el Fecundante Humor no se perderá en las sombras del olvido.

Las legiones que tú engendraste han recibido ya la Gracia, y en ti se redimirá la memoria de sus despojos, por virtud de

la sangre del Inmolado. Por el Sagrado Depósito que guardas en tus entrañas te redimirás tú misma.

La Ilusión desaparecerá, porque no ha conocido el Dolor, pero la Ilusionada vivirá eternamente.

X

Prisni se concentra en sí misma, se desvanece su memoria, y se eleva hasta un estado de beata contemplación.

En actitud humilde ofrece al Cielo la sagrada Tela en cuya confección ha consumido su existencia. La Gracia fluye sobre su cuerpo; y en medio de aquel Caos se proyecta sobre su imagen la celeste Luz.

Su corteza se quiebra en infinitos trozos produciendo en el espacio un horrísono estruendo; y las menudas partículas en que se convierte su gigantesco cuerpo se disipan en el aire.

En el Éter flota el Misterioso Lienzo, y la Luz Increada resplandece sobre él con creciente intensidad.

Los sutiles hilos de su trama se enrojecen al influjo del Infinito Ardor, y el sacro

TEJIDO se consume en el seno de la INMENSIDAD.

La misteriosa LLAMA brilla por un momento y se desvanece en nubes de incienso que pausadamente se elevan hacia el Cielo.

CANTO X

TINIEBLAS

I

La deliciosa ARJUNI espera sentada en su Carro la soberana orden que ha de hacerla surgir á la luz; pero la inquietud invade su espíritu al observar el silencio que impera en el Universo, pues la voz del Rey de los espacios no ha resonado aún.

ARJUNI. — El tiempo pasa y el cotidiano mandato no llega á nuestros oídos: algo grave acontece en el Mundo.

Muchas veces las nubes ocultaron á la Tierra nuestro resplandor, pero á pesar de ello brillábamos en lo alto. Mas hoy permanece mudo el poderoso Indra, y el celeste Savitri parece dormir el sueño eterno, puesto que no nos despierta con el ardor de sus rayos.

II

Su dueño, el Crepúsculo, escucha silencioso sus lamentos; gira la vista en derredor, y no alcanza á descubrir en el horizonte la imagen del fecundante Savitri.

Lleno de amargura contempla el triste aspecto con que se muestra Arjuni. La encantadora hija del Sol ya no irradia la tenue luz de la alborada; su destello se ha extinguido. Su rostro palidece, y su sedosa cabellera cae aplomada sobre sus hombros, cuando antes flotaba gallardamente á impulso de la brisa de la mañana.

El Aswin matutino. — La noche es larga y tétrica; jamás conocí otra igual en la negrura del Invierno.

III

Hasta ellos llega la lastimera voz de la Aurora.

Ousha. — ¡Oh, Arjuni, vaporosa predecesora de mi esplendor! ¿por qué te detienes en tu camino?

ARJUNI. — Contémplate á ti misma y no me preguntes el motivo de mi quietismo. La rosada luz del Día no se refleja aún en tu cuerpo de diosa, cuando debiera irradiar ya por el espacio infinito sus matizados tonos. Nuestro Padre duerme, y nuestro Jefe permanece en su nocturno mutismo. La voz de Indra no resuena ya en el Eter, y la sombra de la muerte se cierne sobre nosotros.

IV

OUSHA eleva sus ojos hacia el cielo, como intentando descifrar el misterio. El manto de la Oscuridad la envuelve, y apenas se descubre su presencia por los reflejos que lanzan sus ojos.

La NOCHE reina sobre la AURORA.

V

INDRA continúa su desdichada marcha en brazos de la ruina. El fuego universal se va apagando, y el brillo de su flecha se ofusca, quien fué dueño del rayo no alcanzaría ahora á iluminar su miserable senda.

Se le aparece Twachtri, y su presencia le recuerda una hora de suprema amargura; pero el hijo de Agni ya no es como entonces luminoso; su cuerpo es opaco, y en él no brilla el germen de la Acción.

VI

Indra. — El poder se aniquila en mis manos, inútilmente quiero detener el Estrago que se cierne sobre mi majestad.

Mi arco es todavía potente, pero en su flecha no fulgura ya el rayo. Acuérdate del bien que me hiciste en un momento solemne, y préstame de nuevo tu auxilio: en mí volverá á glorificarse tu fuerza.

Twachtri. —Agni oscurece. La ardorosa llama se ha trocado en ascua mezquina é imperceptible que amenaza extinguirse del todo.

Te serví un día con lo que me era propio, pero ahora no puedo ofrecerte lo que no poseo.

El frío me invade y siento aproximarse mi última hora, porque mi dueño no me alimenta ya: con su ocaso desaparecerá mi vida.

Twachtri se pierde en la espesura.

VII

INDRA dirige su mirada hacia el reino de SURYA, pero en vano le busca en el espacio, porque sus rayos no brillan ya.

No se considera aún vencido, pero el presentimiento de la Derrota se introduce en su espíritu.

En aquel estado se le aparecen los DEVAS en su forma primitiva y su azulada luz se destaca en medio de la oscuridad.

LOS DEVAS. — ¡Oh, desventurado Monarca, sempiterna imagen del Orgullo! ¿Dónde está tu poder? ¿Dónde está la llama con que amenazaste ofuscar nuestra luz? Nuestro brillo es tenue, pero en medio de este Caos se convierte en refulgente antorcha.

INDRA. — No alcéis aún triunfante vuestra voz, porque mi imperio no está por completo eclipsado.

LOS DEVAS. — Pero toca á su fin. En tu miseria actual te considerarías dichoso si pudieses nutrirte con nuestra esencia; pero no es posible porque nuestro origen es distinto; por esto somos superiores á ti.

La Verdad nos engendró, mientras que

tú naciste del Engaño. Nuestro espíritu es inmortal, y el Padre que nos dió el ser nos impuso el deber de vivir en la esfera de la Ilusión para que siempre flotara un destello de la Luz verdadera entre las sombras del hechizado manto.

Nuestra obra ha sido larga, pero al fin hemos vencido, porque Prisni se ha redimido por el sufrimiento.

Tú y tus hermanos desapareceréis cuando se aniquile vuestra Madre, mientras nosotros reingresaremos en el Reino del Ser.

El presagio de los Devas aumenta el terror en el alma de Indra, pero no logra borrar por completo el resto de esperanza que le anima.

VIII

La Harmonía desaparece del Universo, y el Desorden extiende por doquier sus alas devastadoras.

Los Riswadevas corren aterrorizados por el espacio. Su número es infinito, y cada uno lleva en sus entrañas el símbolo de una fuerza.

Huyen despavoridos del peligro que se avecina, y la confusión que se produce es horri-

ble, porque la inmensa legión se desparrama por el éter sin rumbo ni objeto, como si la muerte amenazara devorarla.

Los que antes se miraban como hermanos, chocan entre sí, en su ciego curso, y se destruyen con el ansia loca de una salvación imposible.

El ejército de los dioses semeja una muchedumbre en espantosa derrota.

INDRA. — ¡Oh, Riswadevas, dioses inmortales! ¿Cómo corréis desatinados cual si fuera llegada vuestra última hora? ¿Creéis que existe algún poder capaz de exterminar vuestra esencia eterna? ¿Cómo desmentís cobardemente vuestra alta condición? Desechad el miedo que os domina y oid el acento de mi voz.

IX

Los RISWADEVAS se detienen en su desenfrenada carrera al escuchar las palabras de INDRA, y se reunen en torno á él describiendo un inmenso círculo.

LOS RISWADEVAS. — ¡Oh, Indra! Jamás te abandonó la confianza porque nunca

fuiste vencido; pero esta vez experimentarás la amargura del fracaso, porque nuestra ruina es segura.

Indra. —Mientras no se extinga el rescoldo puede reanimarse el fuego; las cenizas que lo cubren no se han enfriado todavía. El sacro fuego que Agni comunicó á mi flecha se ha aniquilado, pero su energía se encarnó en la esencia de Surya, y en ella brillará perpetuamente. El sol guarda el ígneo depósito, y con su ardor nos devolverá la vida que se nos escapa: únicamente él puede salvarnos.

¡Hermanos míos! unámonos todos para entonar en su alabanza el Cántico de la Vida. Así despertaremos al que duerme, y renacerá nuestro esplendor.

Los Riswadevas acatan el mandato de Indra, y juntan sus voces en fervorosa plegaria.

X

Los Riswadevas.—¡Oh, resplandeciente Surya! Ostenta de nuevo en el espacio la majestad de tu gloria, disipando con tus rayos las tinieblas que nos circundan. Resurge del Caos y muéstrate á la luz.

¡Oh, Potente Savitri, inmortal creador! Difunde tu energía por el Universo. Las criaturas que adoraban tu imagen perecieron ya. Las Esferas se helaron, y la muerte asoló sus fértiles cortezas: no permitas que el estrago se extienda hasta los dioses, ya que en tu esencia se oculta la Fecundidad.

¡Oh, divino Puchan; Arca misteriosa donde se guarda el alimento eterno! Tus hermanos padecen hambre. Inflama con tu ardor la sacra semilla para que crezca el árbol y fructifique.

¡Oh, bondadoso Mitra! Perpetuamente fuiste nuestro amigo, y la gratitud con que siempre te veneramos recompensó los beneficios que nos otorgaste. No nos abandones en nuestro miserable estado.

¡Oh, afortunado Bhaga! En ti brilla el destello de la Grandeza, mientras nosotros nos precipitamos en el Antro del dolor. En la suerte que jamás te ha abandonado fiamos nuestra salvación.

¡Oh, Aryaman poderoso, Príncipe batallador cuya frente coronó siempre la

victoria! No desmayes en la última batalla, porque tu derrota aniquilaría una legión de dioses.»

¡Oh, celeste Vichnú, infatigable viajero del Eter! Despierta de tu sueño, y emprende de nuevo tu sempiterno curso. En Oriente aparecía tu gigantesca imagen; tu ascenso era vertiginoso, como la marcha del huracán; desde lo alto proyectabas tus rayos hacia el Infinito, dominando el Cielo, y atravesabas la inmensidad del espacio con tus tres majestuosos pasos. Oye nuestra humilde Plegaria, y reproduce tu misterioso viaje, porque en ti se cifra el último destello de nuestra esperanza.

XI

El religioso cántico resuena en las alturas, pero nadie responde á sus ecos porque SURYA está sumido en el letargo precursor de su aniquilamiento.

El Sol no brillará ya más sobre la faz del mundo.

El Terror petrifica el alma de los RISWADEVAS.

XII

INDRA. — ¡Hermanos míos! Nuestra oración ha sido estéril porque el fuego sagrado se ha extinguido; pero resurgirá después de las tinieblas.

En este solemne instante debo revelaros el misterio de la Creación.

Todo el inmenso curso de lo que habéis creído perpetua realidad, no representa más que un día, en la infinita extensión de la Vida, y el ocaso que teméis no es más que un momento de reposo dentro de la eterna Acción.

Prisni se ha aniquilado, y todas las Esferas seguirán su suerte. Las menudas partículas en que vendrán á parar los mundos vagarán errantes por el espacio por breve tiempo, hasta formar de nuevo los ígneos globos que las originaron, y en el Caos brillará una vez más la Luz. La historia de vuestra existencia se ha desarrollado en el término de un día: vuestra vida ha durado un momento. Pero el número de instantes que forman la curva del Tiempo es infinito. Todo perece en la realidad; únicamente yo soy eterno: en mi seno reviviréis todos.

XIII

Aparece ABROTALIA. Su majestuosa imagen reina con todo su esplendor en el PRESENTE.

ABROTALIA. — ¡Indra orgulloso! El Engaño echó en ti hondas raíces; por eso el instante en que comprendas la Verdad marcará el término de tu vida.

Los días fueron largos, y su número incontable; mas como feneció uno fenecerán todos, porque su idea está dentro del Tiempo.

Sobre tu altiva cabeza me ves reinar, y esto te hará comprender que ha llegado la hora de mi gloria y el fin de tu grandeza. En el seno de tu Padre te aniquilarás, como se exterminará él entre las gasas de la que le creó. El resto de tu vida será tan breve como mi reinado; pero yo reposaré en la LUZ, mientras tú te desvanecerás en las TINIEBLAS.

ABROTALIA desaparece, y los RISWADEVAS caen en un estado de suprema angustia.

XIV

AGNI. — Sólo hay cenizas donde brilló el fuego.

SURYA. — Mi sueño es el de la muerte.

ASSURA. — El principio de vida se exterminó en mi seno.

LA SERPIENTE CELESTE. — He devorado á mis propios hijos, y voy á ofrecer el Holocausto al ALTÍSIMO.

XV

El FRÍO impera en la ILUSIÓN.

CANTO XI

REDENCIÓN

I

En el Empíreo resplandece la soberana imagen del ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Las gasas de la Tristeza inundan su noble espíritu, porque el recuerdo del aciago día no ha podido borrarse de su memoria.

La sombra del HERMANO MALDITO resurge constantemente en el horizonte de su vida, pero la ESPERANZA brota en su alma como un Ideal asequible.

II

En aquel momento aparece URIEL.

Su viaje ha sido feliz, pero la Amargura no se ha borrado todavía del espacio, porque en las Tinieblas gime el ANGEL CAÍDO, y los destellos de la GRACIA no pueden disipar la negrura que le circunda.

III

Uriel. — ¡Oh, Victorioso Príncipe! Vuelvo á nuestro Reino para anunciaros una grata nueva: la hora de la Redención está cercana.

Miguel. — Desde aquel lúgubre día me anima esta esperanza; mas la Negra Imagen todavía subsiste.

Uriel. — Pero está próxima á desaparecer; la entrada de Andrógino en nuestra morada vaticinó su futura derrota. La última criatura se ha purificado ya, y la Ilusión se ve sumida en la más espantosa soledad. El Ídolo se mantiene todavía erguido, pero no hay quien lo venere, como no sea su propio orgullo.

Si la fuerza no encuentra un punto de acción, fatalmente se extinguirá.

Miguel. — ¡Oh, Uriel, hermano mío! Tus palabras me producen un dulce consuelo, pero no logran borrar de mi mente el recuerdo de la odiosa batalla. ¿Por qué se infiltró el Deseo en el alma de nuestro compañero?

Donde reinaba la calma surgió el malestar; á la paz sucedió la guerra, y borró

para siempre de nuestra vida la venturosa quíetud. Desde entonces nuestra existencia es una perpetua lucha.

La Justicia precipitó al Rebelado en el Abismo, pero jamás podremos apartar de nuestro espíritu la honda pena que nos produjo su desgracia.

URIEL. — En sí mismo se engendró el mal, y á nadie puede atribuir la causa de su infortunio. No fué la Seducción sino su propio orgullo el que motivó su pecado; y por lo tanto su castigo es justo.

MIGUEL. — Pero la idea del sufrimiento ajeno impedirá eternamente nuestro reposo absoluto. El goce no será perfecto si la redención no es completa.

URIEL. — La clemencia de nuestro Padre es grande, pero no puede llegar hasta la infinita Maldad. No hay salvación para el Sacrílego.

MIGUEL. — ¡Oh, Uriel! Nadie puede penetrar en la esencia de la celeste Bondad; ni aun nosotros que somos superiores á nuestros angélicos hermanos.

El misterio de la Divina Gracia no se ha revelado aún.

URIEL. — La Duda asoma en tu espíritu, y únicamente puede disiparla la Meditación.

¡Hermano mío!, te dejo en tu soledad para que te purifiques.

IV

Miguel se reconcentra en sí mismo y adora. Su espíritu se desvanece en el éter de la beatifica contemplación, el aura celeste se infiltra en su ser, y la Profecía le ilumina.

Se le aparece el Germen del Mal en su primitiva desnudez y la Pena despliega su manto en el cielo de la Pureza.

El Fantasma es horroroso, pero en su esencia brilla un Fuego inextinguible, y el poder de la Fatalidad no alcanzará á impedir que con el ardor de su Llama se purifique el Pecado.

En su frente lleva impreso un Nombre Maldito, pero los caracteres con que lo escribieron no perdurarán; el Arrepentimiento surgirá del seno del Orgullo y la Clemencia borrará para siempre la Sacrílega Palabra de la esfera de la Realidad.

Unicamente subsistirá lo eterno; lo que ha tenido principio deberá tener forzosamente fin.

Miguel ve desvanecerse en el espacio la silueta de la Negra Imagen.

V

El Arcángel descifra el misterio de la celeste Aparición; el Santo Deseo reverdece en su ser; la esperanza inunda su alma, y dirige la corriente de su voluntad hacia lo Alto. Un suave efluvio le anuncia que en el Infinito ha resonado el eco de su Plegaria.

Su espíritu se fortalece, é irradia la Clemencia que el celeste Poder le comunica.

VI

Miguel despierta de su éxtasis, y contempla la purísima transparencia del aire que le rodea.

En el Empíreo brilla la Luz Increada, y sus destellos se reflejan en las gaseosas partículas de la atmósfera.

El Ideal se realiza; y, tras breves instantes, reina majestuosamente de uno á otro polo el sacro emblema del Arco Iris de Paz, como una etérea representación de la Infinita Bondad.

El Símbolo del Perdón flota en el espacio, y el vaticinio de la Redención Absoluta se infiltra en la esencia del Arcángel.

VII

En el espacio aparece el vago contorno de un oscuro personaje; y á medida que se acerca, se va haciendo más perceptible su forma. Su exterior es opaco, pero en su fondo se adivina el brillo de la luz. Avanza pausadamente hasta detenerse á poca distancia de MIGUEL.

Su aspecto es miserable, aunque recuerda vagamente la belleza de su origen. Sus alas están caídas y rotas; su cuerpo destrozado y cubierto de una corteza inmunda; en su rostro se encarna el desfallecimiento, y sus ojos revelan una profunda tristeza y desconsuelo. Semeja un Ave del Paraíso cuyo plumaje manchara el cieno de un lodazal. Sus extenuadas fuerzas apenas le permiten sostenerse.

MIGUEL le reconoce; se levanta en actitud imponente; extiende sus alas con aire majestuoso, y arma su diestra con la flamígera espada. LUZBEL le mira tristemente; mas no puede resistir el peso de la Culpa, y dobla su cerviz con humildísima expresión. Su cuerpo se inclina, y finalmente cae postrado á los pies del Arcángel.

MIGUEL lanza lejos de sí la espada y se humilla para levantar al Caído, pero LUZBEL no

lo consiente, y permanece en la misma posición.

VIII

LUZBEL. — Con numerosa hueste me marché de tu Reino, y ahora vuelvo miserable y solo. De aquel brillante ejército no queda más que su derrotado caudillo: mis compañeros ya no existen. Mi soberbia les dió su falsa vida; y en la miseria que asoló los últimos días de mi Imperio, tuve que devorarlos para alimentarme. Los Serafines han desaparecido de la realidad, y su recuerdo se aniquiló en mis entrañas. Unicamente subsiste el fautor de la desdicha: contémplalo á tus pies y compadécete de su dolor.

MIGUEL. — ¡Desgraciado hermano mío! ¿qué es lo que intentas en tu nuevo viaje?

LUZBEL. — Admirar desde lejos la gloria que un día me circundó. Gozarme en su brillo para aumentar con su imagen la intensidad de mi desventura.

MIGUEL. — En tu alma se engendró el Engaño, y nunca podrás exterminarlo. Si es que quieres valerte de sus maleficios te prevengo que ha de ser inútil tu empeño, porque ante mí se revelará lo más oculto

de tu conciencia. Ya sabes hasta dónde alcanza mi poder.

Luzbel. — ¡Oh, soberano Príncipe! No me extraña que dudes de mí, pues tu bondad no puede llegar hasta desvanecer la memoria de mi execrable conducta. Pero si es verdad que lees en mi interior, has de ver claramente la sinceridad de mi pena.

El orgullo desapareció de mi alma, y en mi desgracia, únicamente me atreveré á suplicarte que no me otorgues más el dulce nombre de hermano, porque no lo merezco.

Miguel. — En el día funesto quedó vacío un sitio junto al celeste Trono. ¿Aspiras á volverlo á ocupar?

Luzbel. — Mis palabras deben demostrarte que jamás he de proponérmelo: la Divina Gracia no puede llegar hasta mí.

Mi destino fué irradiar eternamente la luz, pero mi orgullo me impulsó á desear el reinado de las Tinieblas, y en su negrura se disipó para siempre el brillo de mi origen. En mi nueva vida mi ideal es humilde. Deseo solamente vislumbrar el resplandor del celeste Solio sin intentar nunca franquear la Valla que edificó mi Pecado; tan sólo así podré expiar mi culpa. Suplico únicamente que me otorguen

la gracia de aspirar, desde mi destierro, el aura del Hijo glorificado.

Miguel. — Grande fué tu pecado, pero también es grande tu contrición.

IX

En el pecho de Luzbel se observa una ancha y profunda herida, de la que mana abundante sangre.

Miguel. — La herida ha abierto de nuevo sus labios, y por su boca se escapa tu sangre inmortal.

Luzbel. — Tu espada me la produjo en el día de la Sacrílega Batalla. El poder de mi esencia la cicatrizó, pero resurgió cuando el remordimiento invadió mi alma. Este prodigio me reveló el primer destello de la Divina Clemencia, porque el dolor que me produce me conforta, y disminuye el que el Crimen despertó en mis entrañas. Se infiltra en mi ser como el bálsamo de la expiación de mi maldad.

La herida vomita sin cesar borbotones de sangre, como la hoguera de mis dominios vomitaba fuego. Pero aunque manara eternamente no podría borrar las huellas

de la sangre que derramó el cuerpo de la Sacra Víctima.

MIGUEL. — ¡Oh, desventurado! ¡Quién reconocería en ti al altivo Jefe de la Legión Rebelada! Tu manto es la Miseria, y tu resplandor las Tinieblas. Pero si tu arrepentimiento es sincero, la Caridad hará revivir en tu espíritu el aura de la Esperanza.

Desde el día en que se desarrolló la horrenda tragedia, la tristeza penetró en mi alma y jamás me ha abandonado. La Justicia resplandecía en el Cielo, y su fallo era inexorable y merecido; pero tu actual dolor despierta en mí un vago presentimiento que dibuja en el horizonte de tu vida horas de menos infortunio.

LUZBEL. — ¡Oh, invicto Arcángel! Tu bondadosa esencia te eleva á un ideal superior al de la misma Justicia. Pero en la actualidad yo soy mi propio Juez, y veo claramente el espantoso estado en que me hallo, pues la venda de la Vanidad cayó de mis ojos para siempre. Jamás llegará hasta mí la Clemencia, porque mi arrepentimiento es tardío. ¿Qué es lo que puedo ofrecer en aras de mi salvación?

Mis manos gobernaron un vasto Imperio; poblaban mis dominios innumerables

súbditos. Mi esplendor era falso, pero su brillo alucinaba á las criaturas, y las hacía esclavas de mi voluntad. Renunciando á mi gloria habría podido elevar al Cielo una inestimable ofrenda. Pero la Verdad fué poco á poco reduciendo el ejército que me adoraba hasta extinguirlo por completo: mi Símbolo reinaba en el Alcázar de la Soledad. Hasta aquel momento no laceró mi conciencia la imagen del Pecado; hasta aquel instante no se despertó en mi alma el deseo de destruir el nefando Templo que erigiera mi soberbia. Sumido en la tristeza y torturado por el dolor aniquilé la ilusoria vida de mi Hija; pero ya era tarde. Quien no supo arrepentirse, no puede esperar la salvación.

MIGUEL. — ¡Oh, desventurado hermano mío! Tu crimen borró del Empíreo el nombre del más resplandeciente de los Arcángeles, pero tu expiación aniquila para siempre el germen del Mal: únicamente la Bondad imperará de hoy más en la Creación. Ven conmigo, desgraciado compañero: la Clemencia redimirá al Humilde, como la Justicia condenó al Soberbio.

Quisiera borrar de mi memoria hasta el recuerdo del daño que te hice en aquel

luctuoso día; que aun á ti me pesa haberlo hecho; y para ello te suplico que olvides el agravio que te inferí. Tu perdón devolverá la paz á mi espíritu.

LUZBEL. — ¡Hermano mío! La Luz brilla de nuevo en las Tinieblas.

X

El espíritu de LUZBEL flota en el aura de la Fe.

MIGUEL se inclina y tiende su mano al CAÍDO; éste la acepta, y con su auxilio se levanta.

Se miran ambos tristemente durante largo rato en muda contemplación. En los ojos de MIGUEL se refleja la Dulzura; en los de LUZBEL la Esperanza.

El Arcángel abre sus brazos para recibir á su perdido Compañero; el ARREPENTIDO vacila por breves instantes, pero, por fin, se precipita en ellos, ocultando su rostro contra el pecho de su hermano.

MIGUEL le cubre con sus alas.

De los ojos del AFLIGIDO manan dos ríos de lágrimas, y el fluido del DOLOR inunda el Espacio.

MIGUEL muestra á su hermano una purísima

Luz que resplandece en las alturas. El Desventurado la contempla con la triste impresión del Bien perdido; pero el Arcángel le anima, y le invita á seguirle, y Luzbel inclina su cabeza disponiéndose á obedecerle.

Ambos se elevan en el espacio.

CANTO XII

UNIDAD

I

La Noche impera en el Mundo, y el manto del Caos envuelve á la Ilusión.

Las Fuerzas buscan el reposo en las entrañas de su Madre, y dejan de ser en la Unidad.

Los Espíritus Luminosos ascienden lentamente hacia su Morada.

La Noche. — En mi seno se extermina el Pecado.

II

El Licor del Sacrificio se esparce por el Universo.

El Soma Divino se vaporiza al contacto de la ilusoria sustancia, y la Nube celeste envuelve á la Creación.

La Voz. — El Indigno se ha dignificado al reconocer su Culpa, y la Ilusión ha cumplido ya su objeto, redimiendo al que intentó asaltar el Cielo.

De hoy más imperará la Paz Absoluta, porque Andrógino ha purificado al Arcángel.

III

La Nada vuelve á la Nada.

El aroma de la Expiación inunda el Espacio en su última hora.

IV

En la inmensidad de aquel mar transparente flota la encantadora figura de Maya, ostentando su primitiva belleza.

Su cuerpo todavía es perceptible á través de las etéreas gasas. Pero la Nube se eleva; sus vapores se disipan, y con ellos se borran las líneas de la Seductora Imagen, hasta desaparecer para siempre.

V

La misteriosa EMANACIÓN asciende hacia el CIELO, y envuelve al CORO ANGÉLICO mientras entona su último HOSSANNA.

La CELESTE LEGIÓN se funde en su ESENCIA, y el SACRO ÉTER reingresa en el seno del INCREADO.

VI

Y el TIEMPO cesa porque reina la ETERNIDAD.

21 Junio 1901 — 6 Mayo 1904.

ÍNDICE

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.